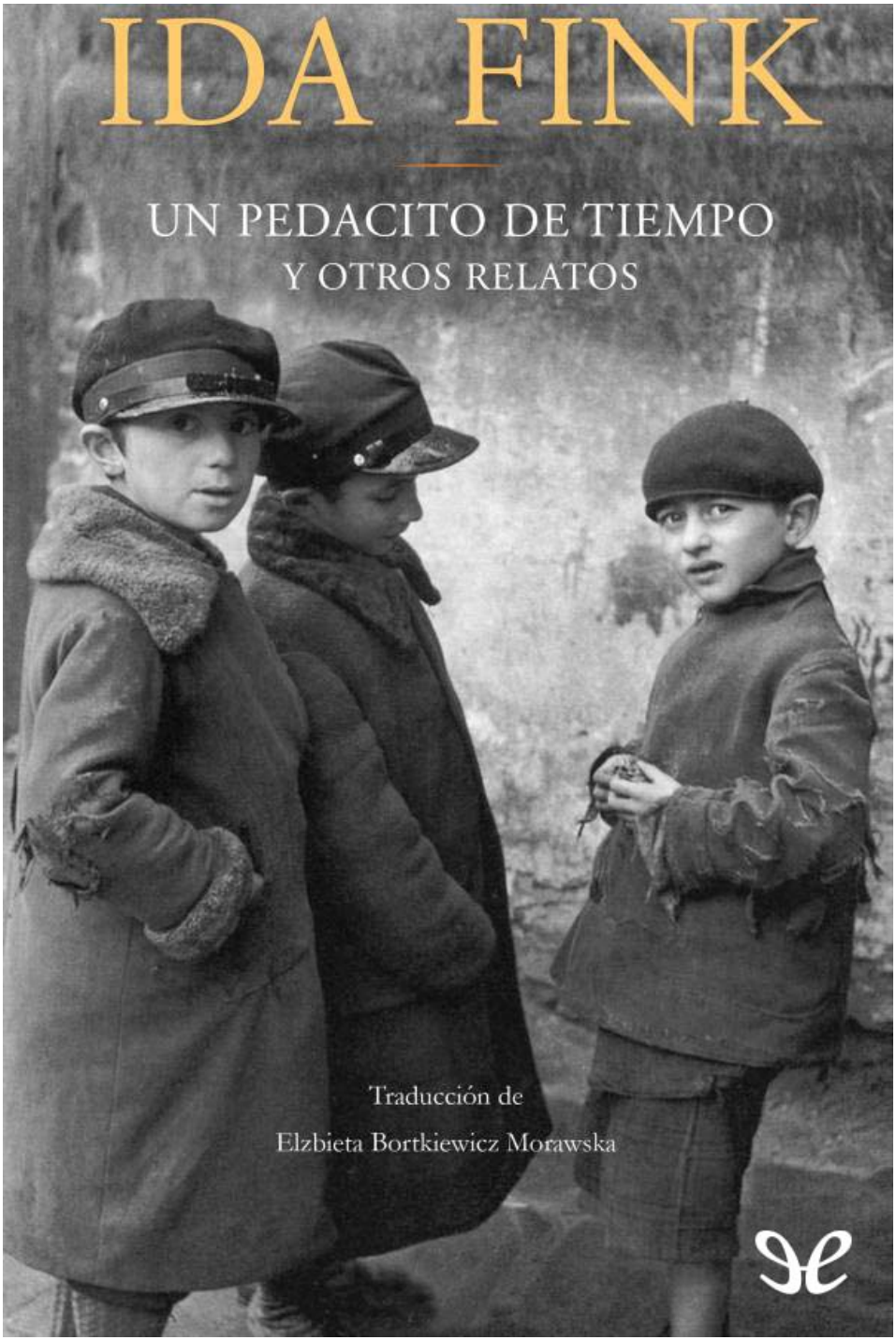
IDA FINK

UN PEDACITO DE TIEMPO
Y OTROS RELATOS



Traducción de

Elzbieta Bortkiewicz Morawska

La tensión provocada por estos cuentos del Holocausto seminales, hábilmente traducidos del polaco, se agudiza por su brevedad y falta de sentimentalismo. Este libro constituyó el discordante y potente debut de una autora israelí, que pudo escapar de un gueto polaco durante la ocupación nazi. Fink, que registra los recuerdos de los sobrevivientes del Holocausto en Yad Vashem, basa sus historias en experiencias reales, centrándose sobre todo en la incertidumbre insoportable de judíos en la clandestinidad en lugar de las atrocidades físicas de los campos de la muerte. En la historia que da título al libro, el joven primo del narrador abandona su escondite durante una «acción» o rodeo: «Esa impaciencia del corazón, que temblando de los nervios lo carga de aislamiento, lo condenó al exterminio».

Novela ganadora del primer Premio Ana Frank.

Ida Fink

Un pedacito de tiempo y otros relatos

ePub r1.0
Titivillus 25.01.2017

Título original: *Skrawek czasu*
Ida Fink, 1987
Traducción: Elzbieta Bortkiewicz
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Bronek

NOTA DE LA TRADUCTORA

Ida Fink nace en 1921 en Zbaraż (en la actual Ucrania) en el seno de una familia judía acomodada. Recibe una esmerada educación, aprende alemán, inglés y francés, toca el piano: empieza a formarse en el conservatorio de Lvov.

La guerra que estalla en 1939 pone fin a su sueño. Durante dos años Ida y su familia malviven en el gueto de la ciudad. Cuando la situación se hace cada vez más insoportable, su padre tiene la loca idea de que Ida y su hermana, con documentación falsa milagrosamente conseguida, huyan a Alemania. Y así sucede: Ida y su hermana se presentan en una oficina de contratación de trabajadores para irse a Alemania. Sobreviven a la guerra y vuelven a Polonia. En el año 1957 Ida decide emigrar a Israel; allí trabaja en Yad Vashem, el museo del Holocausto en Tel Aviv recogiendo testimonios de los supervivientes de la Shoah.

Ida Fink muere en Tel Aviv el 27 de septiembre del 2011.

Durante más de 20 años no se siente capaz de transmitir sus experiencias al papel. Finalmente, ya a principios de los años 70, publica sus primeros relatos, escritos en polaco (Ida Fink escribía en polaco, el idioma en el que fue criada y educada). El relato parece ser la única forma posible para expresar la crueldad del mundo.

Su primer libro *El viaje* describe en clave de ficción autobiográfica la huida y la vida de fugitivas de ella y su hermana. En todos sus relatos hay motivos autobiográficos: la ciudad Z. es su Zbaraż natal (a la que jamás volvió porque aún quedaban vivos los recuerdos de las cuatro «acciones» que diezmaron la población judía del gueto), el río, los jardines.

Es importante cómo Ida diferencia el tiempo antes del Holocausto, «el primer tiempo», del tiempo de la Shoah, «el

segundo tiempo». Al hablar de «antes» son los únicos momentos en los que describe la belleza sensual del mundo: una preciosa mañana, un huerto, un río, aromas y sabores, con todos sus atributos y adjetivos. Son imágenes de la normalidad, la felicidad perdidas. Las historias que cuenta son historias de personas concretas (muchas registradas cuando trabajaba para Yad Vashem), sus dramas dentro de la enormidad de la tragedia del Holocausto, siempre en voz baja, en susurro. Sólo de esta manera, entrecortada, fragmentaria y aparentemente seca, son capaces de hablar de aquellos años. Sus testimonios son retazos, hechos poco épicos, expresados en un lenguaje muy sobrio. La muerte está presente directamente pocas veces. Pero allí está, siempre acechando, siempre cerca, siempre helando la sangre.

En realidad, el objetivo de la literatura de Ida Fink es contar algo que, en realidad, es imposible de transmitir. ¿Cómo contar la muerte estando vivo? ¿Cómo cargar con las situaciones descritas por ejemplo en «Una mañana de primavera»? Podría pensarse que los relatos de Ida Fink son tan cortitos que pueden leerse de una sentada. Nada más alejado de la verdad. Tampoco es una lectura para antes de acostarse: quita el sueño, se apodera de la mente y duele.

En una de la entrevistas Ida Fink dijo: «Un poeta me dijo una vez que no debía escribirse así sobre la ocupación. Me decía que yo sólo entorno la ventana dejando una fina rendija por la que miro el mundo y después lo cuento en voz muy baja, susurrando. Y que las ventanas hay que abrirlas de par en par y gritar. […] pero yo no dejé de escribir de esta manera. No sé hacerlo de otro modo».

Ida Fink fue galardonada en 1985 con el premio literario holandés Anna Frank, y el premio Alberto Moravia en Italia. Sus obras han sido traducidas a casi todo los idiomas.

El viaje de Ida Fink fue considerado por el National Yiddish Book Center de Nueva York como una de las obras maestras de la literatura israelí contemporánea.

I
El fin

Permanecían en el balcón aunque era ya noche profunda y faltaban pocas horas para el amanecer. La calle corría abajo oscura y vacía, los árboles del parque recordaban grandes y desgreñados cabezones. Volvió a reinar el silencio, demasiado silencio después de aquello. De vez en cuando un tranvía nocturno susurraba pasando por el centro de la ciudad, o un coche se deslizaba suavemente. La noche era bochornosa, una de esas noches veraniegas en las que no se mueve ni una hoja y el asfalto recalentado durante el día devuelve su aliento cálido.

Pasó la mano por la barandilla de forja del balcón y tocó la mano de la muchacha.

—¿Ves? —dijo—. No ha sido nada.

Ella no lo miraba, su vista volaba en la densa penumbra por encima de los tejados de la ciudad; sabía que él, como ella, también aguzaba el oído. Decía «no ha sido nada», pero escuchaba.

—No tengas miedo, podemos irnos a dormir tranquilamente.

Y volvió a repetir: «No ha sido nada».

—No tengo miedo —le respondió en voz alta, irritada, y sus palabras huyeron calle abajo como el eco de un paso menudo y apresurado—. No soy una niña, no me hables como a un bebé. Y no mientas. Estás escuchando, lo veo.

—Pero si de verdad eres mi niña —se rió—, mi adorable pequeña…

—¿Por qué me haces rabiar? De todos modos… —interrumpió la frase.

A sus oídos llegó un susurro, lejano al principio, después más nítido y cercano. Pero no era más que un camión que pasaba.

—¿Te acuerdas de cómo empezó todo? —preguntó ella cuando se restableció el silencio. Su voz era clara y aguda. El muchacho entrecerró los ojos, pensó: «La amo, no quiero que tenga miedo».

—Dime —ella insistía con la pregunta—, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo. Hasta podría cantar aquel momento, pero ya sabes… la voz que tengo.

—No bromees ahora. Es una noche importante.

La rodeó con el brazo, sintió su temblor:

—Amor, es una noche importante, porque es nuestra…

En la oscuridad captó su mirada airada; no quería bromas, rechazaba la ternura.

—Lo recuerdo —asintió al instante, e inmediatamente aquel momento recordado resonó en él como una melodía.

Tenía en la memoria cada detalle: los violines descendían hacia un *piano* abriendo el camino al solista; eran los primeros compases del *larghetto* que tanto le gustaba. Fue entonces cuando captó un débil zumbido que llegaba desde la ciudad. Como si fuera una nube de langostas viniendo desde lo lejos. O a lo mejor no eran langostas sino, simplemente, un denso trémolo de los violines que se intensificaba hacia el *forte*, pareciendo cada vez más cercano, anunciando la tormenta. La orquesta que tomó el relevo del piano habló con voz ahogada, y la multitud de oyentes, como si hubiera soplado un viento fuerte, se giró hacia el sitio desde donde llegaba ya la potente ola de rugido fuerte y brutal. Columbró un instante de vacilación del pianista, vio sus manos atacando el teclado mudo. Ya no se oía ni el sonido del instrumento ni el de la orquesta. Desde la calle aledaña llegaba el fragor de tanques, el crujido de orugas. La tormenta cayó, acalló y se alejó. Volvió el silencio y la música *piano* llegó en susurro completo hasta las últimas filas, donde estaban sentados.

—Lo recuerdo —dijo una vez más—. Vaya ocurrencia organizar conciertos en un parque… ¡No tiene sentido!

—Piotr —dijo ella (nunca se dirigía a él como Piotr, siempre en diminutivo, Piotruś)—. Piotr…, piénsalo…, tres meses de felicidad…, es tan poco…

En un primer momento él no captó que hablaba de ellos, y cuando lo comprendió y quiso contestar, las palabras se le atragantaron.

—¡Y tú dale que dale! ¡No fue nada! ¿Para qué? ¿Esconder la cabeza en la arena? Desde hace semanas se preguntan unos a otros: ¿Habrá? Todos lo saben: habrá, ya está muy cerca. Habrá…

Logró mantenerse tranquilo:

—Niña, dices tonterías, estás angustiada… Mira, toda la ciudad está dormida, las luces apagadas. Esta ciudad sumida en el sueño es la mejor prueba de que no ocurre nada…

Contrariando a sus palabras la oscuridad resonó con un estruendo sordo. Alzaron la cabeza. Escucharon. Era la misma música maliciosa que había dominado poderosamente a Chopin en el parque. Pasaba la artillería. Se encendieron las luces, se oyeron voces. La muchacha miró a la cara al muchacho.

—Vámonos —dijo.

Entró en la habitación y cerró escrupulosamente la puerta del balcón, como si esta pudiera separarlos de todas las cosas malas de la noche.

—¿Te acuerdas de cuando vine aquí por primera vez? —preguntó inmediatamente, y se detuvo en medio de la habitación mirando en derredor. Piotr sintió frío por todo el cuerpo. ¿Acaso no estaría, inconscientemente, repitiendo aquella noche? Entonces también entró corriendo a su pasito corto, se detuvo, miró los cuatro rincones…—. ¿Te acuerdas? Era en marzo, un marzo húmedo, la nieve ya se estaba derritiendo… Pintabas todo de color verde y la habitación parecía sumergida en la hierba…

¡Ya recordaba! ¡Ya volvía al pasado! Quiso decirle: No digas en pasado, no digas «pintabas», di «pintas».

—Y tú tocabas Bach —dijo.

—Y yo tocaba Bach —repitió ella y añadió: —ahora siento pena porque ya se acabó.

—¡Para ya! —gritó él—, ¡cómo puedes decir eso! No se acaba nada, estamos juntos, estaremos juntos. Siempre. Tranquilízate. Voy a preparar un café.

Le temblaban las manos. En el espejo vio su rostro pálido y perturbado.

La muchacha decía:

—¿Para qué mentir? Es el fin. El fin de la juventud, del amor, de tus cuadros, de mi música. Fuimos muy felices, pero no hay que mentir. ¿No es mejor decir: «Tuvimos sólo tres meses de plena

felicidad»? ¿No es así?

Encontró su mirada, leyó en ella la respuesta. Él tenía la cara contraída por el dolor, blanca como la tiza.

La despertó un fino temblor de los cristales. Se sentó de golpe, totalmente despierta y consciente de todo. La habitación estaba sumida en la penumbra, los rectángulos de las ventanas se dibujaban en gris. Esperó. Pasados unos minutos oyó un fragor pesado y sordo. Podría pensarse que la tierra suspiraba. Los cristales volvieron a su fina melodía, pero otra explosión los hizo callar. Miró el reloj. Eran casi las cuatro. Con cuidado, para no despertar al muchacho, se apartó de él y se apoyó contra la pared. Se quedó mirándolo. Allí estaba, indefenso como un niño e inconsciente del mal que acababa de desatarse. Contemplaba su tez morena, el perfil afilado y tosco de su cara. Suavemente, pasó la mano por su cabellera.

—Duerme —musitó.

Se inclinó y se quedó mirándolo, protegiendo los últimos instantes de su sueño tranquilo. El amanecer llegó y se levantó el sol. Hacía quince minutos que estaban en guerra.

II
UN PEDACITO DE TIEMPO

Quiero contar un pedacito del tiempo que no se mide en meses. Siempre y desde hace mucho quería contar ese tiempo, y no del modo en que lo voy a hacer ahora, no sólo un pedacito. Quería pero no podía, no sabía, temiendo que el otro tiempo (medido en meses y años) que lo había ocultado bajo una capa de años lo aplastara y destruyera en mí; pero eso no ocurrió; cuando hoy he estado revolviendo los escombros de la memoria lo encontré fresco e intacto, a salvo del olvido. Ese tiempo medido no en meses sino en palabras. ¿Quién decía: «Ocurrió en un bello mes de mayo» («*im wunderschönen Monat Mai*»)? «Después de la primera acción», decían, o la segunda, o antes de la tercera; teníamos otras medidas de tiempo, éramos otros, siempre otros, siempre con el estigma de ser otros, que a unos los empujaba hacia la soberbia y a otros a la sumisión; nosotros los otros, a raíz de esto condenados, como antes en la historia, ni dos ni tres veces, condenados de nuevo en este tiempo que no se medía en meses, del amanecer al anochecer, sino con la palabra, el vocablo que significaba el movimiento, la acción, el término que preferentemente servía para la literatura, la novela o el drama.

Ignoro quién fue el primero en usar esa palabra, aquellos que actuaban o las víctimas de sus procedimientos, actos, quién la convirtió en un término técnico sustituyendo la palabra original —redada—, el vocablo que con el paso del tiempo y el perfeccionamiento de medios utilizados fue degradado (¿o elevado?), separado del término «acción» por la frontera de la raza. Nos cazaban para trabajos forzosos. A la primera acción, el primer pedacito de tiempo que quiero contar, llamada también «redada»,

aunque no hubiera caza, todos nosotros nos presentamos voluntariamente, eso sí, por una orden emitida, una mañana limpia y preciosa, en la plaza mayor del pueblo, un cubículo cerrado con cuatro paredes de casas de varias alturas, una farmacia, tiendas de accesorios y de artículos de metal, rodeada de una acera hecha de grandes placas cuadradas cuarteadas por el tiempo (nunca después en ninguna parte vi placas tan grandes). En el centro de la plaza se hallaba la alcaldía y era precisamente allí, delante de la alcaldía, donde nos pusieron formando hileras.

«Nos» no es cierto en mi caso, porque yo no estaba en la fila, aunque, acatando la orden emitida la tarde anterior, salí de casa después de haber desayunado con total normalidad, sentada en una mesa puesta como de costumbre, en la habitación cuyas puertas daban al jardín envuelto en nieblas matutinas doradas y secas por la luz del sol naciente.

Aún no experimentamos el cambio; aún, por hábito, vivíamos en el tiempo anterior, medido en meses y años, y aquella suave y buena mañana, colmada de nieblas secas y doradas, leímos la frase «captación para trabajar» al pie de la letra, y como leer entre líneas no es extraño entre los adultos, sustituimos la palabra «trabajar» por «campo de trabajo», que la gente decía que se estaba construyendo en los alrededores de nuestra ciudad. Por lo visto, los emisores de la orden conocían a la perfección las fronteras de nuestra pobre imaginación, por eso se limitaron a dar la orden por escrito. Hasta qué punto no se equivocaban en las previsiones de nuestra reacción lo prueba el hecho de que, terminado el desayuno con total normalidad, ante una mesa puesta como de costumbre, los mayores de la familia decidieron esquivar la orden por temor de que el trabajo físico fuese duro para ellos, sin aconsejar lo mismo a los jóvenes, que no podrían utilizar la excusa de la edad si los descubrían. Nos hallábamos en la fase de infantilismo.

Aquella mañana bella y pura que desentierro de la escombrera de mi memoria sigue fresca, sus colores y aromas no se han borrado: la niebla dorada y seca, las redondas manzanas rojas suspendidas en ella, la sombra junto al húmedo río, el ácido aroma de las bardanas y el vestido azul que llevaba al salir de casa, y cuando di media vuelta junto a la cancela, fue entonces, creo que fue entonces cuando, de repente, gracias al instinto, pasé de golpe

del estado de infantilismo al de razonamiento aún ingenuo. Instintivamente, porque ignoraba por qué, retrocedí de la cancela que daba a la calle optando por dar un rodeo, atravesando el huerto frutal, junto al río, el camino que solíamos llamar trasero porque llevaba por la trastienda de la ciudad; instintivamente, porque en aquel momento aún ignoraba que no me presentaría en la plaza del ayuntamiento, quizá porque quisiera retrasar ese momento, o simplemente porque me gustaba el río.

Por el camino fui lanzando al agua chinas cuidadosamente seleccionadas, después me senté un momento en el puentecillo desde el cual se abría la vista a la ciudad, bajé las piernas y balanceándolas me puse a observar mi reflejo y el de los sauces que crecían en el agua en la orilla. Aún no tenía miedo, mi hermana tampoco —olvidé añadir que mi hermana menor iba conmigo y ella también lanzaba chinas al agua y balanceaba las piernas encima del río, que se llamaba Gniezna, un riachuelo de nada, ocho metros de ancho—. Mi hermana tampoco tenía miedo; sólo cuando, después de volver al camino detrás del puentecillo, en la esquina de pronto nos asaltó la vista de la plaza mayor; sólo entonces nos detuvimos en seco y ya no dimos ni un paso más.

La vista que se abrió ante nuestros ojos no representaba nada extraordinario, la multitud como cualquier día del mercado, pero de color negro, diferente, porque la multitud del mercado es multicolor y ruidosa, cacarean las gallinas, graznan los gansos, es una multitud en movimiento, mientras que esta era callada, como una multitud en un mitin, o quizá no, no lo sé. Sé que nos detuvimos de golpe y mi hermana empezó a temblar, y su temblor me contagió; dijo: «Huyamos», y corrimos de vuelta al puentecillo, aunque nadie nos perseguía y la mañana seguía limpia y tranquila, pero ya no veíamos los sauces ni el reflejo de nuestras figuras apresuradas en el agua. Corrimos un largo rato hasta subir la empinada cuesta de la colina llamada la cuesta del castillo, que, en lo alto, tenía un viejo y destrozado castillo —el orgullo de nuestra ciudad—, y en esa cuesta nos sentamos entre los arbustos, sofocadas y aún temblorosas.

Desde aquel lugar se veía nuestra casa y nuestro jardín, que estaban como siempre, no habían cambiado nada, y la casa de los vecinos, de la que salió la vecina y empezó a sacudir las alfombras como si tal cosa. El clap, clap de su sacudidor de alfombras llegaba

nítido a nuestros oídos.

Permanecimos sentadas allí una hora, o dos, no lo sé, porque precisamente se acabó la existencia del tiempo medido normalmente, y después bajamos la empinada ladera hacia el río y volvimos a casa, donde nos enteramos de todo lo que había sucedido en la plaza y de que se habían llevado a nuestro primo David y de qué manera se lo llevaron y qué dijo que le dijeran a su madre, y lo que dijo que le dijeran lo escribió además en un trozo de papel, y lo tiró desde el camión en marcha, el papelito que trajo un campesino al anochecer. Pero esto fue después. Primero supimos que habían echado a todas las mujeres de las casas y obligaron a los hombres a quedarse dentro, y que el camino recorrido por nuestro primo era contrario al nuestro, porque a nosotras nos impactó la imagen de la multitud en la plaza, sin embargo, a él le atrajo con una fuerza descomunal, inversamente proporcional a la fuerza de sus nervios, así que de alguna manera él mismo violó su destino, él solo, y era precisamente lo que había dicho que dijeran a su madre, y después escribió: «Yo mismo tengo la culpa, perdóname».

Nunca hubiéramos sospechado que perteneciera al género de los impacientes —a quienes la inquietud y la imposibilidad de quedarse quietos condenan a la aniquilación—, jamás, porque era rollizo y rechoncho, poco enérgico, de esos que no los separas del libro, y sonreía tímidamente, como una niña. Sólo el final de la guerra nos brindó la información sobre sus últimas horas: aquel campesino que había traído el papelito no se atrevió a decir lo que había visto, y aunque los demás también murmuraban, nadie osaba creerlo, máxime cuando se procuraron pruebas de otra verdad, dosificadas a cuentagotas, bien medidas, a las que nosotros nos agarrábamos con fuerza, un camuflaje llevado a la perfección: tanto esfuerzo pusieron en ello, tantas apariencias crearon, que sólo el tiempo no medido en meses y años fue capaz de abrirnos los ojos y nos convenció.

Nuestro primo David salió de casa un poco más tarde que nosotras y cuando llegó a la plaza del mercado ya era evidente —a decir verdad no para todos, sólo para el llamado Consejo, convertido con el tiempo en una maquinaria del *Judenrat*— que las palabras «captación al trabajo» no tenían nada que ver con un campo de trabajo. Un amigo, hombre mayor y previsor, le ordenó que se escondiera por si acaso, y como ya era tarde para volver a

casa porque las calles estaban bloqueadas, lo llevó a su piso, situado en uno de los edificios que rodeaban la plaza. Nunca hubiera sospechado, ni nosotros tampoco, que el muchacho era del género de los impacientes con dificultades para combatir la soledad y conducido por impulsos. Lo dejó en una habitación cerrada con llave por dentro. Quedará para siempre en la esfera de suposiciones lo que nuestro primo vivió encerrado en la habitación. Pero lo puede explicar bastante el hecho de que la ventana de la habitación diera a la plaza, a la multitud silente, a los rostros familiares y cercanos, y debemos suponer que, en un instante, la soledad a la que lo condenaba su escondite le pareció al muchacho más difícil de soportar que la gran incógnita amenazante del otro lado de la ventana, común para todos los reunidos en la plaza. Ciertamente, fue un relámpago de pensamiento —«No quiero estar solo: yo, con todos los demás»— y bastó con un movimiento de la mano.

Las sugerencias de que hubiese podido abandonar el escondite por miedo al registro de los pisos no me parecen oportunas. Fueron la impaciencia del corazón, el temblor de los nervios, el peso de la soledad los que lo condenaron a la aniquilación junto con las demás primeras víctimas de nuestra ciudad.

En la fila se colocó entre el pasante de abogado y el estudiante de arquitectura, y cuando le preguntaron: «¿Profesión?», contestó: «Maestro», a pesar de que había sido maestro durante poco tiempo y por casualidad. Su vecino de la derecha tampoco mintió; en cambio, el estudiante de literatura, sí, al decir que era carpintero, y esa mentira le salvó la vida, o, más exactamente, aplazó dos años su condena a muerte.

Cargaron a setenta personas en el camión; en el último momento trajeron a rastras al rabino: era el número setenta y uno.

Desfilaron acercándose al camión ante todos aquellos que no habían tenido tiempo de informarles qué era lo que debían contestar cuando les preguntaran por la profesión. Entonces nuestro primo dijo en voz alta: «Digan a mi madre que ha sido culpa mía y que le pido perdón». Probablemente ya entonces no creía lo que creíamos todos, que los llevaban a un campo. Tenía una terrible nitidez visionaria premortuoria. El campesino que vino al caer la noche a traernos el papelito con las palabras: «Ha sido culpa mía, perdóname» se mostró taciturno, evitando mirarnos a los ojos. Dijo

que había encontrado el papel en el camino a Łubianka y que no sabía nada más, pero nosotros sí sabíamos que él sabía, aunque preferimos negar la evidencia. Se fue, pero volvió al terminar la guerra para contarnos lo que había visto de verdad.

La tarjeta, escrita por mano del rabino, que llegó dos días después, convenció a todos de que se encontraban en un campo de trabajo. Pasado un mes, cuando la falta de novedades consiguió debilitar la fe en la existencia del campo de trabajo, llegó otra tarjeta, escrita por otro de los detenidos, al parecer, el contable. El asunto de las tarjetas se cortó y fue sustituido por las contribuciones entregadas a las autoridades, que daban a entender que los kilos de café, té, y también el oro, facilitarían a las familias noticias de los suyos. Como prueba de su benevolencia permitieron también el envío de paquetes de alimentos a los prisioneros que, así decían, realizaban labores en campos de trabajo en el territorio del Reich. Una vez más, después de la segunda, llegó otra tarjeta escrita a lápiz, difícil de descifrar. Después de esta la gente decía: «Se están acabando».

Sin embargo, noticias no confirmadas, rumores inevitables, hablaban de tierra removida junto al bosque de la aldea de Łubianka, y de un pañuelo de mano allí encontrado, manchado de sangre. Pero eran noticias sin dueño, faltaban testigos.

Aquel campesino que entonces no se rió, pero que vino a vernos cuando terminó la guerra, lo contó todo. Sucedió en aquel bosque del que hablaban los rumores, un bosque extenso, frondoso, a ocho kilómetros de la ciudad, una hora después de la salida del camión de la plaza. La ejecución en sí no duró mucho, lo que llevó más tiempo fue cavar la fosa.

Con el primer disparo nuestro primo David, rollizo, rechoncho, torpe para la gimnasia y los deportes, se subió a un árbol, se abrazó al tronco, como un niño se abraza a su madre, y así murió.

III
JUAN CRISTÓBAL

Trabajábamos en Ostbahn. Era un buen trabajo, porque la *aufseher* era una muchacha que nos conocía y a la que nosotras conocíamos bien, habíamos ido a la misma escuela; era guapa, morena, rolliza, con rizos; antes se acostaba con los funcionarios de la alcaldía, ahora se acostaba con los alemanes, pero era una buena chica: sólo se acostaba con ellos, nada más. También porque el trabajo era bueno, la nivelación de terraplén no era una tarea dura, además se hacía en el bosque, un bosque muy bonito, situado a unos cinco, quizá ocho kilómetros de la ciudad, en silencio, entre árboles. Esta *aufseher* no miraba para nada ni el qué ni cómo lo hacíamos; sentada junto a un árbol se aburría, le hubiese gustado charlar con nosotras, pero quizá por el temor de perder el trabajo, o porque creía que no era procedente hablar con nosotras, se quedaba con las ganas. Ya no era tan guapa como antes, había engordado, tenía el cutis con impurezas. A veces, durante la pausa para comer, se sentaba más cerca y decía: «Bonito bosque, ¿verdad?». «Bonito» contestábamos. Era una muchacha sensible.

Aquel día de la acción en la ciudad ni siquiera preguntó por qué no trabajábamos, por qué las palas y los picos estaban tirados junto al árbol. No nos miraba. Se sentó al borde del claro del bosque, de espaldas a nosotras, que estábamos tumbadas en la hierba; ninguna decía nada, estábamos a la espera del traqueteo del tren, que nos anunciaría que la acción ya había acabado, aún sin saber a quién se llevaba ese tren y quién había podido salvarse. Permanecíamos tumbadas en la hierba, sin hablar, como si nuestras voces pudieran tapar el traqueteo del tren que pasaría junto al bosque, no muy lejos de nuestro lugar de trabajo. Sólo una de las muchachas estaba

llorando; no era la más joven de nosotras, y precisamente ella ya no tenía a nadie en la ciudad, estaba sola. Lloraba en silencio, gimiendo de vez en cuando. Nadie intentó tranquilizarla. Otra hacía coronas de flores: en derredor crecían grandes matas de campanillas del bosque. Cuando terminaba una corona la destrozaba, y empezaba a trenzar la siguiente. Arrasó las campanillas de todo el claro del bosque. Otra mordía un mendrugo de pan, lo masticaba despacio, pensativa, y cuando hubo comido su ración, cogió la de otra de las chicas, sin preguntar, y siguió masticando. La mayor de nosotras pegaba la oreja a la tierra.

Un gran silencio reinaba en ese bosque, no se oía ni el trino de un pájaro; en cambio, el ambiente estaba colmado de un aroma maravilloso de árboles y flores. Tampoco llegaba ningún sonido del otro lado, por mucho que aguzáramos el oído, no se oía nada. Ese silencio era terrible, porque sabíamos que allí disparaban, gritaban y lloraban, sabíamos que era una matanza. Mientras que aquí, campanillas, avellanos, margaritas y otras flores muy bonitas de muchos colores. Pero el silencio era terrible, tan terrible como la espera del traqueteo del tren, tan terrible como pensar que se habían llevado a alguien.

Sólo una de las muchachas, flaca y morena ella, se apartó del grupo, y sola, tendida boca abajo entre los arbustos de avellano, no estaba atenta a ningún sonido, sino que leía un libro. Se oía el susurro acompasado y suave cuando pasaba las hojas. No levantó la cabeza ni una vez, no nos miró. El libro era grueso y descabalado, porque, cuando al mediodía (el tren aún no había pasado) se levantó un fuerte viento, algunas hojas volaron con él. Volaron sobre nosotras como palomas, y ella, flaca, morena, corría y gritaba: «¡Cogedlas!». Después recogió las hojas, ordenó el libro, se tumbó de nuevo boca abajo, apoyó la cabeza entre las manos y volvió a la lectura.

La que sollozaba lo hacía ahora con más fuerza; todas sabíamos que cada instante que pasaba nos acercaba un poco más al traqueteo del tren, y que enseguida oiríamos la muerte recorriendo las vías. Una de nosotras exclamó: «¡Mamá!». Y otras voces más respondieron «¡mamá!», porque había eco en el bosque.

La *aufseher* terminó de ribetear un pañuelo, tiró entre los arbustos la cajetilla de tabaco vacía, se levantó y se dispuso a dar

una vuelta. En un momento dado se detuvo junto a la flaca morena, era evidente que con intención de preguntarle algo, pero por lo visto no se atrevió y se alejó canturreando y mirando repetidamente el reloj. Sin embargo, cuando pasó cerca de la muchacha lectora por segunda vez, no pudo aguantarse:

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó.

La muchacha que leía interrumpió con cierto disgusto la lectura y la miró:

—Juan Cristóbal.

—¿Juan Cristóbal? —se extrañó la *aufseher*—. ¿Sólo Juan Cristóbal y nada más?

—Juan Cristóbal —repitió la muchacha.

—¿Es bonito?

La otra asintió con la cabeza.

—¿De amor?

La muchacha se quedó pensativa (era muy flaca y fea y en lugar de blusa llevaba una americana de hombre) y respondió con seriedad:

—También de amor.

—¡De amor! —se rió la *aufseher*. Quizá reía porque le gustaba el amor.

—¿Me la prestarás después?

—¿Por qué no? —contestó la otra—. Te la daré, para siempre.

—No, para siempre no, me la prestarás y te la devolveré. —Se quedó pensativa un instante—. Tiene que ser bonita si llevas leyendo el día entero, y precisamente hoy, cuando se llevan a los vuestros.

—Debo darme prisa —contestó la muchacha—, quiero terminarla. Me queda aún un tomo, temo que no pueda terminar.

Miró el libro y calculó el número de páginas que le quedaban por leer.

—Tengo miedo de que no pueda terminarla —dijo una vez más, ya sólo para sí, pero la *aufseher* lo oyó y estas palabras la convencieron del todo.

—Debe de ser muuuy bonita. ¿Cómo se titula? He olvidado… Juan Cristóbal —repitió algunas veces, para memorizarlo—. Porque, si no pudieras prestármela, ya la buscaré en la biblioteca.

Después sintió pena, así que añadió:

—Pero te dará tiempo, seguro. El libro no es tan gordo.

La que sollozaba se puso a llorar a voz en grito, ya no era llanto, era un aullido. La mayor se arrodilló pegando el oído al suelo. Pero la tierra seguía muda.

IV
EL JUEGO DE LA LLAVE

Recién terminada la cena la mujer recogió los platos, los llevó a la cocina y los puso en el fregadero. La luz de la cocina era aún más floja que la del cuarto, casi completamente amarilla; las paredes se mostraban llenas de lamparones de humedad. Llevaban viviendo ahí dos semanas y era su tercera vivienda desde el comienzo de la guerra; las dos anteriores las habían abandonado en estado de pánico. La mujer volvió al cuarto y ocupó su sitio ante la mesa.

Estaban sentados los tres: ella, su marido y su niño de tres años, mofletudo y de ojos azules. Últimamente hablaban a menudo entre ellos de los ojos azules del niño y de sus mofletes. El pequeño permanecía tieso mirando al padre, aunque era más que evidente que apenas se aguantaba sentado del sueño que tenía. El hombre fumaba, tenía los ojos enrojecidos y parpadeaba de una manera graciosa. Había empezado a parpadear desde la huida en estado de pánico de la segunda casa.

Era ya tarde, las diez, el día hacía mucho que se había acabado y podían irse a dormir, pero antes tenían que practicar el juego que volvían a repetir cada noche desde hacía dos semanas, porque aún no iba del todo bien. Aunque el hombre se esforzaba mucho y sus movimientos eran ágiles y su cuerpo elástico, había problemas con él precisamente, y no con el niño. El niño lo hacía perfectamente. Al ver al padre apagar el cigarrillo, se movió y abrió más sus ojos azules. La mujer, que en realidad no participaba en el juego, le acarició los cabellos.

—Sólo una vez más jugaremos al juego de la llave, sólo hoy, ¿de acuerdo? —dijo dirigiéndose al marido.

Él no contestó, porque no tenía la seguridad de que fuera

realmente el último ensayo. Seguía haciéndolo dos o tres minutos demasiado lento.

El marido se levantó y se dirigió hacia la puerta que conducía al cuarto de baño. Entonces la mujer dijo en voz baja: «Rin, rin», imitando el timbre, y lo hizo maravillosamente bien; su «rinrín» era ciertamente un sonido de timbre dulce y sonoro.

Al oír el timbre, que sonó tan melodioso en la boca de la madre, el niño saltó de la silla y corrió hacia la puerta de entrada, separada de la habitación por un mínimo y estrecho pasillo.

—¿Quién es? —preguntó.

La mujer (sólo ella no se levantó de la mesa) apretó los párpados rápida, violentamente, como atravesada por un dolor súbito y penetrante.

—Enseguida abro, sólo tengo que buscar la llave —dijo el niño, tras lo cual, golpeando el suelo fuertemente, corrió a la habitación. Rodeó corriendo la mesa, abrió un cajón del aparador y lo cerró con estrépito—. Un momento, no la encuentro, no sé dónde la dejó mamá —el niño gritó muy fuerte, acercó una silla, se encaramó a ella y estiró la mano hacia el último estante del mueble—. ¡Ah, ya la encontré! —profirió en un grito triunfante y alegre. A continuación bajó de la silla, la acercó a la mesa y, sin mirar a la madre, a paso tranquilo se acercó a la puerta de entrada. Desde la escalera llegó un vaho frío y apestoso de humedad.

—Cierra, mi amor —dijo en voz baja la mujer. Lo has hecho perfectamente, de veras.

Él no oía sus palabras. Estaba de pie en medio de la habitación con la mirada clavada en la puerta cerrada del cuarto de baño.

—Cierra la puerta —repitió ella con voz cansada y mate. Cada noche repetía las mismas palabras, y cada noche el niño clavaba la mirada en la puerta cerrada del cuarto de baño. Por fin la puerta chirrió. El hombre estaba de pie en el umbral parpadeando graciosamente, pálido, y su ropa estaba cubierta de manchas blancas de cal y polvo.

—¿Qué tal? Siguen faltándome unos minutos. Tiene que buscar la llave más tiempo. Me deslizo de lado, pero después… Esto es tan estrecho, que torcer el cuerpo… Y que haga más ruido, que patalee…

El niño no le quitaba el ojo de encima.

—Dile algo —susurró la mujer.

—Lo has hecho muy bien, pequeño —dijo maquinalmente.

—¡Claro que sí! —exclamó la mujer—, de verdad que lo haces muy bien, mi amor. Y no eres pequeño, para nada. Te comportas como un adulto. Eres un adulto, ¿verdad? Sabes que si de día llama alguien a la puerta mientras mamá está trabajando, todo dependerá de ti, ¿verdad? ¿Y qué dirás cuando pregunten por tus padres?

—Mamá está trabajando…

—¿Y papá?

El niño callaba.

—¿Y papá? —gritó el hombre con una pizca de miedo.

El niño palideció.

—¿Y papá? —repitió el hombre en voz más baja.

—Murió —contestó el niño, y se lanzó hacia el padre, que estaba justo al lado, parpadeando graciosamente, pero que estaba ya verdaderamente muerto para todos aquellos que llamaban *de verdad*.

V

EL JARDÍN FLOTANTE QUE SE ALEJA

Ocurrió una vez que vi un jardín flotante que se alejaba. Era el jardín de nuestros vecinos, bello y frondoso como el nuestro, con sus árboles frutales, como el nuestro. Lo vi alejarse despacio y majestuosamente hacia la inalcanzable lejanía. La tarde era suave y cálida, mi hermana y yo estábamos sentadas en la escalera del porche y ante nosotras, como sobre la palma de la mano, se extendían los dos jardines, el de Wojciech y el nuestro, hechos uno solo porque no los dividía ninguna cerca (una cerca —decían— hubiera sido un elemento extraño), sólo una doble fila de grosellas que parecía coserlos con una puntada recta.

La tarde era suave, el sol perezoso y dorado. Wojciech salió al porche de su casa (también las casas eran gemelas) y gritó:

—¡Vamos a recoger reinetas!

Todas las actividades jardineras se hacían en ambos jardines a la vez: el mismo día se segaba, él mismo se encalaban los troncos de los árboles, de modo que, como de costumbre, nos llamaba para ir a recoger manzanas.

Inmediatamente después vimos a la hermana mayor de Wojciech. Llevaba en las manos unas enormes cestas de junco, iguales a las que estaban guardadas en el desván. La hermana de Wojciech no dijo nada, bajó al jardín, depositó las cestas debajo del manzano más grande de reinetas doradas y a continuación volvió a por la escalera.

—¡Wojciech —gritó—, prepara los periódicos!

Cada manzana se separa primero suave y cuidadosamente de la rama, después se envuelve suave y cuidadosamente en un abrigo de papel para que no se congele en invierno, luego se mete suave y

cuidadosamente en una cesta de junco, y después, ya en el desván, se sacan las manzanas de la cesta suave y cuidadosamente y se colocan en hileras, pero sin tocarse unas con otras. Este cuidado suave, o esta cuidadosa suavidad, es indispensable para las frutas.

Wojciech desapareció del porche para volver al instante con un paquete de periódicos bajo el brazo. De nuevo exclamó: «¡Recogemos reinetas!».

Sentadas en el porche esperábamos que nuestro padre terminara de hablar con la señora Kasińska y nos llamara. La conversación se desarrollaba en el despacho, ahora inútil y lleno de polvo, salvo cuando aparecía algún paciente al abrigo de la noche con un pan integral en el cesto como pago por la consulta. De vez en cuando nos llegaba la enérgica voz de la señora Kasińska. La de padre no se oía en absoluto. Llevaban hablando ya mucho, mucho tiempo. Wojciech se subió a la escalera, su hermana se quedó debajo del árbol y levantó el brazo como si se preparara para bailar un *kuyaviak* u otro baile popular. Cuando recibía de las manos de Wojciech la fruta recién recogida, se inclinaba sobre la cesta y después, enderezándose, volvía a estirar el brazo. Yo seguía con atención ese baile de la recolecta de frutas, llena de esmero y ternura. A nosotras sólo nos importaba verlo, pero no escuchar lo que hablaban entre ellos; sin embargo, no había manera de evitarlo. Es cierto que hablaban en voz baja y no todas las palabras llegaban a nuestros oídos, pero a veces una o dos son suficientes para saber de qué se trata. «Vacíos», decían. «Verdes». «Tienen razón», decían. «¿Qué pasará en invierno?», decían. Decían que habíamos comido todas nuestras frutas cuando aún estaban verdes, pero que era lo justo, porque, quién sabe qué pasará con nosotros en invierno. Decían toda la verdad.

Yo miraba atentamente, esforzando la vista hasta tal punto que me dolían los ojos de tanto mirar. El sol encendió sus hogueras en los mástiles de los árboles. ¿Cómo podía saber que era la señal para irnos?

El jardín de Wojciech, amigo de nuestra infancia, se movió de repente, se balanceó, y poco a poco empezó a alejarse como un enorme barco verde. Se iba distanciando despacio, pero incesantemente. El espacio entre el jardín y el lugar donde nosotras estábamos aumentaba vertiginosamente, el jardín se volvía más y

más pequeño, desvaneciéndose, huyendo hacia la lejanía inalcanzable, infranqueable.

Me sentí extraña y herida, ya que estaba acostumbrada a la proximidad del jardín desde la infancia, y quién sabe qué hubiera ocurrido un instante después, si mi hermana no hubiera dicho: «No frunzas tanto los ojos. Cuando los frunces así se ve claramente que eres judía».

Tras sus palabras, de repente todo volvió a su sitio, el jardín y los árboles, los cestos y la escalera, Wojciech y su hermana. Pero ¡quién creerá en tales retornos! Yo no.

La voz de padre nos llamó a su despacho, ante la enérgica señora Kasińska, que, previo el pago acordado, prometió confeccionarnos papeles para que pudiéramos salvarnos, para que no nos mataran.

VI
EL LOCO

Todos ellos me toman por loco…, pero yo no estoy loco. Es lo que se dice de cualquiera que tiene mal la cabeza, pero la mía está sana. ¡Ojalá Dios me la dejara mal! El que está mal es mi corazón, pero eso ya no tiene remedio.

Tengo las piernas torcidas —ya lo ve usted— y una joroba. Altura, uno cincuenta. Mi cara es tal que todos los niños me tienen miedo; pero los míos eran unos buenos niños y cada mañana, cada noche, me daban un beso en la mejilla diciendo: «Buenos días, papá», «Buenas noches, papá».

¿Sabía usted, señor doctor, que a la gente tan fea solían nacerles unos hijos hermosos? ¿Lo ha oído decir? Mis hijos eran hermosos. Tenían el pelo claro, ¡seda pura! Y las piernas rectas, y rollizas como salchichas. Yo y mi mujer, que era sólo una buena mujer, decíamos: «Dios es justo, dio a los hijos aquello de lo que nosotros carecemos…». Eran tres, todas niñas. La mayor de siete años, la pequeña de tres.

¡Soy barrendero! Barría las calles y había mucho por barrer, era un pan duro de ganar, entre tanta pestilencia. Luego no conseguía quitármela ni lavándome en los baños. En *estos* baños. La mayor iba al colegio y trajo las notas, todo sobresalientes, de arriba abajo. En la escuela a veces decían: su papá es barrendero, pero ella… tiene el corazón de oro, decían. Ésa era mi niña… ¿Se puede entender, señor doctor? No se puede.

Después barría en el gueto, eso sólo se llamaba barrer. ¿Las basuras hacían daño a alguien? Y tenía una escoba y con esa escoba daba vueltas. Las niñas tenían hambre; mientras andaba así, a veces encontraba algo para… ya sabe usted… Otras veces alguien me

daba algo.

Las pequeñas no lo comprendían, pero la grande…, ah…, era un tesoro. Igual: cada mañana «buenos días», cada noche «buenas noches». Yo le decía: «Duerme tranquila. Tranquila…».

Cuando llegó la primera acción dijeron que me iban a llevar, porque se llevaban a los lisiados, y yo soy enano y tengo chepa. Me escondí en el tejado.

¡Señor doctor! Con la segunda acción nos escondimos en el bosque. Y cuando la tercera yo andaba por las calles con mi escoba, porque entraba a trabajar a las cinco, y todo empezó a las tres y media. ¿Sabe usted qué clase de escoba es? De junco, larga y tupida. ¿Ve usted mi altura? Uno cincuenta.

Cuando los camiones pararon en la plaza delante de los baños me acurruqué en un rincón entre dos casas, tapado por la escoba. Ni los de las SS ni el *Ordnungsdienst* pensaron que había un hombre allí, porque sólo veían una escoba. Yo temblaba tanto que la escoba temblaba conmigo. Lo oía todo, porque los encerraban en los baños antes de cargarlos en los coches. Yo me decía: «Dios, dame, dame». Y no sabía qué tenía que darme. ¿Sabía yo que existía ese Dios? Qué va…

Sabe usted…, alguien huía corriendo, y con la mano rozó la escoba, que cayó, y si alguien hubiera mirado en el rincón, habría sido mi final. Yo tenía miedo de levantarla, porque ya los llevaban a los camiones.

¡Doctor! En el primer camión, de pie, estaban mis niñas, mis tres… Yo veía que la mayor lo comprendía todo y que las pequeñas lloraban de puro miedo. De pronto dejaron de llorar, y la más pequeña, de tres años, exclamó: «¡Papá, papá, ven con nosotras!».

Me *vieron*. Sólo ellas me descubrieron en mi rincón. Sus ojos, ¡doctor! ¿Y qué piensa? ¿Que yo, su padre, salí, corrí hacia ellas, sí?

Pero yo puse el dedo en la boca, y mordiéndolo de miedo y sacudiendo la cabeza, les indicaba que no se podía gritar, que estuviesen calladas: «¡Chist!».

Las pequeñas gritaron una vez más, pero la tercera, la mayor, les tapó la boca con las manos. Después ya se mantuvieron calladas…

Deme ahora el certificado ese de que no estoy loco, porque si no, me echarán del trabajo y me encerrarán en el hospital.

O bien deme… el remedio para que no siga escondiéndome y

gritando: «¡Voy!, ¡voy!…». Porque ellas ya no lo oirán.

VII
DETRÁS DEL SETO

Agafia está de pie en el umbral de la puerta, apoyada contra el marco. Es baja y fornida, con una cara brillante, sus ojos son pequeños y carentes de forma, marrones, siempre velados por una especie de neblina lacrimosa que los hace parecerse a setas en vinagre, setas que a veces me divierten y otras veces enfadan. Eso no depende de mí, sino del humor de Agafia. Porque Agafia tiene sus malos humores, que manifiesta pegando sonoros portazos, removiendo enérgicamente las cacerolas y también lanzando relámpagos con sus pequeños e informes ojos. Ahora, por ejemplo, me gustaría pedirle que corriera las cortinas de las ventanas, esta tarde de julio hace bochorno, pero opto por no decir nada. Sé que Agafia se está preparando para relatar una de sus largas historias, que me brinda casi a diario desde hace veinte años, historias que si alguien las hubiera recogido, formarían la crónica viva de nuestra pequeña ciudad y nuestros vecinos. Las historias suelen ser enrevesadas, aunque versan de cosas sencillas y nada complicadas, repletas de detalles minuciosos sólo aparentemente inútiles. En el efecto final resulta que precisamente gracias a ellos la narración gana en plasticidad y expresión, se muestra redonda y bien terminada.

Las historias de Agafia forman el único hilo que me une al mundo exterior. Hace años que no dejo mi silla, vencida por una debilidad de las piernas; no veo a nadie y los sonidos del día me llegan ahogados y lejanos a través del alto y espeso seto plantado hace años por las manos de mi marido.

Sin embargo, desde hace un año, es decir, desde que fuimos víctimas del *Herrenvolk* y la vida se plagó de hechos crueles hasta

entonces desconocidos, los relatos de Agafia se convirtieron en el único e indispensable medio que, de manera pasiva y puramente emocional, me permite participar en la historia de nuestros días.

Es menester reconocer que a Agafia le debo que mi casa, unifamiliar, amplia, situada en medio de un jardín con setenta y ocho árboles frutales, haya escapado a la confiscación de pisos para oficiales alemanes. Hasta hoy no sé cómo lo había conseguido. Ante mis insistentes preguntas lanzaba una respuesta lacónica que no aclaraba mucho: «Un pimiento les daré a estos malnacidos, no un alojamiento». La desaparición de la vajilla Rosenthal, de lo que me percaté unos días más tarde, me hizo pensar en el tema de la corrupción, y sobre todo que Agafia, cuando le pregunté, se puso hecha una furia: «¡La gente no tiene para comer, y usted con sus rosenthales en la cabeza! ¡Puaj!».

Me callé, avergonzada. Tenía toda la razón.

El sol aprieta lo suyo, en las cintas de sus rayos tiembla la neblina herrumbrosa del polvo que se levanta de las alfombras sin sacudir desde hace tiempo y de pesadas cortinas de brocatel. Agafia, ceñida con un trapo de cocina no demasiado limpio en vez de delantal, con la bandeja vacía en su mano bajada, de pie, en el umbral de la puerta (siempre relata de pie), se despereza. Esta vez presiento una sinfonía, una historia larga; haciendo un esfuerzo demasiado evidente me levanto de la butaca y me deslizo por la alfombra hacia la ventana para mitigar el sol. Un tirón de la cuerda borra de mis ojos la mancha clara de verdor, los girasoles espigados y graciosamente inclinados hacia el sur, silencia el zumbido de las abejas, me separa del aroma de la hierba calentada por el sol. La habitación se sume en una penumbra repentina de color de pesado vino tinto. Ahora estoy luchando con el espacio de unos pocos metros que me separan de la butaca y espero su ya tradicional observación jocosa: «¡Nada, no pasa nada… el movimiento es salud!». Pero Agafia no me mira, se nota que en su cabeza sopesa las primeras palabras —lo sé perfectamente— que caerán en cuanto vuelva a acomodarme en la roída butaca. Sentada enfrente de la puerta, levanto ligeramente la cabeza: estoy preparada. «Estoy preparada».

«Hoy fusilaron en el campo dos camiones de judíos», dice Agafia mirándome con sus ojos lagrimosos. Como por reflejo levanto las

manos hacia las sienes, pero las vuelvo a bajar inmediatamente, reñida por una mirada afilada. «Hay que saberlo». Recuerdo sus palabras cuando, después de su primer informe de las crueldades cometidas por los alemanes en nuestra pequeña ciudad, protesté débilmente: «Agafia, no puedo escucharlo…, estoy enferma. Ten piedad». «Hay que saberlo, verlo. Y recordar», respondió, y a partir de aquel momento no me atreví a interrumpirla.

—Los fusilaron a todos; la señora aún estaba durmiendo. Yo me levanté pronto; mi hermano y yo íbamos a ir a Lubianki a por harina. ¡No hay ni pizca de harina en la despensa! Llegamos allí, eran las siete de la mañana. Mikołaj escondió el saco debajo de la paja; no tomamos leche, aunque nos convidaron. Pensamos: «Es hora de volver, para qué ponerse a la vista de los alemanes de día». Además, resulta agradable viajar por la mañana, hace fresco, los pájaros no dejan de parlotear en el bosque, el rocío se extiende sobre la hierba, y más allá, en los campos, la niebla blanca es como el trigo sarraceno en flor. Hablamos Mikołaj y yo de los viejos tiempos, cuando él estaba rondando a la hija del molinero, que después se casó con otro. Mikołaj hasta se tenía que sujetar de la risa cuando le recordé aquellos cortijos («cortejos», corrigió él mismo). Ya le he dicho que la niebla cubría los campos y ocultaba el mundo. Así que cuando salimos del bosque aún no se veía nada. Sólo el caballo levantó las orejas y empezó a moverlas nervioso. Ya ve usted, el caballo fue el primero en captar que el mal estaba al acecho. Nosotros nos dimos cuenta sólo cuando se oyó el trueno del disparo. Siwy, el caballo, se encabritó, Mikołaj tiró de las riendas, saltó del carro. Estábamos en medio del camino, sin saber qué hacer. Se oían voces, ni cerca ni lejos, como si la niebla nos estuviera metiendo algodón en los oídos. Cada pocos minutos se oía un disparo, algún grito y luego el silencio. Yo estaba empapada de sudor, y donde más, aquí, entre los pechos, la camisa se me pegó al cuerpo como después del baño. «No tengas miedo» —me dijo Mikołaj—. «Disparan a los judíos. Baja del carro y vete al bosque. Ahora no podemos pasar. Hay que esperar a que terminen».

Dio la vuelta en silencio, dejó el caballo entre los avellanos, apartado del camino, y mientras tanto la niebla se disipó, y cuando me senté en la hierba al borde del bosque ya se veía todo, todito…

Parece que Agafia vio la palidez de mi cara, porque se

interrumpió y con una mirada irónica observaba cómo estiraba la mano para coger el vaso de té. Un poco de azúcar cayó de la cucharilla: mi mano temblaba.

—Si le digo a alguien que es usted tan sensible, se echaría a reír. Hoy día la sensibilidad que hace falta tener debe ser dura, sí, muy dura. Cualquier otra no vale una mierda.

Las setas marinadas de Agafia destellaron con severidad; aparté el vaso.

—No eran muchos, lo más unas setenta personas, y unos pocos alemanes. Los habían cogido de noche, en la periferia, en ese barrio junto al estanque. Ahora los cogen a menudo porque no caben todos en el gueto. Los alemanes andan de aquí
p'allá,
con los fusiles en ristre, y cuando alguno grita es como si ladrara un perro. Los judíos abren zanjas, en algunas ya hay algún que otro cuerpo. Cavan en silencio, con aplicación, no de cualquier manera. Piense, señora: «Cavarse la tumba a uno mismo… ¿Qué sentirían al cavar esas tumbas? ¿Lo sabe usted?».

Sacudí la cabeza.

—¡Yo lo sé! Nada, señora, no sentían nada, porque ya antes estaban como muertos… Cuando empezaron a disparar de nuevo, me puse en pie de un salto, quería correr al bosque, lejos, para no ver. Pero no lo hice. Algo me retenía en el sitio, me decía: «Mira, no cierres los ojos». Y yo miraba.

Se quedó callada. Yo permanecí inmóvil, sintiendo la inercia del cuerpo, el peso de mi invalidez, más que en otras ocasiones. Agafia apartó la bandeja que llevaba en las manos, sacó un trapito y se secó el rostro. Se acercó, cogió una silla. Era inusual que se sentara; un miedo incomprensible se apoderó de mí.

—¿Sabe quién estaba entre ellos? —preguntó en voz más baja, sin quitarme el ojo de encima—. Aquella joven, tan morena que usted había echado…

—¿Y cómo lo sabe, Agafia? —pregunté irritada—. ¡Si no la pudo ver!

—Lo sé. —Y yo sabía que decía la verdad. ¿No había dicho: preciosa como sacada de un cuadro, morena, largas trenzas…?—. Lo sé. Hasta sé de quién es hija.

Me miraba, y de ese mirar me entró una debilidad; quería

decirle que dejara de mirarme así, que una cosa no tenía nada que ver con otra, pero mis labios permanecieron petrificados y mudos. Movía la boca sin emitir un solo sonido. Me encogí. De pronto sentí el aroma de las flores, vi el rostro pálido y delicado de aquella muchacha de quince años.

—¿Acaso estoy diciendo que es usted culpable de su muerte? —Oí la voz de Agafia: sabía leer los pensamientos.

«No tengo la culpa de nada», quise gritar pero, aunque ya había recuperado la fuerza de la voz, en este momento comprendí de súbito que no podía pronunciar estas palabras con la conciencia limpia.

Y Agafia comprendió que yo lo sabía.

Se levantó. Su figura baja y robusta me pareció de pronto majestuosa y soberana. Volvió a colocarse el trapo alrededor de la cintura, recogió la bandeja de la mesa, los platos. En la puerta se dio media vuelta.

—Estaba desnuda en el campo vacío, bañada por el sol, esperando la muerte. Pero aquel que la apuntaba no pudo disparar. Se conoce que tenía el ojo sensible a la hermosura. Él apuntaba y ella esperaba. Luego se acercó otro corriendo, uno de pelo claro, gritó algo en su lengua, apartó al primero y disparó. Ella sacudió los bracitos en el aire y cayó, y así se quedó.

Nos medíamos con la mirada en medio de un gran silencio, Agafia y yo. Finalmente bajé los párpados y ella salió de la habitación dando un portazo. El siguiente sonido que llegó a mis oídos fue el ruido metálico de las cacerolas.

Lo más difícil es el momento de levantar el cuerpo. Después, al sentir el apoyo del bastón, la sensación de inercia disminuye el esfuerzo que he de hacer al levantar los pies. Los veinte años me familiarizaron con la invalidez, tal como me familiaricé con la presencia inseparable de Agafia, o con la soledad que se apoderó de mí cuando me dejó mi marido. A veces incluso me parece que la vida pasada entre las cuatro paredes de mi casa y las cuatro paredes verdes de mi precioso jardín ha sido feliz.

Paso a paso me muevo renqueando a lo largo de la habitación en que la penumbra de color vino tinto (¿color sangre?) es aún más espesa porque el sol ya se desplazó del sur hacia el poniente. Mi bastón terminado en una contera de goma emite un sonido sordo y

seco. Con la otra mano voy tocando los muebles que me sirven de apoyo por el camino: la mesa de roble, un amplio aparador también de roble, la biblioteca. Avanzo despacio, como pensándolo, en contra del sano juicio que me ordena no moverme del sitio. Voy, quizá, obedeciendo a la mirada de Agafia, ante la cual, hasta hoy día, conservo el miedo de un niño enfermo. El resplandor de la luz irrumpe por la puerta abierta, golpea los ojos hasta causar dolor. Por lo general reina el silencio, las abejas, tan ruidosas al mediodía, callaron, sólo se oyen los grillos y los gorriones picoteando las cerezas. Los girasoles desviaron sus cabezas siguiendo al sol, que ya estaba a punto de ocultarse. Es, para mí, el momento más precioso, porque detesto los amaneceres que prometen florecimiento, y tampoco me gustan los mediodías pavoneándose de su plenitud. En cambio, el ocaso, que lenta pero inevitablemente desciende hacia la noche, no despierta en mí inquietud ni pena. El sendero flanqueado de grosellas me lleva hacia el objetivo. Precisamente aquí, entre las flores plantadas hace años en imaginativos macizos y que hoy forman una maraña frondosa, aquí vi a esa muchacha, a esa niña. Yacía en el suelo medio desnuda, su belleza me dio una punzada en el corazón. Delgada, delicada, sólo cuando levantó la mirada me di cuenta: era una niña.

—¡Qué vergüenza! —grité—, ¡vergüenza y deshonra! ¡A esta edad! ¡En un jardín ajeno!… ¡Fuera de aquí! ¡Ahora mismo!… No miraba al muchacho, sólo a ella. Se levantó avergonzada, tapando apresuradamente su desnudez.

—Le pedimos perdón, señora —musitó.

En los ojos llevaba aún la calidez del amor, y en los movimientos una extraña pesadez sensual, nada natural para su cuerpo de niña. Se iban alejando mientras yo no dejaba de gritar algo sobre la podredumbre y la obscenidad a las que se entrega la juventud apenas salida de la infancia.

—¡Es una vergüenza! —repetía—, a esta edad… Vergüenza e indecencia…

A medida que yo seguía gritando, los ojos de la muchacha se enfriaban, se llenaban de ira. Pensé que se iba a lanzar contra mí. Pero ella sólo dijo suavemente, con amargura:

—A nosotros todo nos está prohibido, ni siquiera podemos amarnos, alegrarnos la vida. Lo único que nos está permitido es

morir. ¿A esta edad, dice usted? ¿Acaso llegaremos a otra? Vamos, Zygmunt —se dirigió al muchacho—, vámonos de aquí.

Se fueron por el mismo sendero por el que yo acababa de llegar. Cuando el muchacho se dirigió a ella comprendí que ella estaba llorando. El muchacho dijo:

—Calla, mi amor. Es una vieja envidiosa, coja. Calla…

Los seguí con la mirada hasta que desaparecieron, expulsados del Paraíso. Después contemplé con pena las flores arrugadas y la hierba aplastada. Y pensé que, en realidad, no había visto al muchacho. Un chico estaba con ella, lo sé; se llamaba Zygmunt; pero yo no lo vi.

Ahora las flores crecen allí espigadas, intactas. Los últimos pies que pisaron esa hierba fueron los de ellos dos. ¿Qué es lo que estoy buscando al inclinarme? ¿Aquel instante de amor y felicidad que ávidamente deseaban salvar de la vida asesinada? ¿Del que yo los despojé? ¿Qué palabras susurran mis labios? «Sacudió los bracitos en el aire, cayó, y así quedó…».

Qué bien que se acerca Agafia, que siempre sabe cuándo la necesito. Viene hacia mí con su paso decidido, con su cara de buena aunque aún severa. Ya está junto a mí, siento su mano en mi hombro.

—… Eh, eh —dice en tono de reproche bondadoso.

Volvemos en silencio. Sólo se oye el crujir de la grava en la senda y nuestra respiración.

VIII
EL CÍRCULO CERRADO

El camión pasó junto a las últimas casas de la ciudad y se adentró en la carretera desierta. El asfalto estaba dañado, desgarrado por las orugas de los tanques; junto a la calzada los árboles aparecían rotos, quebrados en dos. Pero bastaba con desviar la mirada hacia un lado y seguirla saltando la cuneta para encontrarse en el antiguo mundo, el de antes de la guerra. En los campos y los prados nada había cambiado. El sol naciente iluminaba los rastrojos, la hierba se veía sembrada de botones dorados y de colonias de margaritas blancas que semejaban manchas de nieve olvidadas por el invierno.

Józef estaba sentado de cara a los campos y los prados. La imagen del verdor y de las flores le causó una impresión inesperada (era un hombre resistente a los encantos de la naturaleza), inesperada y sedante. Por primera vez desde tiempo inmemorial se apoderaron de él las ganas de tumbarse a la sombra de un árbol y respirar profundamente. Era un deseo extrañísimo, teniendo en cuenta que Józef, contable de profesión, exempleado de una gran empresa de exportación, hacía bastantes años que había traspasado el umbral de los cuarenta y nunca le habían atacado antojos sentimentales en su laboriosa y ordenada vida. Relacionar tan solo su enjuta figura y su traje oscuro con un peral o un manzano ya exigía una buena dosis de imaginación. Su estampa casaba con el pavimento de la ciudad y la mesa de la cafetería, ajena del todo a los rastrojos y las margaritas. Aunque él mismo se indignaría con cualquiera que tildara su reacción de extraña, convencido de que llevaba años añorando el verdor y la sombra de los árboles, justo como en este momento, cuando, sentado sobre la maleta, y a duras

penas manteniendo el equilibrio en cada bache de la destrozada carretera, huía a su pueblo natal, al pueblo que había dejado para siempre hacía veinte años, y que a lo largo de esos veinte años solía visitar una sola vez cada doce meses, para pasar las fiestas en la casa de sus padres.

Ninguno de los viajeros prestaba atención al mundo detrás de la cuneta. Los hombres jugaban a las cartas, y la muchacha apoyada de espaldas contra la cabina del conductor tenía los ojos cerrados. Józef, aunque no había intercambiado con ella ni una palabra, presentía que los unía el mismo destino. Los hombres, en cambio, volvían de un viaje que podría llamarse de negocios, si los paquetes y cajas no contuvieran mercancía procedente de robos y saqueos.

Los rostros de los hombres eran orondos, rubicundos, y a pesar de la hora temprana no le hacían ascos al alcohol. Fuertes gritos de borrachos acompañaban al juego de las siete y media.

Antes de partir, Józef había hablado con uno de ellos, al pagar por el trayecto a Z. un precio que multiplicaba el de un billete de ferrocarril normal. Pero no se trataba de eso. El montante no era discutible, no sólo había que pagar, sino también estar agradecido por la posibilidad de emprender este viaje ilegal. Los judíos tenían prohibido abandonar la ciudad sin un pase. Y no se concedían pases. El hombre al que Józef pagó por el viaje —descendiente de una familia de ladrones y rufianes conocidos en Z.— le lanzó una atenta mirada y le preguntó si no era hijo de aquel barbudo que tenía una tienda al lado de la iglesia parroquial, y cuando Józef dio la respuesta afirmativa y preguntó por su lado si sabía cómo se encontraban sus padres, el tipo le contestó que *todavía* estaban vivos. Al decirlo sacó una botella de vodka del bolsillo e invitó a Józef a echar un trago. Replicó a la negativa con una sonora carcajada: «en Z. *tepier ja korol*» (ahora yo soy el rey)…

Józef subió la escalerita, se acurrucó sobre la maleta y hasta el momento en que el chófer encendió el motor no creyó que conseguiría salir de la ciudad. No se percató de cuándo había aparecido la muchacha. La vio ya sentada, apoyada contra la cabina del chófer y con los ojos cerrados. Sus pequeños rizos negros, la protuberancia de los ojos tan visible en ese momento, debajo de los párpados cerrados, excluían cualquier error. ¿Alguien de Z.?, pensó, pero enseguida dejó de preocuparse por ella. Más exactamente, dejó

de pensar en general. Últimamente le pasaba a menudo: una clase de ensimismamiento o de rigidez, unas manchas blancas en la conciencia acompañadas indefectiblemente de una inercia física. Empezaba con una desagradable sensación de estar cayendo al abismo (como a veces en sueños), después esa sensación desagradable desaparecía, sustituida por un vacío, un desierto, y él, Józef, de pronto perdía su peso y semejante a una pluma se quedaba colgado en la nada, y en absoluto, de ninguna manera, se le antojaba salir de este estado. No les reprocharía nada a esos vahídos, o inercias, como los llamaba él, si no fuera porque ocurrían en momentos muy poco oportunos, es decir, precisamente cuando hacía falta comportarse de una manera totalmente contraria: pensar con rapidez y actuar con destreza. Era, pues, este hundimiento altamente peligroso. Ocurrió por primera vez a plena luz del día, en una calle cerrada con un muro verde de uniformes y cascos. Una situación en gran medida peligrosa, si bien no desesperada: las puertas cocheras de las casas estaban abiertas, y lo más sencillo, aunque poco eficaz, como resultó después, era ocultarse en los oscuros portales. Así lo hicieron muchos de los transeúntes atrapados en la redada callejera. La multitud quedó súbitamente diezmada, y en la calle quedaron sólo aquellos que no corrían peligro de complicaciones al enseñar sus carnés de identidad. En esa corriente se quedó Józef, en contra del sello en su carné de identidad, en contra de su propia cara y del manguito de tela blanca en el brazo con una estrella de seis puntas cuidadosamente bordada. Podría decirse que en contra del sano juicio. La verdad sea dicha, aquel día la caza no se limitó solamente a la calle; los depredadores con casco revisaron minuciosamente los huecos de las escaleras, los semisótanos y patios, y, en efecto, atraparon a casi todos los escondidos. Después los enviaron (también a Józef) a trabajar en el edificio que desde hacía cosa de un mes era la sede de la Gestapo. Terminados los trabajos (fregando suelos y transportando muebles), dejaron libres a los que habían estado haciéndolo en la planta baja. Los que habían hecho exactamente lo mismo en otras plantas fueron retenidos. En el preciso momento en que Józef, con la ropa mojada y el rostro cortado con la huella de un látigo, cruzaba la calle, entraron en el patio cinco camiones y en ellos hombres uniformados y con cascos. Cantaban una canción melódica, sus voces eran

fuertes y juveniles, armoniosamente coordinadas.

Józef se daba perfectamente cuenta de que el aturdimiento, la parálisis momentánea que había sufrido durante la redada en la calle, y que, desde entonces, volvía a afectarle de vez en cuando, nada tenía que ver con la cobardía ni con eso que comúnmente se suele llamar perder la cabeza. El caso era mucho más enrevesado, más bien cosa de unas fuerzas misteriosas de cuya existencia hasta entonces no había tenido noticia. Después de lo del cuadro decidió buscar el consejo de un médico.

El cuadro, una pobre reproducción de Brueghel, con un pesado marco dorado, colgado en su habitación alquilada, estuvo a punto de convertirse en causa de una desgracia.

Durante una de las visitas que los uniformados con casco solían hacer a los de manguitos blancos con la estrella de seis puntas, en la habitación de Józef apareció, acompañado por la servicial portera, un sujeto con uniforme y casco que resultó ser amante del arte. Esa inclinación suya le brindó a la visita un transcurso imprevisto y anormal. Al avistar la Leda y el cisne de porcelana el sujeto uniformado se olvidó por un instante del propósito de su visita y con su mano embutida en un guante de piel indicó el *kitch* de porcelana. Józef se lo acercó educadamente y, a continuación, abrió el cajón y sacó unos cuantos *kitch* semejantes de porcelana y bronce. Eran los míseros restos de la tienducha de su difunta tía, y sólo por su recuerdo no los había tirado a la basura. El sujeto de uniforme ordenó «*Einpacken!*» y Józef, que no tenía certificado de trabajo, cumplió la orden solícito. El cuadro colgado en el rincón atrajo la atención del admirador del arte cuando ya estaba a punto de irse. Lo evaluó con mirada de experto, frunciendo los párpados, y sin decir palabra hizo un gesto con la cabeza encascada. Entonces, unos instantes antes del increíble y feliz final de la visita, las fuerzas misteriosas y siniestras se despertaron en Józef. Se hundió en su vacío, perdió la noción del tiempo y de la situación y ya no hubo manera de mover ni tan siquiera una mano. «*Loos!*», gruñó el otro debajo del yelmo, y otra vez más fuerte, más amenazante: «*Loooos!!!*», esta vez también sin efecto.

El hecho de que Józef consiguiera huir de la plaza delante de la iglesia de Santa Magdalena lindaba con el milagro. Pronto arrancó de allí una larga fila de camiones cubiertos con lonas.

Preocupado esta vez, hasta casi dejarse llevar por el pánico, por las fuerzas que lo conducían a la perdición segura, Józef buscó la ayuda de un conocido médico. La relación con el galeno se reducía a una partida semanal de ajedrez en la cafetería, y el esfuerzo de la mente y la concentración propios de este juego excluyeron para siempre conversaciones y charlas. Si sucedía que terminaban la partida antes de las seis, cuando ambos abandonaban la cafetería y tomaba cada uno su propio rumbo, solían hablar de las últimas partidas de los grandes maestros o de algunos finales interesantes. Sin embargo, Józef incluía al médico en el círculo de sus conocidos más cercanos, formado únicamente por dos personas. El otro era un abogado amante de la música, y por eso le gustaba a Józef, y con él asistía regularmente a las matinés sinfónicas. Józef apreciaba los conocimientos musicales de ese hombre; en cambio, le disgustaba su inclinación a lo melodramático. No era capaz de perdonarle, por ejemplo, su admiración por Verdi o Puccini, a los que Józef, como incondicional de Bach y Mahler, despreciaba un tanto, ni tampoco su inmersión en el mundo de los sonidos, demasiado insistente. Al salir de la sala de conciertos, el abogado solía canturrear a media voz la obra recién escuchada, y esa manifestación en voz alta de sus relaciones íntimas con la música (y también con el ruido sonoro) irritaba mucho a Józef. El médico ajedrecista le era más cercano.

Por supuesto, hubo también otras relaciones, pero eran contactos volátiles, condenados a morir de antemano. Quedó solterón.

El médico no estaba en casa. Dos niños miraban a Józef con ojos llenos de pánico. «Se llevaron a mi marido hace una semana», dijo la mujer. No lo invitó a que se sentara. No se lo reprochaba. Józef se fue. Una cuadrilla del ejército caminaba por la calle. Los soldados cantaban con las mismas voces, bien armonizadas, fuertes y jóvenes voces. «*Und morgen die ganze Welt…*». Se encaminó hacia el barrio periférico donde vivía el abogado, pero de repente se detuvo y dio media vuelta. Se le encendió en la cabeza la idea de visitar a un compañero de la oficina; renunció a ver al abogado.

La propietaria del piso y de la habitación adornada con la reproducción de Brueghel que Józef alquilaba desde hacía años lo estaba esperando en el pasillo. La escuchó sin interrumpirla con palabra alguna. En cierto modo comprendía a esa asustada mujer

que, por su propia seguridad y la paz familiar, le rescindía el alquiler.

Al anochecer se arrastró del sofá cama y quedó de pie junto a la ventana. Una niebla azul pendía sobre la ciudad, el sol poniente reverberaba alrededor de la orquídea de la torre del ayuntamiento. Un tranvía escalaba la empinada calle. El silencio se desplomaba sobre plazas y jardines, calles despobladas que Józef conocía al dedillo. Mientras estaba así, de pie, observando la ciudad y a través de ella repasando la vida que había llevado allí, oyó un chasquido seco, semejante al sonido de un andamio que se cae. Quizá veinte años de otra vida, una vida abundante en tormentos, altibajos, henchida del frenesí de sentimientos de toda clase, se hubiesen derrumbado acompañados del fragor de una potente explosión. La vida de Józef, metódica y ordenada como el cajón de los *kitch* de porcelana, se permitía tan solo ese sonido ahogado y sigiloso.

***

La impresión causada por la vista que se extendía a ambos lados de la carretera (gracias a la cual Józef salió de su estado de vacío y aturdimiento) pasó, pero dejó en él una semilla de euforia dispuesta a brotar en cualquier momento. Las circunstancias no parecían propicias. Los hombres, terminado el juego de naipes, se entretenían conversando sobre un tema de actualidad y lo hacían de una manera tan ruidosa y contundente que a Józef le costó aislarse de sus voces excitadas y sus risas semejantes al croar de las ranas. Alcanzar el estado de sordera voluntaria le costó no poco esfuerzo; pedía la ayuda de su vacío, que, como por ironía, le podía ser útil, pero fue en vano. El asunto era de peso, aunque algo nebuloso, y por razones no demasiado precisas. Se trataba de poder aniquilar temporalmente el tema de actualidad, es decir, por un período de tiempo indefinido que, como hay que suponer, duraría el viaje. No pensar, no oír, no saber, se trataba de eso. ¿Por qué? No lo sabía, y la verdad es que no le importaban los motivos. Eran muchos, y un papel bastante importante lo desempeñaba en este caso el reciente chasquido de un andamio. Baste con decir que, a medida que se iba desarrollando la charla sobre el tema de actualidad, la cara de la muchacha de la cabina del chófer perdía color, tono tras tono, hasta

que, en poco tiempo, se volvió transparente; sin embargo, la de Józef seguía impasible, serena y tranquila. Es más: a medida que el relato iba hinchándose —un relato cruel y bestial en detalles—, como para llevar la contraria, la semilla de la euforia fue brotando. Józef arrugó los labios y silbó. Le salió un silbido limpio y alto. Resulta difícil elegir qué era más importante: la melodía silbada o el hecho de que silbaba por primera vez desde tiempos inmemoriales. Él mismo se hubiera sorprendido si fuera consciente de que estaba silbando. Era el aria preferida del abogado, aria vulgarizada por la popularidad de *Rigoletto*, ¡nada de Bach o Mahler! Pero él no la oía. No oía, no sabía, y sólo la mirada sorprendida de la muchacha y el repentino silencio de los hombres le hicieron comprender que había hecho algo impropio. La mirada de ella expresaba sorpresa y malestar, y la risa de los hombres y sus gritos rompió el silencio: «*Gwyzdaj, gwyzdaj, ne dowho budesz givyzdaty*…» (silba, silba, que pronto te silbarán a ti).

De todas maneras, se mantuvo en sus trece: el *intermezzo* operístico puso fin a la relación con los hombres; volvieron las cartas y la botella de vodka.

La muchacha se quedó mirando a Józef un largo rato, unas finas arrugas estriaron su frente, puso la cabeza entre los hombros como un asustado pájaro negro.

Józef metió la mano en el bolsillo, sacó una pitillera. Consideraba perjudicial el vicio de fumar y se entregaba a él exclusivamente en momentos especiales, en una partida de ajedrez particularmente emocionante, por ejemplo, o en un buen concierto «selecto», como solía decir. El cigarrillo tenía un sabor desagradable, picaba e irritaba la garganta reseca por la fuerte corriente de aire; sin embargo era un sabor conocido, sentido hacía tiempo. Se acordó del sabor del primer cigarrillo de su vida, que le había ofrecido su padre. Iban en un carro tambaleante, el viento fustigaba sus caras, el pitillo picaba y ahogaba. Recordó el gesto de su mano lanzando el cigarrillo al camino polvoriento; lo repitió ahora.

Quién sabe si este recuerdo aparentemente insignificante no habría causado la desaparición de la semilla de la euforia si, por el orden natural de las cosas, hubiera acarreado más recuerdos y reflexiones. Las próximas horas parecían confirmarlo. A la semillita

le tocaba una vida un poco más larga…

El camión salió de la carretera, se detuvo junto a la aromática pared del bosque. Era la hora de comer, los hombres sacaron de sus bártulos trozos de salchichón, el olor a ajo venció al de las hojas de pino.

¡Ay, con qué ímpetu creció la semilla de euforia! Józef se apresuró a saltar del camión y se adentró en el bosque. Algo menos comprensible pareció la celeridad de la muchacha, que saltó de su asiento y corrió detrás de Józef. Ambos desaparecieron en la profundidad verde, entre las reverberantes pinceladas de sol y los helechos frondosos. Cuando la muchacha alcanzó a Józef, este ya se encontraba tumbado debajo de un árbol, sobre el musgo blando, respirando entrecortadamente. Una sonrisa suave deambulaba por su cara.

La muchacha, aún sofocada por la carrera, habló primero, justificando su presencia. No podía —decía— quedarse en el camión con esos borrachos desatados… Tenía miedo, también, de que volvieran a contar esas historias de asesinatos, por eso vino corriendo. Estaba —decía— en el límite de sus fuerzas, sobre todo porque ayer…

Józef, que hasta este momento la escuchaba en silencio, aprovechó el intervalo surgido en una inflexión de la voz y dijo suavemente:

—Ahora no, señorita, no ahora…

La muchacha frunció el entrecejo y dijo con desprecio:

—¡Podría pensarse que está en un picnic de primavera!

—Así es —replicó Józef—, es un escenario ideal para un picnic de primavera. —Y vio cómo una fina redecilla de arrugas surcó la frente de la muchacha, las mismas que habían aparecido por culpa del aria de *Rigoletto*. Apartó la mirada y dijo—: Mire alrededor y me dará la razón. Aunque, en realidad, ya estamos en septiembre, así que deberíamos decir un picnic de otoño. ¡Disfrutemos del picnic de otoño! ¿Le gusta este eslogan? Porque a mí, mucho.

La muchacha, que no tenía ni idea de la existencia de la semilla de euforia ni de sus costumbres, lanzó a media voz una palabra que de manera contundente expresaba su opinión sobre Józef tumbado en la hierba. Él la oyó y, ¿qué más da?, hizo oídos sordos, dejó que la palabra se alejara volando al bosque y siguió:

—Sí, sí…, disfrutemos de este picnic de otoño, créame, es un eslogan sabio, la sabiduría merece obediencia. Siéntese, niña, como yo, en el musgo y fíjese en lo extraordinario de los fenómenos corrientes, tales como, por ejemplo, el canto de los pájaros, el susurro del viento entre los árboles, el aroma a hojas de pino…

No desanimado por su silencio, ignorando las cada vez más marcadas arrugas en la frente de ella, afirmó que él, Józef, durante toda su vida había mantenido relaciones demasiado lejanas con aquello que hacía un momento fue definido como el escenario de un picnic de primavera, y que ahora se arrepentía de ello, y mucho. Porque sentía que era la fuente de la fuerza que…

—¡Deje de delirar! ¡Por el amor de Dios, deje de delirar! —gritó la muchacha, y se tapó los oídos con las manos.

Ante una protesta tan vehemente, Józef calló. El momento de silencio fue poco afortunado. Del camión llegaban los aullidos beodos, un canto balbuceante sobre un tema de actualidad. Józef pellizcó el musgo con los dedos, acercó a los ojos la mullida almohadita verde y la observó con gran interés. Quizá hubiera conseguido refugiarse en la protectora suavidad verde si no fuera por lo que oyó. El sonido que, sin equivocarse mucho, tomó en un primer momento como el chillido de un pájaro. La muchacha lloraba con la cara escondida entre las manos, balanceando el tronco como las ancianas presas de la desesperación. Él tiró el trozo de musgo y estiró la mano. Los gestos de ternura no le eran ajenos. Hizo un ademán con el que, más de una vez, en secreto, obsequió al gato de su casera: pasó la mano por los cabellos tiesos y rizados de la muchacha, y aquel retórico: «Vamos, minino, vamos», lo sustituyó con el ruego: «No llores…, no llores…».

Ella gritó una vez más:

—¡No sabe que ellos… ellos… ayer…!

Esta vez tampoco dejó que terminara la frase:

—Lo sé —dijo—, lo sé… lo sé todo, pequeña.

Entonces de verdad dejó de llorar y como una niña pequeña buscó refugio: puso la cabeza sobre su pecho, se abrazó fuerte, desesperadamente. Y permanecieron así entrelazados en el interior verde del bosque, entre pinceladas reverberantes de sol y helechos frondosos, y la mano de él deambulaba incansablemente por el revuelto mar de los cabellos negros de ella.

Al mismo tiempo sentía una dolorosa, aunque agradable presión en el corazón, que no era otra cosa que la prueba del cambio que se había realizado en la sustancia química de la semilla. Hasta ahora ligera como una pompa de jabón, tuvo que haber sufrido algún percance, una herida, semejante a una grieta en una lancha, por la que se filtraba el doloroso y pesado veneno.

***

Al volver al camión ocuparon sus asientos de antes, lejos el uno del otro, y este alejamiento después del acercamiento Józef lo recibió con un profundo alivio. Permanecía sentado de cara a la dirección del movimiento, concentrado, ensimismado. Sentía nítidamente el peso doloroso de la piedrecilla que le molestaba cerca del corazón. Éste era el aspecto adquirido por la semillita de la euforia, despreocupada y ligera como una pompa de jabón. Herida de muerte, rebosando de doloroso veneno, se quedó petrificada. Pero como también en este estado conservaba sus antiguas y extrañas costumbres, la piedrecilla, contrariamente a las leyes de la naturaleza, iba creciendo y aumentando de tamaño y en poco tiempo se hizo una piedra, que pesaba en el pecho de Józef.

Bajaron a la extensa ribera del río. El final del recorrido se aproximaba y, como suele ocurrir al término de un largo trayecto, los viajeros sucumbieron al cansancio. Los hombres cayeron en un sueño torpe, sólo se oía el chasquido de las botellas de vodka vacías.

Bajo las ruedas del camión retumbó el puente de hierro. Józef se desveló de su amodorramiento, miró alrededor. Se quedó escuchando.

Una carreta que llegaba de frente resonó con un chasquido seco. El cochero manejaba su látigo, y detrás de él, en el asiento forrado de paja aparecían sentados un hombre con un traje oscuro y un sombrero tieso, y junto a él un muchacho. De repente vio el enorme reloj con forma de cebolla, oyó el sonido apagado de su tapa de oro. Por la esfera verde se deslizaba el brazo del tiempo. «¿Llegaremos tarde, papá?», oyó su voz. Y la voz del padre: «¡Qué va! ¡No temas, tienes toda la vida por delante…!».

Se puso la mano en el corazón de tanto dolor que sintió. ¡Toda

la vida por delante! Emitió algo intermedio entre un suspiro y un gemido. Toda la vida… Vio los ojos del padre llenos de confianza, de esperanza. «¿Y qué?», se preguntó a sí mismo, y él mismo se respondió: «Nada…, nada».

En el horizonte apareció una oscura marca vertical. Le sorprendió y sólo unos instantes después la reconoció. Era la chimenea de la fábrica de ladrillos a las afueras de la ciudad. Pero el estado de asombro continuaba, miraba el paisaje familiar como a un amigo encontrado después de muchos años, casi irreconocible. Avanzaban entre llanuras monótonas como estepas atravesadas por senderos marcados por los transeúntes, las blancas figuras de los santos guardaban las cruces de los caminos. El brezo y el tomillo perfumaban el aire. Y cuando por fin, en la hondonada, junto a la colina del castillo, apareció la ciudad, también ella le sorprendió con su aspecto cambiado. La torre de la iglesia huyó del primer plano hacia el fondo, detrás de los tejados de las casas, el perezoso río no fluía por su lugar habitual y, junto al río, también la colina del castillo cambió de situación. Lo comprendió. Volvía por el camino que había utilizado una sola vez en la vida: por entonces, salía de allí para estudiar en la gran ciudad. La tambaleante carreta los llevaba hacia la estación de ferrocarril más próxima. Había pasado por aquí una sola y única vez, porque volvió a pasar las primeras vacaciones, en tren, por la recién estrenada línea de ferrocarril abierta aquel mismo año. Desde las ventanas del tren, la pequeña ciudad saludaba a los viajeros con su torre de la iglesia. El bosque llamado Negro llegaba casi hasta la estación. La chimenea de la fábrica de ladrillos y las llanuras esteparias no se veían.

Este descubrimiento conmovió a Józef profundamente. Los vocablos «primero», «último», «sino» y «destino» revolotearon en su cansada cabeza. No intentó defenderse. Algo terminó de una vez por todas, un círculo se cerró. Al formular esta difícil idea utilizó vocablos como «algo», «un», temía las palabras altisonantes, aunque en esta ocasión no serían inadecuadas.

***

Aparecieron las casitas del suburbio. El camión salió al borde de la carretera y se detuvo. El chófer apagó el motor. No se sabe qué

fue lo que despertó a los hombres, el silencio repentino o el grito de la muchacha largo y colmado de pavor. Por el camino del suburbio avanzaba un grupo de gente vigilada por unos uniformados con las manos colocadas sobre las armas preparadas para disparar. Józef, sordo a los llantos de la muchacha y a las voces elevadas de los hombres, se pegó a la barrera del camión y concentrado y atento miraba su propio destino.

(La amabilidad del chófer, que se apartó del camino y paró el camión, fue innecesaria. Los uniformados dirigieron a la multitud hacia el sendero campestre, campo estepario a través. Únicamente se detuvo la figura uniformada que cerraba el desfile y, tras un instante de duda, se dirigió hacia el camión parado junto a la carretera).

IX
EL PERRO

Nuestro perro se llamaba Ching. Lo llamamos así porque el mismo día que apareció en nuestra casa los periódicos traían en las portadas las noticias sobre los altercados entre japoneses y chinos. Tras largas deliberaciones: «¿Será Rex?, ¿Lux?, ¿Ami?, ¿Kajtek?», nos quedamos con el chino, también porque el cachorro era un poco bizco, lo que, según Ágata, lo hacía semejante a un chino. Ágata jamás había visto un chino, la comparación era como la de la rueda con la velocidad, pero finalmente lo sugerido ganó.

—¡Es verdad! —gritábamos—, ¡los chinos tienen los ojos rasgados y bizquean!

—Los chinos no bizquean —chinchó el primo mayor, que ya tenía catorce años.

—Pero pueden hacerlo —decidió mi hermana.

—Es un chino, le viene que ni pintado —selló la discusión Ágata.

Ching, nacido de la madre Santuzza, una fox terrier de pedigrí propiedad del veterinario melómano, salió a su padre, y ya en unas pocas semanas estuvo más que claro que iba convirtiéndose en un chucho encantador. Lo único que sacó de fox terrier fue la forma del hocico, tal como aseguraba el experto en caninos de tres al cuarto, el vecino juez, y muchas veces nos apoyábamos en su opinión cuando los niños nos gritaban al sacar a Ching de paseo atado con una cuerda:

—¡Un chucho con correa!

—¡Pero con el cráneo de un fox terrier! —replicábamos no sin orgullo.

—¿Y el culo? —preguntaban los niños.

Ching sabía sentarse, dar la pata y traer el palo. Cumplía obedientemente todas las órdenes, aunque sin entusiasmo ni emoción, diríase más bien que con triste resignación o ensimismamiento filosófico, y había sido Ágata la primera en percatarse de ello. Un día, entrando con una fuente colmada de humeantes *pierogi*, afirmó:

—Este Ching es como un filósofo.

—¿De qué tendencia? —intentó burlarse el primo ilustrado.

—De la triste —contestó concretamente Ágata.

El perro era un triste, no cabía la menor duda. No corría por el jardín, despreciaba el hueso y una pelotita especial que le habían regalado, y no se hable ya de gallinas y gorriones que revoloteaban por el patio durante todo el día. La mayoría de las veces se le podía encontrar sobre el sofá, sobre su mantita peluda y suave de la mejor lana. Su mirada seguía a una mosca que paseaba por la ventana, y a las tiernas palabras: «¿Por qué está triste el pequeño Ching?», aullaba en voz baja de clarinete.

A la edad de dos años se trasladó definitivamente al *office*. Dormía con Ágata, gracias a lo cual obtuvo un nuevo mote, el del «amante de Ágata». Ésta lo quería de verdad. Ella, ya mayor, fenecida en su soltería, vertió todo su sentimiento en el chino bizco; lo cuidaba como a un niño, hasta tal punto de que solía llevarlo en brazos mientras preparaba confituras, haciendo caso omiso a nuestras observaciones referentes a la higiene. «En las cazuelas no se mete», replicaba a nuestras reconvenciones indignada por la frialdad de nuestros corazones, cien veces más grave a sus ojos que la falta de limpieza. Durante la guerra nuestro interés por Ching se enfrió precipitadamente, en realidad ya no hacíamos ni caso al perro, y sólo cuando nos acostábamos, llenas de temor ante la noche que llegaba, con la ropa preparada para poder vestirnos más rápido, aparecía Ágata con Ching sentado como un niño en su brazo doblado y decía: «Ching, un beso de buenas noches». Y Ching ladraba bajito, apenas movía la colita y nos daba un lametazo en la mejilla. Eran ceremonias terriblemente irritantes: ¿qué noche podía ser «buena»? ¡Quién tuviera paciencia con el perro! Pero como el primo que sabía responder a Ágata ya no estaba porque lo habían matado durante la primera acción, lo soportamos hasta que Ágata y Ching se fueron al pueblo y nosotros al gueto.

Antes de eso Ching, sin embargo, nos dio una prueba de la fidelidad de su corazón. Fue un examen que en aquellos tiempos segó más vidas de personas que de animales. La víspera de ambos traslados hubo en la ciudad otra acción, la más larga de todas las que habían hecho entonces, otra prueba de la casi increíble dimensión de términos tales como crueldad y bestialidad.

Nos escondimos —siete personas— en el lugar que antes había sido pocilga, que, además de no disponer de ninguna de las condiciones de un escondite, por no tener no tenía ni puerta, aunque tuvo que haber sido sólida en el pasado, como parecían probarlo el arco encima del hueco de la puerta y los clavos y ganchos que de él salían. Un refugio sin puerta es una locura evidente. Sin embargo, entonces nos salvó precisamente la falta del cierre. Los alemanes que revisaban el patio y los lugares de la finca, al ver una puerta cerrada la tiraban sin rechistar, condenando de este modo a muerte en Bełżec a las siete personas sentadas sobre restos de paja, vestigio de la época porcina. No obstante, al ver un agujero negro en vez de una puerta, apenas tapado con un cúmulo de ramas secas desprovistas de hojas, pasaron de largo con la conciencia tranquila, sin sospechar de la existencia de personas ocultas en el interior. El momento en que en el arco de la inexistente puerta apareció la silueta del soldado cuya mano sacudió descuidadamente el tronco del manzano que se había secado el verano pasado, fue como una suspensión en la vida, como encontrarse en una tierra de nadie entre la vida y la muerte.

El hecho de que Ágata contestara obstinadamente «*nie znaju, nie znaju*» a las preguntas chillonas, era comprensible y obvio. Tan obvio como no correspondido, como a menudo suele ocurrir con la gente que nos ama incondicionalmente. Pero ¿y el triste, timorato y ya malquerido chino Ching?

Se lo arrancaron de los brazos a Ágata, avisándola de que no dijera ni una palabra, le dieron una salchicha que el hambriento perro comió con ganas, y después, con voz suave, le dijeron que «buscara» un amo.

—¿Dónde está… el amo… la ama… el amo… la ama… dónde?

Ching los miró tranquilamente (Ágata juraba después que había hecho un gesto de negación con la cabeza) y ni se inmutó. Mirándolos a los ojos permaneció sentado. Y ellos venga a lastimar

el idioma: «Buscar señor tuya…, buscar señora».

Entonces, por una única vez en su vida una energía inusual brotó en él, porque no solamente se puso a ladrar como un descosido, sino que incluso agarró al alemán por la pantorrilla.

Sentados en la pocilga oíamos perfectamente los debates entre los SS y el perro, que terminaron con la victoria del can. Es cierto que recibió un puntapié, aunque soportó el golpe en silencio, y sólo estuvo temblando después hasta la noche, como las personas que no logran tranquilizarse tras un esfuerzo que supera su capacidad nerviosa.

La vida de Ching terminó de manera trágica; tuvo una muerte inhumana. Fue un año más tarde, unos días después de nuestra huida del gueto. Su muerte tuvo todos los rasgos crueles típicos de la muerte a manos de los SS.

Su momento fue un mediodía de verano, y su lugar el patio de la casa del cuñado de Ágata, a donde esta se fue a vivir con sus familiares tras haber abandonado la nuestra. Allí, precisamente, la encontraron los alemanes que llevaban buscándonos desde hacía tres días, sentada delante de la casa, furiosos porque sabían que era imposible que les otorgaran un premio por haber perdido a la familia huida, y por la cantidad de revisiones infructuosas en las casas polacas de los conocidos y vecinos de los huidos. El resultado de su conversación con Ágata colmó el vaso. La ira, aderezada con una sensación indigerible para un *Herrenvolk* que se precie, la impotencia, tenían que encontrar escape. Al instante decidieron ampliar las leyes de Nuremberg, abarcando con ellas no solamente a las bisabuelas judías sino también a los perros de los judíos.

—¡Te colgaremos por ellos! —gritaron, y también lo hizo Ágata al contárnoslo después, añadiendo que las caras de los verdugos eran rojas como las peonías del jardín del cuñado.

La obligaron a traer una cuerda. No encontró una cuerda gruesa, pero fue suficiente con una fina porque el perro era flaco. Cuando le silbaron se acercó sin resistirse, temblando, como era su costumbre. Lo colgaron de una rama del cerezo, y después se alejaron en su motocicleta, con una muerte más a sus espaldas.

X
La conversación

Cuando entró en casa cerrando la puerta lentamente y con cuidado y a continuación empezó sus idas y venidas de la ventana a la mesa (dos pasos), de la mesa a la ventana, ella comprendió enseguida que había ocurrido algo; es más, supo que tenía que ver con Emilia.

Casi medio año pasó desde que Emilia los había acogido en su casa.

Ella estaba sentada junto a la estufa —ya era invierno—, apoyando los pies en un hatajo de leña cortada por Michał, sus agujas de hacer punto resonaban en el silencio. Estaba tejiendo una media de lana negra de oveja. Antes no sabía tejer, se lo enseñó Emilia. Le estaba agradecida por haber llenado su tiempo con algo provechoso, tiempo baldío al cual ella, Anna, había sido condenada por sentencia de su apartamiento del mundo y de la gente. Al principio le agradecía a Emilia todo, y ahora también estaba agradecida, pero ya de otro modo, más racional, meditado, de manera más fría.

La irritaban los pasos del marido, sus botas altas manchadas de barro, su cazadora, que había sido del marido de Emilia, desaparecido a principios de la guerra, su rostro bastante inusual en una familia de morenos de pelo negro como azabache.

Porque la irritaba y no por ayudarlo, preguntó primero sin levantar la cabeza de la labor:

—¿Es Emilia?

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué es lo que sabes?

La impetuosidad de su respuesta y el pararse en seco la convencieron de que no se equivocaba.

—Lo sé. Tengo muchísimo tiempo para pensar en muchas cosas. Desde el principio sabía que iba a pasar. Una vez, desde la ventana —no temas, nadie me ha visto—, la estuve observando.

—Anna…

—Vi cómo te miraba…, sus movimientos, su risa, estaba bastante claro…

—No para mí. No tenía la menor idea hasta…

—¿Por qué estás tan… alterado? Acaba. Hablemos con tranquilidad. De modo que no tenías la menor idea hasta que…

—Deja las agujas —dijo él crispado—. No aguanto ese chasquido. Y mírame; no puedo hablar así.

—Pues yo sí que puedo. Este chasquido me tranquiliza. Es una cosa muy buena, este ruidito monótono de las agujas. Yo puedo con muchas cosas. No tenías ni idea…

—Anna, ¿por qué eres así?

—De modo que no tenías la menor idea hasta que…

—… ella me lo dijo.

—¡Conmovedor! ¿Y qué es lo que te dijo?

—Me lo dijo, simplemente.

—¿Que ya no puede más, que nosotros siempre juntos mientras que ella, desde el 39, en que su marido no volvió de la guerra, vive en soledad, la pobrecilla? ¿Eso?

—¿Cómo lo sabes?

—Ya ves, lo sé. ¿Cuándo fue?

—Hace un mes.

—Hace un mes. Y a lo largo de todo el mes estabais juntos desde el amanecer hasta la noche en el campo, juntos recogiendo leña en el bosque, juntos de compras en la ciudad. ¿Sabes…?, de verdad tienes un aspecto estupendo, y ella es muy avispada, se dio cuenta ya la primera noche: «Hará usted de mi primo, un contable más que perfecto». Yo jamás había visto un contable en ti, será porque en mi vida nunca conocí a ningún contable, sólo leí sobre ellos. A mí también me juzgó acertadamente: «Con su cara, ni un paso fuera de casa».

—Eres injusta, Anna, eres desagradecida…

—Lo sé, lo sé. Tú, con ella…

—No.

Él estaba apoyado contra la pared, moreno y tan alto que su

cabeza llegaba casi al techo, con las botas embarradas y la cazadora del marido de Emilia. «Huele a viento —pensó ella—. Ha cambiado, no es el mismo».

—¡Para, por un momento! —exclamó él—. ¡Deja esa media! Nos vamos de aquí. Debemos irnos. ¡Ya, hoy mismo, ahora mismo!

No fue su intención en absoluto dejar la práctica de la esgrima con las agujas de tejer, simplemente, sin querer, se le cayeron de las manos. Un escalofrío silencioso, apenas perceptible, recorrió su cuerpo. Lo conocía muy bien.

—¿Nos vamos? ¿Por qué? —preguntó con voz tímida, y acto seguido empezó a temblar. Antes siempre temblaba así, antes de que los acogiera Emilia—. Michał, ¿por qué?

No contestó.

—Michał, Michał, ¿por qué? ¿Nos echa? ¿Por qué nos echa?

—Tenemos que irnos, Anna.

—¡Pero Michał, por el amor de Dios, ¿a dónde?! No tenemos a donde ir, no tenemos a nadie. Con mi cara…, sin dinero… Yo no sé, lo sabes…

—Lo sé, Anna, pero debemos irnos…

—Háblale, pídele…

De pronto ella levantó la mirada y lo miró a los ojos. Durante un breve instante pareció que se echaría a gritar, en su cara aparecía el pánico, el miedo feroz; después, tan súbitamente como antes, bajó los párpados y se enderezó. Ya no temblaba. Permaneció tiesa, con su vestido negro, con el pelo alisado hacia atrás, parecía una monja. Levantó la calceta del suelo. Puso en movimiento las agujas, sus manos blancas bailaron rápida y rítmicamente al son de los palillos de metal que chocaban entre sí. Apretó los labios formando con ellos una fina línea morada.

—De acuerdo —dijo pasado un momento.

No vio, no pudo ver porque tenía la cabeza inclinada, la oleada roja que atravesó el rostro del hombre, dejándolo a continuación un tono más pálido aún. Pero oía su respiración fuerte.

—De acuerdo —repitió—. Puedes decirle que de acuerdo.

—Anna…

—Vete ya, por favor.

Al oír cerrarse la puerta se estremeció levemente, pero no apartó la labor ni tampoco levantó la mirada. Permaneció tiesa,

enderezada, las agujas sonaban en el silencio. Un susurro sordo movió sus labios. Estaba contando los puntos.

XI
UNA MAÑANA DE PRIMAVERA

De noche había caído una lluvia torrencial, y cuando los primeros coches atravesaron el puente al amanecer, el río Gniezna se mostraba crecido con una oleada entre amarilla y sucia de color cerveza. Así, al menos, definió ese color el hombre que, en compañía de su mujer e hija, atravesó ese puente de hierro y hormigón de primera por última vez en su vida.

El exescribiente de la exalcaldía oyó estas palabras con sus propios oídos, dado que estaba parado junto al puente observando el desfile del domingo con atención, turbación y curiosidad. Siendo descendiente de una abuela aria podía estar así de tranquilo mirando, sin preocuparse por su suerte. Gracias a él y sus semejantes se conservaron hasta hoy algunos jirones de frases, ecos del llanto final, sombras de suspiros de las *Trauermarsch* tan frecuentes en aquella época.

—Y he aquí —decía el exescribiente de la exalcaldía, sentado con sus amigos en el restaurante de la estación (ya había *terminado* todo)— y he aquí un hombre, señores, frente a la muerte, pensando en la cerveza. Me quedé atónito. Además, ¡qué va, de cerveza nada! Miré el río a propósito. Agua, como siempre, quizá un poco más sucia y con alguna ola que salpicaba…

—A lo mejor el tipo tenía sed y por eso… —explicó el propietario del restaurante, y llenó tres grandes jarras rematándolas con espuma.

El reloj encima de la barra sonó y poco después dieron las doce. La ciudad se mostraba ya silenciosa y vacía. La lluvia cesó, el sol logró atravesar con esfuerzo el plumón blanco de las nubes. Desde la cocina llegaba el chisporroteo de la carne friéndose. Los

domingos el almuerzo se servía más temprano. Por lo visto los SS compartían la costumbre. A las doce, en los prados junto al bosque, la tierra removida como una herida reciente ya estaba aplanada. Pero el silencio reinaba en derredor, no chillaban ni los pájaros.

Cuando los primeros camiones atravesaron el revuelto río Gniezna eran las cinco, y aunque la oscuridad era total, Aron avistó sin dificultad más de una decena de camiones cubiertos con lonas. Aquella noche había debido de dormir un sueño profundo y sordo a todo, porque si no, hubiera oído el rugido de los camiones cuando bajaban por la pendiente hacia la ciudad situada en una colina. Por lo general bastaba con el chirriar de una carreta para alertarlo en medio del sueño, pero hoy las señales de seguridad le fallaron. Después, ya en marcha, se acordó de que había soñado con una mosca, una insistente y zumbadora mosca. Ya sabía que eran los camiones en la carretera en lo alto de la ciudad y cerca de su casa, la última al salir y la primera al entrar. Estaban a un paso y él, con una cruel tranquilidad, constató que su portal sería el primero por el que pasaran los alemanes. «Unos segundos», pensó, y sin prisa se acercó a la cama para despertar a la mujer y al niño. La mujer ya no dormía, se encontró inmediatamente con su mirada, le extrañó ver sus ojos tan abiertos, en cambio la niña estaba tranquilamente sumida en el sueño. Se sentó en el borde de la cama, que se hundió bajo su gran peso. Seguía siendo gordo, aunque ya no tan lustroso como antes. Ahora era pálido y gris, y esa palidez y esa grisura eran el hambre y la miseria. Y seguramente el miedo también.

Estaba sentado sobre la ropa de cama sucia, sin lavar desde hacía tiempo, la niña dormía calladita, era rolliza y grande, enrojecida como una manzana por el sueño. Detrás de la ventana, en la calle, callaron los motores y el silencio era absoluto.

—Mela —dijo en voz baja—: ¿No estaré soñando? ¿Estoy dormido y esto es un sueño?

—No es un sueño, Aron. No te quedes sentado. Ponte algo, bajemos al trastero. Hay leña recién cortada, podemos escondernos.

—El trastero…, es una broma. Si supiera que podíamos escondernos en el trastero, hace tiempo que estaríamos allí. En el trastero o aquí…, da igual.

Quiso levantarse y acercarse a la ventana pero no pudo, tan pesado se sentía. La oscuridad se iba desvaneciendo. «A lo mejor

esperan que se haga de día», —pensó—. «¿Por qué tanto silencio?…, ya…, de una vez…».

—Aron —dijo la mujer.

De nuevo le sorprendieron sus enormes ojos, y tendida en la cama vestida —¡quién se desvestiría por la noche!— le pareció más joven, más esbelta. Diferente. Casi como cuando la conoció, hace muchos, muchos años.

Alargó la mano y tímidamente, con suavidad, acarició la suya. A ella no le sorprendió aunque, por lo general, solía ser parco en caricias, pero no le sonrió. Agarró su mano y la encerró en un fuerte apretón. Intentó mirarla, pero apartó la mirada porque algo raro le ocurría. Respiraba de forma entrecortada, más y más rápidamente, y sabía que de un momento a otro esa respiración acelerada se tornaría en sollozo.

—Si lo hubiéramos sabido —dijo la mujer con voz débil— nunca la hubiéramos tenido. Pero ¿cómo podíamos saberlo? Ni los más sabios lo sabían. Ella nos perdonará, ¿verdad, Aron?

No le respondió. Le daba miedo esa respiración acelerada; lo que más le gustaría sería cerrar los ojos, taparse los oídos y esperar.

—¿Verdad, Aron? —insistió ella.

Entonces él pensó que no le quedaba mucho tiempo y que había que responder enseguida y que había que contarlo todo y decir todo lo que se quería porque ya era tarde.

—No podíamos saberlo —dijo en voz alta—. Si no, no la hubiéramos tenido. Claro. Recuerdo cuando viniste y me dijiste: «Estoy embarazada, quizá sea mejor que vaya al médico…». Pero yo quería tener un niño, yo lo quería. Y te decía: «No tengas miedo, podré criarlo, no seré peor padre que otros más jóvenes». Yo lo quería…

—Sólo un refugio —musitó ella—. Si tuviéramos un refugio todo sería diferente. Escondernos en el armario, o debajo de la cama… Mejor quedarnos sentados…

—Un refugio sólo es eso, un refugio. Pero no la salvación. ¿Te acuerdas cuando se llevaron a los Goldman? A todos, a toda la familia. Y tenían un buen refugio.

—Se llevaron a los Goldman, pero otros se salvaron. Si tuviéramos al menos un sótano…

«Es una mala conversación», pensó él.

—Mela —dijo de pronto—, yo siempre te quise mucho, y si supieras…

Pero no terminó, porque la niña se despertó. Sentada entre las sábanas, aún calentita y pegajosa del sueño infantil, rosadita ella. Su mirada seria, sin sonrisa, suavemente se posó en sus padres.

—¿Esos camiones vienen a por nosotros? —preguntó con total tranquilidad, y él no pudo retener las lágrimas.

¡Esa niña lo sabía! ¡Con cinco años! ¡La edad de los ositos de peluche y de juegos con cubos! «¿Para qué la hemos tenido?, jamás irá al colegio, jamás amará… Un instante, dos…».

—Calla, mi amor —dijo la mujer—, acuéstate calladita, como un ratoncito.

—¿Para que ellos no oigan?

—Para que no oigan.

—Porque si nos oyen nos matarán —dijo la pequeña, y se tapó con el edredón hasta la punta de la nariz.

—¡Cómo brillan sus ojos, Dios mío, cinco años! Ella sabe y espera, como nosotros…

—Mela —musitó para que la niña no oyera—, escondámosla, es pequeña. Cabrá en la caja del carbón. Es pequeña pero comprende. La taparemos con leña que ayer mismo corté…

—No, no sufras tanto, Aron. Ya no sirve de nada. ¿Y qué pasará con ella después? ¿Con quién irá? ¿Quién la acogerá? Da lo mismo. Si no es ahora, a la siguiente. Con nosotros estará mejor. ¿Me oyes?

Oía y entendía perfectamente: no tenía miedo. El miedo se alejó de él, se fue el temblor de manos. Estaba de pie, sosegado, enorme, pesado, resoplando todavía como si llevara un peso descomunal. Detrás de la ventana el cielo gris empezaba a aclararse. La noche se difuminaba poco a poco. Pero ¿qué era aquel día naciente sino una noche, la más negra de todas, cruel, llena de tortura?…

Caminaban hacia la estación de tren por la ciudad limpia, lavada por la lluvia de la noche, callada y tranquila, como solía estar las mañanas de los domingos, caminaban en silencio ya despojados de todo lo humano; hasta la desesperación se había calmado. Ahora, una máscara petrificada semejante a una máscara mortuoria cubría el rostro de la multitud. El hombre, la mujer y la niña caminaban por el borde de la calzada, junto a la acera, él llevaba a la pequeña en brazos. La niña abrazada a su cuello, mirando en derredor, seria,

no decía nada. Él y la mujer tampoco. Habían pronunciado las últimas palabras aún allí, en casa, cuando se partió en dos la puerta golpeada por la bota del SS. Entonces él le dijo a la niña: «No tengas miedo, te llevaré en brazos». Y a la mujer: «No llores, estemos tranquilos, soportémoslo con coraje y dignidad».

A continuación salieron de casa a su última caminata.

Durante tres horas permanecieron de pie en la plaza rodeada por el espeso cerco de la escolta. No se hablaron. Podría parecer que hubieran perdido el habla, los corazones. Eran sordos, eran mudos y ciegos. Una sola vez le sacudió a Aron una terrible pena cuando recordó su sueño, aquella mosca zumbona, y comprendió que el sueño le había costado la vida. Pero esa sensación pasó enseguida, ya no importaba, ya no se podía cambiar nada.

A las diez iniciaron la marcha. Sentía cansancio en las piernas, los brazos se le dormían, porque no bajó a la niña al suelo ni un momento. Sabía que a partir de ahí era cosa de poco tiempo, una hora, llegar a los campos cerca de la estación, una llanura de pastos verdes que en los últimos tiempos se habían convertido en fosa común para los asesinados. Recordó también que hacía años, a veces se reunía allí con Mela, cuando aún no eran marido y mujer. Al anochecer solía soplar un fuerte viento y todo olía a tomillo.

La niña pesaba cada vez más en el brazo, pero no era el peso de su cuerpecito. Giró un poco la cabeza y con los labios rozó la mejilla de la niña. Una mejilla suave y cálida. Una hora… De súbito, el corazón empezó a golpearlo fuerte y precipitadamente, el sudor le roció las sienes. Una vez más se inclinó hacia la niña, buscando fuerzas en la calidez y la suavidad del cuerpecillo infantil. Aún no sabía qué iba a hacer, pero sabía que tenía que encontrar una rendija por la que empujar a su niña de vuelta al mundo de los vivos. De pronto empezó a pensar con lucidez y agilidad. Miró y le sorprendió que los árboles fueran más verdes tras la noche, y que el río crecido fluyera ruidoso, revuelto, rugiendo en oleadas, como el único signo de rebelión de la naturaleza serena y primaveral. «El agua tiene el color de la cerveza», dijo en voz alta, sin destinatario concreto. La niña, al oír su voz, se movió en su brazo y lo miró a los ojos.

—No tengas miedo —susurró él—, haz lo que te dice tu papá. Allí al lado de la iglesia hay mucha gente, van a rezar. Están en las

aceras y en el patio delante de la iglesia. Cuando lleguemos allí te bajaré al suelo. Eres pequeñita, nadie se dará cuenta. Después pedirás a alguien que te acompañe al suburbio, a la casa de Marcysia, la lechera. Ella te acogerá. O quizá otro entre la gente de la plaza lo haga. ¿Comprendes lo que te dice papá?

La pequeña lo miraba sorprendida, pero él sabía que había comprendido.

—Nos esperarás. Volveremos después de la guerra. Del campo —añadió—. Es necesario, mi amor, eso harás —musitaba precipitadamente, desordenadamente—, debes obedecer a papá.

De nuevo la vista se le empañó, se borró la imagen del mundo. No veía nada más allá de la multitud en el patio de la iglesia. La acera de al lado estaba repleta de gente, hasta su manga rozaba las de los transeúntes. Faltaban pocos pasos para llegar a la puerta del patio: allí el gentío era más denso, la salvación más segura.

—Vete directamente a la iglesia —susurró una vez más, y dejó a la niña sobre el suelo. No se dio la vuelta, no supo a dónde corrió. Caminaba rápidamente, estirado, firme, musitando algo que era una oración, una invocación a Dios y a la gente. Avanzaba y susurraba con la mirada clavada en el pálido cielo primaveral con blancas telarañas de nubes; todavía continuaba con la oración cuando un grito furioso cortó el aire:

—*Ein jüdisches Kind!*

Estaba aún susurrando cuando sonó el disparo, como un pedrusco lanzado de golpe al agua. Sintió los dedos de su mujer temblorosos y húmedos del sudor, buscaba su mano como un ciego. Oyó su gemido silencioso y aullante. Entonces dejó de susurrar y dio media vuelta.

En el borde de la acera yacía un pequeño resto humano ensangrentado. En el aire aún pendía la fina hilacha de humo del disparo. Avanzó despacio y esos pocos pasos semejaron un camino sin fin. Se inclinó, levantó a la niña y acarició un mechón de sus cabellos dorados.

—*Deine?*

Con la niña muerta en brazos contestó claramente y en voz alta:

—*Ja, meine*. —Y en voz baja, a la niña—: Perdóname…

Así, derramando la sangre de la niña, esperaba el segundo disparo, para él. Pero sólo oyó un grito y comprendió que no lo iban

a matar allí, que tenía que ir llevando en brazos a su niña muerta.

—Te llevaré en brazos —dijo.

La marcha arrancó como un río gris y sombrío que fluye hacia su desembocadura.

XII
SIN TÍTULO

Ocultos en los sombríos interiores de las casas, con las caras pegadas a los cristales húmedos de lluvia y de nuestro aliento, salvados hasta la próxima acción, mirábamos a los condenados reunidos en la plaza en el mismo lugar donde los días de mercado extendían su carpa los feriantes. Formados en filas de a cuatro esperaban la orden de emprender la marcha.

Llovía incesantemente, la lluvia no paró ni un momento en toda la noche. La misma que perduró en la memoria de los salvados como la noche de los ancianos. Porque aquellos que formaban filas de a cuatro eran hombres viejos y cansados, y muchos seguramente habrían tenido problemas para llegar al destino, el cañón verde cerca de la estación de ferrocarril donde antes nuestro hijos, y nietos de ellos, solían deslizarse en trineos.

Mirábamos también a los SS. Con sus largas capas que los protegían de la lluvia y sus altas y relucientes botas de caña paseaban a paso tendido, salpicando el barro alrededor de los ancianos, y uno de ellos, el más joven, corría cada dos por tres al extremo de la plaza, se guarnecía debajo del tejadillo encima de la puerta de la farmacia y oteaba alrededor. Ese otear nos inquietaba también, en los rostros de los SS aumentaba la impaciencia. Los únicos indiferentes eran los ancianos, esperando la orden de salida.

Finalmente, cuando el SS joven corrió por cuarta vez bajo el tejadillo de la farmacia y exclamó con alegría algo que no pudimos oír, pero que, en vista de su excitación, era una buena noticia, vimos una carreta de la comunidad entrando en la plaza y palas encima de ella. Vimos también cómo el joven SS dio una bofetada al cochero y los demás rodearon como un círculo negro a aquellos que

formaban filas de a cuatro.

Fue entonces cuando (los ancianos de nuestra ciudad emprendieron el camino pasando junto a sus casas, y sus hijos y nietos ocultos detrás de las ventanas), fue entonces cuando se abrió la puerta de una de ellas y una mujer salió corriendo a la plaza. Era muy flaca, cubierta con un pañuelo, llevando delante una enorme barriga. Corrió detrás de aquellos que se iban, con la mano levantada en un gesto de despedida. Oímos su voz. Gritaba:

—*Saj gesind, tate, tate, saj gesind*…

Y entonces todos nosotros, ocultos en la oscuridad empezamos a repetir «*Saj gesind*», despidiendo con esas palabras a nuestros prójimos que iban al encuentro con la muerte.

XIII
KRIMINALRAT VON CHOLEVINSKY

Apoyado en la puerta que acababa de cerrarse, oía el latido descompasado y seco de su corazón. En la celda reinaba la oscuridad, el aire era pesado, saturado de alientos, asfixiante. En un primer momento no veía nada, tan sólo oía una condensada oleada de respiraciones; después, habituado a la oscuridad avistó el esbozo de unas tablas de madera colocadas a lo largo de las paredes y el pequeño espacio que las separaba de la puerta. El dolor que sentía en la zona costal le frenaba la respiración y debilitaba las piernas. Sabía que no aguantaría mucho más de pie, le costaba cada vez más respirar, pero no se movía del sitio. Desde la oscuridad llegó una voz preguntando por qué no se acostaba, después otra, interesada en saber el apellido y las circunstancias que lo habían llevado allí. No podía hablar. El corazón le daba unos golpes secos, con intervalos en los que estaba a punto de desmayarse. Por fin, hizo acopio de fuerzas y estirando el brazo palpó un sitio libre en el catre. Se encaramó con dificultad, colocó el cuerpo sobre el costado derecho para mitigar el dolor dentro de lo posible y se dijo a sí mismo: «Tranquilo». Quería llenar a conciencia la última tarea de su vida que llegaba a su fin y brindar un sentido humano y moral a los restos del tiempo que le quedaban. Tenía los labios cortados, susurraba con dificultad: tranquilo, contrólate. Puede ser que al ordenarse mantener el control y la tranquilidad tuviera en mente los conceptos del valor y la dignidad. Entrecerró los ojos para alejarse, encerrarse en sus pensamientos, sacudirse de encima la estupefacción que convertía al hombre en un animal apresado en una trampa. Quedaba poco tiempo y quería despedirse de la vida sin prisas. Su corazón se tranquilizó, ya respiraba mejor. Anotó este

hecho en el pensamiento, a pesar de estar plenamente consciente de que esa función de su organismo ya no tenía ninguna importancia. Porque sabía que se fusilaba en cuarenta y ocho horas a los judíos pillados con papeles arios. Tenía por delante una última noche y un día.

Cuánto tiempo pasó desde que habían venido a por él, no lo sabría decir. Le pareció una fracción de segundo, porque todo de repente se encogió, se contrajo. También el lejano día, de hacía un mes, cuando vio a Teresa por última vez surgió de la memoria vivo y cercano como si hubiera sido ayer.

Teresa, junto a la puerta, oculta en la oscuridad del hueco de la escalera, dijo:

—Quiero que estés conmigo, no quiero distancia. Ven y quédate.

—Iré. Yo tampoco lo aguanto… —dijo él.

Después aún se paró en el descansillo y miró hacia arriba: ella no estaba. «¿Por qué te fuiste tan pronto? —pensó con pena—, quisiera verte una vez más…». Es lo que pensó entonces, y sintió una violenta contracción del corazón, porque las palabras sonaron a mal augurio.

Un instante más tarde se reía de su tonto corazón. Caminaba por la calle a paso firme, provisto de una cédula aria, el certificado de trabajo en una empresa alemana y unos quevedos que desde el primer día de su vida aria habían sustituido a las gafas. Era la única concesión a favor de las condiciones en las que se hallaba. Porque llevaba una vida normal, sin ninguna medida de seguridad. Su pésimo aspecto exigía esconderse bajo tierra, o armarse de una insolencia rayana en la locura. Desde hacía dos años vivía como un chiflado, y la suerte lo acompañaba siempre.

—¿Dónde te han cogido?

Abrió los ojos y con la mirada buscó al que preguntaba. Ahora ya veía sus caras, todas parecidas, el mismo cansancio y el color gris. Yacían hacinados unos junto a otros, con la expresión extenuada en los ojos, quemados por la fiebre de la vida que acababan de perder.

—Vinieron a buscarme a la oficina —contestó—. Intenté huir, pero tropecé en la calle y me caí. Si no fuera por eso no me habrían cogido. —Al mismo tiempo pensaba: «Así que es con ellos con quienes compartiré la última partícula de mi vida, sus gritos serán

las últimas voces que cierren el mundo».

—¿Quién te delató?

Le sorprendió la pregunta; hasta ahora no había pensado en ello, y tampoco ahora encontraba la respuesta haciendo un repaso mental de acontecimientos de los últimos días.

—No lo sé. Desde hace dos años vivía del otro lado y nadie, nunca jamás, me ha puesto una zancadilla —contestó—. En una semana me iba a trasladar a otra ciudad…

Se echaron a reír. Hubiera esperado todo menos esas risas. Mas, un instante después, comprendió: era la risa del desprecio.

—¿No has estado en el gueto? ¿No te asfixiaban en un búnquer? ¿No oíste cómo disparaban a los tuyos? ¿No te bajaron los pantalones? Estás muy *fresco*, porque nosotros, los treinta de aquí, estamos ya bastante podridos…

En vano buscaba en la oscuridad: no veía al que hablaba. Suponía que tenía que ser un chico joven, tenía una voz clara, burlona. Hasta parecía extraño cómo podía estar allí, tanta fuerza había en él; y, sin embargo, no consiguió salvarse. Pero al momento recordó que ni la juventud ni la fuerza influían en esas cosas. Todo está sometido a la casualidad y a la suerte ciega, esa que le había regalado dos años de relativa tranquilidad.

—¿Cuándo se llevaron a la gente por última vez? —preguntó.

Callaron: había tocado su herida común. Pasado un instante de silencio alguien dijo:

—Hace cuatro días. Antes se llevaban a la gente cada dos días, pero ahora están liquidando el gueto. *Ordnungsdienst* dijo que la cárcel iría la última…

—¡Cuatro días de espera! —El dolor regresó de repente, le derrumbó.

—Te acostumbrarás. —Oyó la misma voz joven de antes—. Sólo hay que decir adiós a todo, e irás al paredón ligero como una pluma. Claro que a ti te resulta más duro, pero a nosotros…, ya estamos entrenados.

Yacía con la cara hundida entre los hombros diciéndose: «Voy a pensar en Teresa, voy a pensar en todo lo que era hermoso y bueno en mi vida. Es la única manera de defenderme. Voy a mantenerme así hasta el último instante. Teresa —musitaba— quiero despedirme de ti, quiero que estés conmigo hasta el final».

Pero no conseguía verla. Ante sus ojos había oscuridad y círculos girómagos rojos y amarillos. No lograba recordar sus rasgos antes sabidos de memoria. Se decía: «Tiene el pelo claro, es alta y esbelta, tiene una cicatriz en la mejilla…». Pero ella no aparecía, eso era lo más terrible. Pidió ayuda al día en que ella había entrado en su vida; recordaba cada detalle, el helado de frambuesa en los platitos azules, su vestido verde y zapatos blancos. Vio la cara del camarero, que dijo: «A primera vista se ve que están enamorados»; aunque en aquel momento no lo estaban en absoluto. No veía a Teresa. Era un suplicio, pero prefería sufrir que irse sin mirar atrás.

Se oía a sí mismo diciendo: «Te liberaré de mi aspecto, eres clara, pareces una polaca y yo soy tan semítico…». Fue el día que salió la orden de llevar los brazaletes. Estaban sentados los dos en la habitación, sin encender la luz. Teresa estaba llorando.

—Será mejor así —le decía—, te irás, estarás sola, a nadie se le pasará por la cabeza… Iré cada mes…

—¿Vendrás en tren? ¿Tú…? —preguntaba (oía su voz) y rogaba —. No puedo, no sé hacerlo.

La obligó, se fue, y él la visitaba una vez al mes, tal como le había prometido. La próxima vez iba a quedarse con ella. Querían cambiar de casa; elaboró el plan de un escondite en el baño, «por si acaso…».

¿Qué pasará si Teresa viene, preocupada por su silencio y su ausencia? ¿Irá a la oficina y preguntará por él? ¿O pasará por su piso? Se mordió los labios para no gemir.

El pequeño despertador de la estantería marca las ocho de la tarde. A esta hora llega su tren. Teresa, junto a la ventana, observa la calle detrás del visillo. Enfrente de la ventana está la panadería, los castaños flanquean la acera. Hace un mes tenían capullos, ahora seguramente ya estarán verdes. Teresa mira, sus ojos están claros de alegría. Después se oscurecen por el miedo. Se lleva la mano a los labios, como cada vez que algo la aterroriza. ¡La ve! ¡Por fin la está viendo!

—Teresa —susurra—, ten cuidado, tú debes sobrevivir…

Sintió una mano que lo tocaba y se estremeció como despertado de un sueño.

—¿Te han interrogado?

—No.

—Porque interrogan a todos; que no te asuste.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Cada día a las diez viene de ronda Kriminalrat von Cholevinsky.

—¿Alemán?

—Claro que alemán. ¿No has oído hablar de él? En el gueto lo conocen muy bien. Un tipo raro y un sádico…, por eso quise advertirte.

—¿A ti también te ha interrogado?

—Sí.

Quiso preguntar los detalles, pero se sintió tremendamente cansado y deseó a toda costa volver al silencio y a la soledad. Intentaba encontrar la imagen de Teresa esperando su llegada… La había perdido. No solamente a ella, todo se hundió en la penumbra, se dispersó como el humo, inaccesible, irreal. Todo aquello de antes. Quedaba la oscuridad de la celda pestilente, la gente con la que iba a morir. Y ese Cholevinsky… «Tranquilidad —musitó—, ¿qué más da un interrogatorio? Que sea rápido, sin demora».

No esperó mucho. El pasillo retumbó con el ruido de unas botas, la puerta de la celda tembló —alguien le estaba dando patadas del otro lado—. Se levantó de golpe y miró: no quería perderse el momento de la apertura de la puerta.

Oyó una potente y atronadora voz que preguntó:

—*Ist jemand zugekommen?*

—*Jawohl!* —sonó de inmediato la respuesta sumisa.

Cholevinsky… Un susurro recorrió la celda. Él se recompuso, dominó el temblor.

—*Die Neuen raustreten!*

Se deslizó del catre, estiró su dolorido cuerpo. «Estoy tranquilo, Teresa», dijo en voz muy baja, y de pronto pudo verla nítidamente y muy cerca. Sonreía frunciendo ligeramente los ojos, el viento alborotaba su pelo, llevaba en las manos una gran pelota roja. «Es la foto de las últimas vacaciones», le dio tiempo a pensar.

—¡Al centro de la celda! ¡De frente! —tronaba la voz de Cholevinsky.

Se colocó de cara a la puerta cerrada. Desde arriba se filtraba la débil luz amarilla de una bombilla exhausta que iluminaba tan solo el centro de la celda; los catres seguían sumidos en la oscuridad.

—*Name!*

Contestó. Aún estaba esperando el momento en que se abriera la puerta. Aguzó la vista y vio en la mirilla un gran ojo vivo, humano.

—*Wer bist du?*

—Soy delineante.

—¡Lo que eres es un cerdo judío! —la voz se hizo más potente, ensordecedora—. ¡Repite!

Cogió aire.

—Soy judío.

—Ya te enseñaré lo que eres. ¡Al suelo!

Antes de que pudiera pensarlo ya estaba en el suelo. El hormigón del piso estaba frío, húmedo y apestaba.

—¡De pie! ¡Al suelo! ¡De pie! ¡Al suelo!

«¿Para qué?», se preguntaba a sí mismo, pero no tenía control de su cuerpo, como una pelota rebotaba una y otra vez sobre el suelo. En las sienes sentía el golpear de un martillo; ya no sabía si era el corazón o esa terrible, tronante voz.

—¡Baila! ¿Me oyes? ¡Baila o disparo! *Ein jüdisches Tanzele! Eins, zwei, drei!* ¡Aplaudir con las manos! *Schneller, schneller!*

«Soy un juguete, una peonza, quiero parar y no puedo». Chorreaba sudor, ardía.

—*Halt!* ¡Desnudarse! ¡Toda la ropa! *Schneller, schneller!*

No eran suyas las manos que lo despojaban de la americana, le arrancaban los pantalones y la ropa interior, no era él aquel hombre desnudo.

—¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con tu Sara? ¡Contesta!

«¡Teresa!». Pidió su ayuda y de pronto volvió en sí.

—¡Contesta o te mato como a un perro!

Él estaba inmóvil mirando hacia delante. Aún no era capaz de emitir un sonido, pero ya notaba cómo todo en él se callaba, se apagaba el fuego. «¡Dios —dijo para sus adentros—, cómo pude…! ¿Para qué…?».

—¡Contesta —retumbó la celda— o disparo!

—¡Dispara! —gritó. Se liberó y se relajó.

Se hizo el silencio. Oía las respiraciones precipitadas de los presos y un susurro débil a sus espaldas.

—¡Dispara! —volvió a gritar. Ahora era él quien daba órdenes,

él exigía. Sin bajar la mirada de la mirilla, quería recibir el tiro conscientemente, como ser humano que era.

El silencio se alargaba y no llegaba ningún ruido desde detrás de la puerta. Después oyó un fino hilillo de risa. Procedía del interior de la celda, era cada vez más osado y más claro. Súbitamente se dio la vuelta. Reverberaron las caras divertidas, los prisioneros apenas controlaban la risa.

De repente comprendió. Se lanzó a los catres como un salvaje.

En una esquina oscura, en el catre inferior, un muchacho no tuvo tiempo de apartar la caña negra cortada de una bota. «¡Kriminalrat von Cholevinsky!». Lo amenazó con la mano, pero esta le pesaba mucho, cayó abajo.

—¡Bestia! —balbuceó.

Llegó a su catre, se derrumbó y ocultó la cara entre las manos.

—¡Eh, novato, escucha! No te pongas dramático, vístete. ¿No se puede bromear un poco? Cuando pases aquí algún tiempo con nosotros vas a partirte de risa. ¡Lo que dice la gente! De ellos, de las mujeres… Y ninguno se da cuenta… Tú, primero, nos estropeaste la diversión. ¿Sabes quién golpeó la puerta y encendió la luz? ¿Quién miraba por la mirilla? *Ordnungsdienst*, para ellos también es una buena diversión…

—¿¡Cómo podéis!? —gritó—. Vosotros…

—¿Que cómo podemos? Un día más, dos, y todos morderemos tierra.

***

Los sacaron esa misma noche, poco antes del alba. Las estrellas palidecían, el viento anunciaba la primavera. No veían el cielo, no sentían el viento. Una lona los separaba del mundo. Cuando el camión empezó a rodar suavemente, comprendieron que habían abandonado la ciudad y que estaban en la carretera. Alguien dijo: «La primera curva a la izquierda Krzemionki…, allí…, el foso…».

Él miraba por un agujero de la lona desgarrada. La niebla del amanecer se extendía por los campos. «Acabarán con nosotros antes de que se levante el sol», pensó.

Un momento después aparecieron en la carretera las señales amarillas de tráfico; apenas pudo susurrar: «Ahora… un cruce de

caminos».

Se quedaron petrificados, contuvieron la respiración. El camión aminoró la marcha, se inclinó y bruscamente giró a la derecha, en la dirección marcada por el rótulo: «Auschwitz». Alguien lo agarró de la mano, escuchó un sollozo ahogado. En la pálida franja de luz vio un rostro joven, imberbe. Cholevinsky estaba llorando.

XIV
PAPELES ARIOS

La muchacha vino en la primera y se sentó en el fondo de la sala junto a la barra. Las conversaciones en voz alta, el chasquido de las copas y los gritos en la cocina le sonaban en los oídos como un fatigoso runrún. Tuvo que cerrar los ojos por un instante. Entonces le pareció como si estuviera a la orilla del mar. El humo pendía pesadamente en el aire como una espesa niebla y se tejía en hilazas hacia el ventilador que rugía. La mayoría de la gente allí eran hombres que bebían vodka. La muchacha ordenó un té, pero el camarero le trajo cerveza, no acostumbrado a esa clase de pedidos. La cerveza era dulce y olía a tonel rancio. Bebió un trago, la espuma blanca se posó en sus labios. La borró rápidamente con el envés de la mano; nerviosa, olvidó la servilleta.

—Quizá no venga —pensó con alivio, pero en el mismo instante se asustó, porque si no venía todo estaría perdido. Después empezó a temer que alguien pudiera reconocerla y pensó que lo que más le gustaría era esconderse detrás de la cortina que ocultaba la puerta del servicio.

Cuando él entró le temblaron las piernas, tuvo que apoyar en el suelo con más fuerza los tacones de los zapatos.

—Ya estás aquí. Bien —dijo el hombre, y se quitó el abrigo—. ¡Un chupito! —exclamó en dirección a la barra—, ¡rápido!

Era alto, proporcionado, el rostro tostado, mejillas algo carnosas, pero, en general, de buena planta. Ya había pasado de los cuarenta. Su traje estaba muy bien cortado, la corbata discreta en color y dibujo. Cuando cogió la copa ella notó que tenía las uñas sucias.

—¿Entonces…? —preguntó él y miró a la muchacha, que con su sencillo abrigo azul marino parecía una niña.

Los ojos de ella eran negros, rodeados de un tupido marco de cejas y pestañas, unos ojos preciosos. Tragó saliva y dijo: «Bien».

—¿Ves? —él soltó una risita—, así bien. El lobo sin hambre y la oveja intacta. ¿Hicieron falta tantas ceremonias? Hoy tendrías todo solucionado.

Estaba sentado de lado y la miraba de reojo, al bies.

—¿No quieres comer nada? La comida aquí es pésima, pero comprenderás que no podía invitarte a otro local. En un sitio como este hasta los soplones están pedos.

—No quiero comer.

—La señorita está nerviosa —se rió de nuevo.

Las piernas de ella seguían temblando como tras una larga caminata, no conseguía serenarlas.

—Vamos, ¿comemos algo? Hay que brindar…

—No.

Tenía miedo de desmayarse porque se sentía débil, con oleadas de frío y calor.

—¿Lo tiene usted preparado?… Traigo el dinero…

—¿Usted? ¡Muchacha, ya bebimos *brudenshaft*, y tú me llamas de *usted*! ¡Me parto de risa! ¡Es ridículo! Tengo todo preparado… Segurísimo. Nada de chapuzas: sellos, partida de nacimiento, *alles in Ordnung*! ¡Camarero, la cuenta!

La cogió del brazo, y ella pensó que hasta sería bueno tener a alguien que la llevara del brazo. Que no fuera él.

La calle estaba vacía y oscura, sólo cuando llegaron a la plaza del mercado las farolas diluyeron la negrura del anochecer y aparecieron algunos transeúntes. Ella pensó que tomarían el tranvía, habría sido más rápido, pero pasaron la parada de largo y siguieron caminando.

—¿Cuántos años tienes?, ¿dieciséis, sí?

—Dieciséis.

—Para tener dieciséis, definitivamente eres demasiado flaca y demasiado baja. Pero a mí me gustan las flacas, no me gustan las mujeres con grasa. Enseguida me gustaste, cuando viniste al trabajo. Y enseguida me di cuenta de quién eras. ¿Quién os ha hecho esos papeles? Qué chapuza. Con los míos puedes andar segura. Incluso con los ojos que tienes. ¿Cuánto les pagó tu madre?

—¿A quién?

—A los tipos que os chantajean.

—Les dio el anillo.

—¿Era grande?

—No lo sé.

—¿Un quilate, dos?

—No lo sé. Era bonito. De la abuela.

—Ah, de la abuela. Sería una piedra grande. Una pena… Ya ves, enseguida me di cuenta de que tenías un problema. Lo que no sabía era que fueras a reconocerlo tan rápido. Al fin y al cabo… Tienes suerte de haber topado conmigo, yo soy de los que hacen favores a la gente. Todos quieren vivir. ¿Y por qué lo has confesado tan rápido?

—Todo me daba igual.

—¡Cuentos! Sabías que me gustabas, ¿eh?

—Puede ser. No lo sé.

—¿Y por qué tu madre les dejó los papeles?

—Dijeron que querían verificar algo y desaparecieron.

—Y dijeron que se los devolverían cuando recibiesen la pasta, ¿verdad? —se rió—. ¿Eran los mismos que habían ido a vuestra casa?

—Sí.

—Claro. Cuando les das una vez, luego siguen sacándote la pasta. Seguro que sacaron un buen pellizco. ¿Qué fecha os dieron?

—Pasado mañana. Pero nosotros de verdad que ya no tenemos dinero. Lo de usted… es lo último…

La llevó a un portal. Subieron al tercer piso. La escalera estaba sucia, olía a orines.

—O sea que mañana quieres irte —y añadió—: me darás la dirección, vendré a verte…, te eché el ojo.

La habitación estaba limpia, bien amueblada. Ella miraba la blanca cama de hierro sobre la que había un pijama de hombre a rayas color cereza.

«Si vomito», —pensó—, «me echará y todo estará perdido».

—Por favor, deme los documentos, y al momento le entrego el dinero —dijo en voz alta.

—*Usted, usted…* ¡Cuándo te acuestas con alguien, sobra el usted! Guarda el dinero, hay tiempo.

«Esto no durará mucho», —pensó ella—, «no tengo miedo, no.

Mamá se alegrará cuando le lleve los papeles. Tenía que haberlo hecho hace una semana. Ya estaríamos en Varsovia. Qué tonta fui. Él es incluso bastante agradable, siempre se portó bien conmigo en el trabajo, pudo haberlo denunciado…».

—No te quedes tan parada, pequeña…

Sentado en la cama, se estaba quitando los zapatos. Cuando se quitó el pantalón y lo dobló cuidadosamente siguiendo la raya, ella apartó la mirada.

—Yo… apagaré la luz —dijo ella. Oyó su risa y sintió un golpe de calor.

Pasada una hora alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —gritó él desde la cama.

—¡Soy yo, tengo un asunto, abre!

—¡A la mierda el asunto!, ¡a buena hora! ¿Y qué es?

—No hablaré a través de la puerta. ¿Estás con alguien?

—Eh…

—Es un asunto importante y hay que hacerlo rápido porque nos lo pueden birlar. Es pasta.

—Vístete —dijo el hombre—. Ya lo has oído, alguien viene a verme por un negocio. ¡Ni un momento de respiro tiene uno! No pongas esta cara de funeral, ¡nada de que arrepentirse! ¡Vas a ser una mujer de verdad! Vamos, aquí tienes: la partida, la *kenkarta*…

Contó los billetes con destreza sin salivar las yemas de los dedos. Ella apenas se mantenía de pie, otra vez la sensación de mareo. Guardó los papeles en el bolso, el hombre abrió la puerta, le dio una palmadita en el hombro. El que estaba sentado en la escalera se dio la vuelta y la miró con curiosidad.

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó entrando en la habitación.

—Ah, una puta.

—Creí que era virgen —se asombró—. Pálida, tambaleante, parecía que había llorado…

—¿Es que las vírgenes no pueden ser putas?

—¡Un filósofo estás hecho tú! —dijo el otro, y ambos estallaron de risa.

XV
La muerte de la Zarina

La muerte de la Zarina hubiera sido una de los millones de muertes anónimas, si no fuera por el hecho de que ocurriera un día precioso y delicado (lo de delicado tan solo me lo figuro, mucho de lo que voy a contar será cosa de la imaginación, aunque sólo en la parte del atrezo, no en la anatomía de lo sucedido), al atardecer, cuando los árboles explayan sus largas sombras y el aire está saturado de una ligera neblina azul que se espesa y va oscureciendo poco a poco, aunque aún falta mucho para la llegada de la noche. La muerte se cumplió precisamente a esa hora del día, la hora que anima a los cansados por toda la jornada de trabajo a dar un paseo por la ciudad.

El hecho de que B. decidiera pasear por las calles en las que ya se recostaban las largas sombras del sol poniente despojó a esa muerte del anonimato, la situó con precisión en el tiempo y el espacio, creó un testigo. Cuando B. se inclinó, la Zarina estaba aún con vida, pero enseguida dejó de respirar.

No se parecía para nada a una Zarina. Parecía más bien una buena, robusta moza campesina, porque siempre estaba sonrosada, su cara era redonda, con hoyuelos en las mejillas. Tenía el pelo espeso y pesado. Se reía mucho y en su sonrisa enseñaba unos dientes muy menudos y muy blancos. La suya era una risa fina y pícara, y toda ella era frondosa y grande. La llamábamos Zarina, obedeciendo a la visión de un poeta que había conocido a Stefania en invierno. El poeta se encontraba bebiendo un huevo crudo cuando en la estancia entró ella, como empolvada de escarcha, roja por el frío, ataviada con una casaca de piel de cordero y calzando botas altas. Al verla dejó cuidadosamente el huevo a medio

consumir en el poyete de la ventana. «¡Zarina!», exclamó. Era flaco y llevaba una barba picuda, al lado de Stefania parecía un enano. De modo que se quedó con lo de Zarina por el gran poder que tienen los poetas sobre nosotros, incluso cuando ven una corona y un trono allí donde hay una gavilla de heno. A ella le gustó mucho esto, se rió contenta y graciosa, seguramente de la misma manera se rió al ver a Kürch caminando de frente hacia ella por la calle, sorprendido, asombrado cuando —me lo imagino— exclamó: «¡Stefania!». Pronunciaba su nombre en polaco, Stefania, no Steffi, lo que era una prueba más de su simpatía. Los demás gendarmes —ella era limpiadora en la Feldgendarmerie— la llamaban Steffi.

No sé qué calle era, seguramente una de las principales y probablemente la calle mayor, un tipo de avenida con una doble fila de árboles protegiendo la zona peatonal que corría por el medio; en la desembocadura se dibujaba la plaza redonda con su fuente, reverberaban torres y cúpulas. Allí sitúo el encuentro entre Stefania y Kürch, un alemán flaco, de cráneo calvo en forma de pera, con gafas redondas y, por supuesto, el uniforme de la Feldgendarmerie. Más aún: me parece que tuvo que ocurrir precisamente en las proximidades de la plaza de la fuente, rodeada de bancos y arbustos de jazmín, porque allí solían sentarse las madres con sus niños, así que seguramente allí iba Stefania con aquel niño. No sé si era niño o niña, pero sé cómo era Kürch, porque lo había visto.

Lo vi en la casa campesina donde vivía Stefania con sus padres después del traslado forzoso, a las afueras de una pequeña ciudad (era mi ciudad natal y la de Stefania), con jardín, una casa tan baja que las alceas y otras flores rojas alcanzaban las ventanas. Era una casita pintoresca llena de aroma a hierbajos y a menta. Ahora advierto su aspecto pintoresco, porque entonces sólo pensaba: bien situada, cerca del bosque.

La madre de Stefania, una mujer menudita, acababa de encender la lámpara de petróleo —no había luz en la casa—, bebíamos un té pálido y aromático de pétalos de rosas del jardín, el cielo se tiñó de negro y sonaron unos pasos en el patio. Ambas, madre e hija, se comunicaron con la mirada, ambas dijeron en voz alta: «*Bitte*». Kürch entró en la estancia, a la luz de la lámpara brillaban sus gafas, no dijo «*Heil Hitler*» sino «*Guten Abend*», con su acento aldeano sajón: supongo que se sentía bien en esa casa campesina,

quizá le recordaba a la suya en Sajonia, Stefania debía de saberlo y tenerlo en mente.

Puso una botella de vino sobre la mesa, lo hizo discretamente, no sin un cierto pudor, sonriendo: «*Na ja… Wie Na ja… geht's…*».

Fue entonces cuando lo vi.

Sorbía el té y la nariz se le enrojecía. No se quedó mucho tiempo, quizá por mi presencia, porque yo lo observaba sin decir palabra; habló de la carta que había recibido de su casa, no enseñó fotografías, seguramente ya las conocían.

Se levantó sin ganas, se hizo el remolón antes de irse. Stefania sonreía complaciente y con un punto de picardía.

«Es un hombre decente», —dijo después, mientras mirábamos por la ventana cómo Kürch se alejaba por el camino en dirección a la ciudad—, «le avergüenza todo esto, nos compadece… Le duele que yo tenga que fregarles los suelos. Nos visita a menudo, gracias a él aún sigo trabajando allí y tengo un buen *ausweis*…».

¿Qué le habrán dicho a los padres cuando su hija de repente desapareció? Supongo que tal conversación nunca tuvo lugar. Porque Stefania desapareció de nuestra ciudad la víspera del traslado al gueto. ¿Dónde fue? ¿Cómo? ¿Fue la primera en atreverse a dar este paso? Nadie sabía, nadie preguntaba.

Únicamente B., después de la guerra, y no los padres —ya habían muerto—, dijo que era cuidadora de un niño en una familia alemana en una ciudad alejada de la nuestra unos doscientos kilómetros. B. vivía en el mismo barrio, la veía a menudo, generalmente por casualidad. Ella pasaba mucho tiempo al aire libre, en los parques y en las plazas.

De modo que cuando en esa calle que dibuja mi imaginación vio acercarse de frente a ese enclenque con el cráneo en forma de pera, no vaciló ni un momento, quizá hasta acelerase el paso, sé que no titubeó porque, aunque pudiera esquivar el encuentro del que ignoraba se convertiría en su destino, no debió de haberle dicho todo. Pero lo hizo. La habitación de la casa aldeana donde había estado sentado a la mesa de los padres sorbiendo té o bebiendo vino resurgió de repente de las tinieblas de otro mundo. A distancia planetaria, estaba tan cerca… Kürch en uniforme de la

Feldgendarmerie no era sólo Kürch: era un cúmulo de imágenes que revolotearon alrededor de ella: la casa, los padres, la ciudad natal, la voz de la madre y también la voz de él, de Kürch, compadeciéndose, doliéndose del sino de ellos. Seguramente no vaciló, mientras que él, cuando sorprendido y estupefacto reconoció a Stefania en la muchacha sonriente llevando de la mano a un niño bien alimentado, a la que quizá hacía tiempo consideraba inexistente, aniquilada, cuando al observarla constató la falta del brazalete blanco en la manga, primero sorprendido, exclamó su nombre (¡así tuvo que haber ocurrido!), y sólo después, en algún momento, o cuando con una sonrisa relajada ella le daba la mano, o después, cuando le estaba contando todo, él se sorprendió por segunda vez, esta vez por el orden trastocado de las cosas, y él mismo añadió el resto. Ella debía haberlo esperado y temido; pero no lo esperaba ni lo temía. Hasta parecía asombroso lo incontaminada que estaba en los tiempos que corrían, qué ajenas para ella eran las leyes ajenas y las normas sagradas de él. Ella conservaba la confianza, y la confianza en aquellos tiempos equivalía a la falta de imaginación. Hasta sospecho que le contó a su patrona lo del encuentro, que era una buena disculpa, y avisó de que esperaba una visita.

B. contó que aún antes de que anocheciera había salido a dar una vuelta por la ciudad, así que tuvo que haber ocurrido —como ya mencioné— a la hora del atardecer, a la que el sol se pone y sobre la ciudad pende una fina neblina y las sombras de los árboles se explayan en las calles.

No fui capaz de imaginarme, cuando entraron ellos, las palabras que pronunciaron, ni siquiera la expresión de la cara de Zarina (ahora de nuevo es Zarina para mí), un destello de pavor que le hizo comprender: sin haber sido testigo de su encuentro con Kürch, lo veía de manera clara. Sólo el salto, el lanzamiento del cuerpo (eran tres, Kürch y otros dos, en medio de una gran habitación cuyas ventanas estaban abiertas sobre las copas de los árboles del callejón, una ventana del cuarto piso), sólo el salto, el lanzamiento del cuerpo, su vuelo hacia el suelo y el súbito alejarse del cielo encima, el vuelo que la arrancó del área de las leyes del tiempo existente y la entregó a la eterna, igualitaria, ley de la gravedad.

Ahora, en el momento de su muerte, no menosprecio el grito del

poeta.

Al pasar por el callejón, B. oyó gritos, después vio un pequeño grupo de personas, entre ellas tres alemanes de uniforme. Llevado por el instinto se abrió paso y se inclinó sobre la muchacha que yacía en el suelo. Zarina aún estaba con vida. Tenía los ojos abiertos, mirando al cielo que hacía un instante volaba hacia arriba y se detuvo cuando su cuerpo entró en contacto con el suelo.

XVI
CERDO

En el pajar se ocultaba un hombre. Ya no era joven, llevaba mucha vida a sus espaldas. Desde hacía dos semanas estaba escondido detrás de un tabique hecho de paja; un cobijo de mírame y no me toques. No era su primer escondite. Su recorrido por desvanes, pajares, sótanos, y hasta mausoleos familiares en el cementerio, pagado a manos llenas con dinero cantante y sonante, duraba ya muchas semanas. Cada día y cada noche de aquellas semanas seguramente bastaría para llenar las hojas de un libro si la pluma sola pudiera soportar el peso de su desesperación y su impotente soledad.

Pero él existía. La vecina ciudad, su ciudad natal, que conocía como la palma de la mano, ya estaba medio muerta, destripada por el *Sonderkommando*. «El barrio» encogió hasta el tamaño de unas pocas casas habitadas, en otras las puertas estaban provistas de un sello y por las ventanas se veían sábanas, cazuelas y ropa esparcida por el suelo.

El verano era precioso, canicular, propicio para la recolecta. En el diminuto desván hacía un calor asfixiante, en los pocos metros cuadrados reinaba el polvo de paja seca. El hombre abrió una pequeña rendija en la pared exterior del pajar. Por esa rendija podía, con un solo ojo, abarcar un trozo del mundo: la pradera delante de la casa campesina y la cinta de la carretera. La casa estaba situada junto al camino principal que unía la ciudad con T., la capital de la comarca.

El hombre pasaba días enteros junto a la rendija. Respiraba y miraba, una vez con el ojo izquierdo, otra con el derecho. Fue testigo de fracciones de acontecimientos de cada día: pasó la dueña

de la casa, un carro tirado por un caballo salió a la carretera, el niño se cayó…

No podía fumar por el peligro de incendio, y la rendija le salvaba la vida: podía ver.

Ya había repensado y rumiado toda su vida, mantenía largas horas de conversaciones con personajes imaginarios, recitaba textos en latín devueltos en oleadas de laboriosos ejercicios a las playas de la memoria y estaba cercano al trastorno disociativo de identidad, lo cual constataba con la objetividad de un médico. Escuchaba disparos en la ciudad, escuchaba el silencio. También contaba. Contaba los pasos de la gente que se movía por la casa, los golpes del hacha cuando cortaban la leña. En *este* desván la rendija era su salvación.

Aquel día le despertó un murmullo de motores. Fuera, la oscuridad aún no se había disuelto y poco podía ver. Pero lo sabía: los coches venían de T. y se dirigían a la ciudad. Por el runruneo pesado reconoció que eran camiones. Se pegó a las tablas de la pared, y por los aldabonazos de su corazón, por un momento ni siquiera oyó el gruñido de los motores diésel. Sabía perfectamente qué significaban; pensó que la última vez, cuando aún estaba en la ciudad, salieron de allí veinte camiones repletos hasta los topes… «Vienen a por los que quedan…», —musitó—, «el resto de los que permanecemos vivos…».

Pronto el extrarradio se sumió en el silencio y poco a poco clareaba el día. Las flores amarillas del prado cuyo nombre no lograba recordar brillaron al sol. Permanecía pegado a la rendija con el ojo clavado en el trozo de carretera, aunque allí no pasaba nada. De momento, no pasaba nada.

Después pegaba la oreja a la rendija y escuchaba. Pasada una hora, que le había parecido una eternidad, captó un grito lejano y distante. Se tambaleó, cerró los ojos, pero el hecho de cerrarlos no le aliviaba. Lo veía todo con la exactitud del testigo ocular de cuatro acciones de las que salió entero de milagro.

Los gritos se hacían más fuertes… ¿o sólo se lo parecía? Pero los disparos no podían ser una ilusión. Amortiguados por la distancia de dos kilómetros caían uno tras otro, caóticamente, de diferentes direcciones. Se encogió en un rincón con las manos sobre los ojos. ¿A quién cogieron? ¿A quién estaban torturando? Los conocía a

todos, había sido médico de todos ellos…

De pronto se sacudió la inercia y se pegó a la rendija. Volvían. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, clavó el dedo en la rendija para agrandarla: ahora veía mejor.

El prado colindante a la carretera estaba lleno de mirones. Reconoció hasta a los hijos de los dueños de la casa que le ocultaban. Llenos de curiosidad miraban en dirección a la ciudad, desde donde llegaba el fragor estridente de los camiones. En esa dirección el camino era de subida.

—No puedo… —dijo en voz alta, y se apartó al rincón, pero se incorporó inmediatamente y siguió mirando, ahora sin parpadear.

Los dos primeros coches los vio claramente; le pareció reconocer a la mujer con los hombros caídos, como inermes. Pero el tercer camión ya se sumió en la niebla. Nadie gritaba, ni llamaba, ni se lamentaba.

Había contado seis coches cuando, de repente, se oyó un chillido inhumano. Se quedó petrificado. Hubo un tumulto entre los mirones, se lanzaron en masa a la carretera.

¿Qué pasó? ¿Alguien intentó escapar? Pero los coches no se detuvieron y tampoco se oyó ningún disparo. El chirriar de los motores desaparecía entre el lamento de las voces de los que estaban mirando. Se iban dispersando, enfadados, departiendo en alto ampliamente.

Por poco no aguanta hasta la llegada del dueño, a la noche, temblando de excitación:

—¿Qué pasó?

—Pasó… —contestó el dueño con su acento cantarín de Wolyn —, ¡que los parta un rayo! ¡Atropellaron al cerdo!

No. Esa noche no tomó ni un bocado de la cena, no pegó ojo hasta el amanecer. Se preguntaba a sí mismo: ¿y cómo salvarse?

***

Después de aquel hubo otro desván más, bosque, finalmente, semienterrado en un agujero debajo de la pocilga sobrevivió los últimos meses de la guerra. La mujer del dueño era pobre, pero le daba de comer, lo protegía, y cuando enfermó seriamente, con toda la sencillez de su alma prometió enterrarlo debajo del manzano más

bonito de la huerta. En su casa se salvó. Cuando lo sacaron del escondite subterráneo —porque no podía andar por sí mismo, sucio y piojoso—, dijo:

—¿Sabe, señora?, aquella vez, cuando atropellaron al cerdo, no creía que aún quedara gente de verdad…

—Sí, sí —le contestó como se contesta a un niño, pero como era razonable y tenía los pies sobre la tierra, en su alma pensó: «¡El pobrecillo se ha vuelto loco de la alegría, y me está hablando de cerdos!».

XVII
TITINA

El comandante le dijo a Ludek —quizá porque era el más pequeño—: «Trae a Titina». Nada más que esto, ninguna lista de las que había entregado a aquellos que acababan de salir del edificio de la *Judenrat* dispersándose por la ciudad. Ludek preguntó: «¿Sólo eso?». Pero el hombre calvo y bajo que era el comandante no contestó y cerró la puerta ante sus narices.

Detrás de la puerta señoreaba una tempestad de voces. La noche era cálida, ventosa, la superficie congelada del río empezó a fragmentarse y el ruido del agua se oía en toda la ciudad. En las casas no se veía ni una luz, todo era negro, bituminoso, como un sueño.

Avanzaba a paso rápido, la voz del río cobraba fuerza. Titina vivía junto al puente. «Buenas noches, señora», se dijo en el pensamiento, y oyó a Titina responderle: *«Bonsoir, jeune homme…». «Bonsoir, madame»*, corrigió él. Ella cuidaba de que hablara con ella sólo en francés. Él recordaba un pequeño escritorio junto a la ventana, un tomo gordo de Larousse, la cubierta dorada de *Cartas desde mi molino*… Y el olor a humedad de la sombría habitación. Ya por entonces parecía que Titina iba camino de volverse loca. Aquel hedor… No ventilaba la casa. Bajo sus ventanas crecían abetos oscuros, jóvenes. «La morrrada entrrre los árrrboles», decía ella de su casucha. Pronunciaba la erre gutural, como corresponde a una profesora de francés.

—*Comment va ta maman?*
—*Merci, elle va bien.*

Mamá estaba en camisón, sin bata. «Ludek, vienen a buscarte…». Y se puso a llorar: «Hijo mío…». El escote del camisón revelaba su cuello flácido, con piel de gallina y arrugas faltas de una capa de grasa.

Se puso ágilmente el pantalón, la cazadora, la gorra con visera reluciente.

—Mamá, ¿dónde está la porra?

—Pediré a los Marciniak…, te esconderás en el pajar… hijo…

Un mes antes lloró porque no lo habían aceptado. Kilómetros de idas y venidas en busca de recomendaciones, horas de espera en la antesala del *Judenrat* ante la puerta del presidente.

—Quiero salvarte —decía ella.

—No te pongas histérica, mamá. Ahora…

Ella levantó los brazos hacia el cuello como si quisiera ahogarse con sus propias manos, en un gesto de desesperación máxima (de la misma manera se había comportado cuando se llevaron al padre).

—Yo no sabía… no suponía que… —dijo con dificultad. Lo agarró del hombro. Él se soltó de manera delicada pero firme.

—Déjalo, mamá. Tengo que irme —dijo.

Ella quiso abrazarlo, darle un beso; la detuvo con la mirada, aun sabiendo qué significaría ese abrazo: la madre imploraba su perdón. «*Elle ne va pas bien*».

—¡Querida doña Zofia, *la belle Sophie* y su pequeño muchachito! —La voz de la señora Titina es baja y ronca como la de una bruja. El vestido largo de tela brillante susurra, sobre las uñas reverbera la costra de rojo sangre coagulada—. ¡No quiero caramelo, no! Se acostumbrará, sí se acostumbrará —ruge la voz brujil, y mi madre se parte de risa frívola.

—¿Por qué no ventila la casa, señora Titina?

Un grito se oyó desde el lado de la colina del castillo. Se detuvo, escuchó. Y después ya no quedó nada más que el silencio, nada más que el susurro del río. Del río y de su propio corazón. «Está medio loca, ¿y si en realidad ya se ha vuelto totalmente loca?», se dijo en voz alta. Volvió a detenerse. No, no, estaba equivocado. El interior de la ciudad ya estaba despierto. Alguien estaba corriendo, alguien gritó una y otra vez, alguien llamaba sin cesar. Se quitó la gorra y expuso la frente al viento. Olía a primavera. «Si me escapo, me echarán». En el otro extremo de la ciudad, en las cercanías de la

estación de ferrocarril, sonaron motores. «Se trasladarán hasta los baños públicos y allí esperarán. ¿Cuántos coches? ¿Seis? ¿Cinco? ¿Cuántos nombres hay en la lista? Viejos, inválidos, locos… ¿Cuánta gente exigían?». Se inclinó por la barandilla del puente. Bastaría con un impulso del cuerpo y podría irse nadando llevado por las olas entre el enorme rugido. «“Ludek, cuida de la mamá, sé fuerte y obediente”. ¿Qué es ser fuerte y obediente? Desplazar el punto central del peso del cuerpo un centímetro fuera de la barandilla del puente, bajar los brazos… ¿Llevar a la loca de Titina? ¿Nadar con la corriente del río?».

De pronto los vio venir. «De modo que esto es así, tan normal. Traen a los viejos cogidos del brazo. ¿En silencio?». Los anchos hombros de Józek, la silueta juvenil de Heniek, y entre ellos aquellos dos seres demacrados… De viejo el hombre encoge. Se detuvieron. Józek hasta se quedó atónito:

—¿El niñito de mamá está contemplando el paisaje? Y el trabajo que lo hagan los demás, ¿eh? ¡Eres un jeta! Ya has oído: si algo falla, dos de nosotros van con ellos. No seré yo, te lo aseguro, yo no…

Un cuerpo demacrado es un hombre, el otro una mujer. Retrocedió para dejarlos pasar. La mujer daba pasitos cortos inclinada hacia delante como a punto de caerse. Tenía los ojos cerrados.

La casa de Titina estaba sumergida en el jardín, los abetos guiaban hasta el porche. Ludek abrió la cancela con dificultad, por lo oxidada y totalmente congelada que estaba. Se hundió hasta las rodillas en la nieve. Parecía como si no la hubieran retirado desde el comienzo del invierno. Encendió la linterna. Tampoco vio huellas de pasos. ¿En todo el invierno no había salido de casa? ¿Y si ha muerto? ¡Por Dios, que esté muerta! Los escalones podridos estaban soterrados bajo la capa de nieve, tres escalones, aún lo recordaba. Los abetos crecieron hasta la altura del tejado.

Con el hombro empujó la puerta, que cedió; en la cerradura no estaba la llave. El vestíbulo, el familiar olor a podrido y humedad.

—No tengas miedo —dice la madre—, ella es un poco rara, una solterona rara, pero conoce la lengua perfectamente, vivió muchos años en París. Ahora es vieja y muy pobre.

—Y tralalá —se rió él.

—Calla, Ludek, cómo puedes… No seas tan maleducado.

—Es rara, dije.

—Salúdala amablemente.

Quiso llamarla, pero sólo le salió un susurro agudo («Estoy ronco», pensó): «¡Señora Titina!».

No debió haberla llamado «Titina». Era un apodo, no su nombre verdadero, sino un mote que se le había pegado de una vez para siempre y probablemente ya nadie sabía cómo se llamaba de verdad. El comandante también dijo: «Trae a Titina». Recuerda que cuando empezó a estudiar francés preguntó a la madre de dónde venía ese gracioso nombre. Entonces ella cantó la canción «Titina, ay, Titina, vamos juntos al cine», la alegre melodía surgía de los labios de la madre como un ágil pajarillo, y la madre, inclinando la cabeza hacia un hombro, también se parecía a un pajarillo bribón de cuello gordito. Después contó una larga historia sobre un gran baile, enrevesada y ciertamente graciosa, porque al contarla se reía, y el padre se enfadó, porque menudas tonterías que contaba al niño. Tenía entonces siete años y la madre consideraba que era la edad más idónea para estudiar idiomas.

Precisamente entonces, después de la historia del baile, el nombre de Titina se adhirió para siempre a la vieja y rara mujer que ahora tenía que llevar a la plaza delante de los baños públicos.

Nadie contestó a su sonoro susurro. Con la mano palpó el interruptor, hizo clic: la oscuridad seguía. Se había olvidado la linterna, así que avanzó a ciegas por el pasillo con las manos estiradas hacia delante. Al final del pasillo —aún lo recordaba— se hallaba la puerta de la enorme y sombría habitación.

Se detuvo delante de la puerta, pegó la oreja a ella. Sonaba el silencio, después el sonido del silenció se tornó sonido del reloj de la iglesia que dio las once. Quedaba una hora.

Esperó a que se extinguiera la última campanada (la decimoprimera) del carrillón, después pensó: «Seguramente ha muerto; volveré, diré que está muerta, que no hay señales en la nieve, que la puerta está cerrada…».

Pero seguía con la oreja pegada a la puerta, y ya no el silencio ni el reloj, sino su propio corazón tocaba a rebato.

—Señora Titina —dijo una vez más, en voz alta, como implorante. Le suplicaba—: No esté viva, por favor.

—¿Quién es?

Se asustó, de un salto se apartó de la puerta.

—*Entrez* —dijo un instante después la misma voz baja y ronca que reconoció inmediatamente.

Entró.

Estaba sentada en la cama, detrás de una barricada de cojines, sólo se veía su cabeza, el desorden de sus cabellos canosos, tiesos como alambres. La mano levantada sostenía un candelero.

Cuando él se acercó, la sombra de su figura de pronto saltó sobre la pared y apareció al lado de la sombra de la cabeza de medusa para después cubrirla lenta y despiadadamente. El rostro surgido de entre las sábanas estaba hinchado, moteado de manchas oscuras de la vejez. «Es una ruina», pensó, y una vez más, con una extraña satisfacción, repitió: «Una ruina, una ruina…».

Ella lo miraba con atención, tensa. Presintió que estaba luchando con su memoria. Él sintió una contracción en el estómago, la señal del mareo, se desabrochó el cuello de la casaca.

—Levántese —dijo—, todos los judíos deben presentarse ahora en la Comunidad.

No se movió. Un ligero temblor recorrió su cara. Estaba sonriendo.

—Usted, ciertamente, viene por las clases…

—No. Debe levantarse, la acompañaré a la Comunidad, todos…

—Lamentablemente, no doy clases de momento…

Él se inclinó, y luchando contra una oleada de náuseas dijo contundentemente y con severidad: «Levántese».

«No sé hacerlo, me expulsarán —pensó—, ella no irá, no soy capaz de obligarla, si tuviera la ayuda de alguien…».

—¡Levántese! —gritó.

Ella soltó el candelero, que cayó al suelo. Él recogió la vela, su pie chocó contra una cazuela: cortezas de pan duras como trozos de hueso se esparcieron por el suelo. Las recogió cuidadosamente.

—¿En qué tono me habla? —Oyó la voz de Titina—. Y, en general, ¿con quién tengo el gusto?

No le contestó. Repitió una vez más, ahora tranquila y educadamente:

—Por favor, levántese y vístase. La acompañaré a la Comunidad. Todos los judíos deben presentarse allí.

—*Tiens, tiens* —ella sacudió la cabeza—. ¿A la Comunidad? Jamás tuve algo que ver con la Comunidad. Y no quiero tener nada en común. *Voilà*, joven. Y ahora puede irse.

—¡Señora Titina! —gritó—, es una orden de los alemanes…

—*Les sales boches!*

—La ayudaré…

Tenía delante la cara de ella, una careta con dos laguillos de ojos lagrimosos. Ella lo agarró de la mano.

—¿Y tú de quién eres hijo? —preguntó. Y sin esperar la respuesta, susurró—: Tú eres… eres el hijo de…

—De Zofia… —respondió él obediente, involuntariamente.

—*Mon dieu*, el hijo de Zofia, *la belle Sophie*… Cómo pude… Sabía que ibas a venir… ¿Por qué has tardado tanto en venir? ¿Traes el cuaderno y el libro?

—Señora Titina, tiene que venir conmigo…, orden de los alemanes…

—Recuerdo cuando tu madre y yo fuimos al gran baile, ¡ah!, fue la única que se acordó de que una mujer sola también debía divertirse… El comandante del cuartel bailó un *mazur* conmigo… *Mon dieu*, o sea que no se olvidó de mí… Siéntate ante el escritorio, abre el cuaderno. *Elle était si belle, ta maman*…

Ludek se sentó. Estaba muy cansado. La voz ronca de Titina le llegaba de lejos. Pensó: «¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué?». Y también: «Qué bueno sería dormirse y despertarse cuando todo termine. ¿Terminarse qué? Todo…».

Su madre corría del presidente al secretario, del secretario al presidente adjunto, volvía rota, exhausta, pobre. Ludek se dio cuenta: llevaba las medias rotas. «La gente es desagradecida», —decía ella—. «Tanto le deben a tu padre, pero ahora, cuando ya está muerto, porque lo mataron, nadie quiere ayudarme. Dicen que eres demasiado joven». Lloraba delante de él. Sé valiente, Ludek. Lo seré papá… Pero una vez volvió transformada, rejuvenecida:

—¡Mi pequeño no irá al campo! —exclamó—. ¡Te aceptaron, me lo prometieron!

Él ni se alegraba ni estaba triste.

—¿Y qué es lo que voy a hacer allí, mamá? —preguntaba.

—¿Cómo que qué harás? Serás *guardia* del orden. Es una buena colocación.

Ahora todos decían «colocación». No le gustaba esa palabra. ¡Un guardia!… Apenas hacía unas horas, por la noche, parecía ahogarse con sus propias manos…

Cayó la pesada gota del golpe de la campana de la iglesia. Él saltó como abrasado.

—Desde hace años… nadie, desde hace años… yo sola… todos se olvidaron de mí… ni una clase…

«Esta loca, dale que dale», pensó con furia.

—Nadie… nadie…

—Pero ahora se acordaron de usted. —De repente oyó su voz, su *ajena* voz, y vio que esta vez las palabras llegaron a la conciencia de ella—. ¡Se acordaron! —repitió más fuerte, subrayando las palabras.

Y con una creciente y hasta entonces desconocida furia añadió:

—El comandante quiere aprender francés con usted.

Tras decir esto quedó petrificado. El corazón bombeó fuertemente, le saltó hasta la garganta. Pero ya era demasiado tarde.

Titina se enderezó. No hubiera sospechado que aún tuviera tanta fuerza.

—*Monsieur le commandant veut prendre des leçons chez moi?*

—¡Sí! ¡Ya! —gritó él.

«¡Cabrón —se dijo para sus adentros—, qué pedazo de cabrón!».

***

Acabaron de cargar los camiones, la plaza se veía vacía, la nieve pisoteada, dura. Junto a los camiones estaban los SS, un poco aparte un grupo de policías y un hombre ligeramente calvo, su comandante. Al ver a Ludek llevando del brazo a una extraña figura ataviada con un abrigo largo y un sombrero adornado de flores, los SS rompieron en sonoras carcajadas. Uno de ellos indicó con su fusta la escalera colocada junto al camión, y con un gesto servicial ofreció su mano a Titina.

—*Merci, monsieur* —dijo ella antes de desaparecer en el interior negro del camión colmado de respiraciones humanas.

El calvo le alargó a Ludek una botella y dijo: «Bebe, te hará bien». Ludek, obedientemente, pegó los labios a la botella y bebió a grandes sorbos, como si fuera agua. El fuego ardió en su interior.

Lanzó la botella contra el suelo y salió disparado. Corría a ciegas por la ciudad vacía, después campo a través, corría hundiéndose en la nieve profunda, cayéndose, levantándose de nuevo, corría hacía el murmullo del río cada vez más cercano y más severo.

XVIII
DELANTE DEL ESPEJO

Una tarde lóbrega de diciembre, Adela decidió reformar su vestido, de modo que se puso los zapatos del padre y corrió a casa de su amiga Nisia, la modista. Nisia vivía al lado de Adela desde hacía un año, desde hacía un año todos eran vecinos muy cercanos. Sofocada, entró de sopetón en el pequeño cuarto del piso bajo. Nisia estaba sentada al lado de la ventana que daba al patio empedrado y solitario, sobre las rodillas tenía una bayeta limpia y sobre la bayeta una vieja sartén. Nisia la modista estaba almorzando patatas recalentadas. Una enorme y pesada pala se hallaba apoyada contra el marco de la ventana. Las manos de Nisia eran gruesas, con el dorso cuarteado, y, además, no tenía ninguna máquina de coser. Nisia la había vendido, desde hacía mucho tiempo no cosía nada, únicamente trabajaba con la pala en la construcción de un enorme puente en un no precisamente enorme río. Adela, dicho sea de paso, también tenía en casa una pala y con ella trabajaba cargando carbón en la estación de ferrocarril.

Adela cerró la puerta tras de sí, golpeó el suelo con los pies sacudiendo la nieve de los zapatitos y se sentó en un taburete que antes había pertenecido al padre de Nisia, que era zapatero. Nisia no interrumpió su almuerzo, con un movimiento lento y compasado tomaba las patatas de la sartén y las masticaba con dificultad. En la habitación había cuatro camas, tres de ellas inútiles; la primera se había quedado libre en verano, después, a principios de otoño, la otra, y finalmente la tercera. La cuarta le servía a Nisia, que, sin interrumpir el almuerzo, escuchaba el apresurado discurso de Adela, sentada en el taburete paterno.

Al terminar las patatas se levantó. Era menuda y aún bonita, a

pesar de que una tras otra se habían ido quedando libres las tres camas y era sólo cuestión de tiempo que se librara la cuarta. Aclaró la sartén con agua fría y la colgó de un clavo encima de la cocina apagada para siempre, una cocina que no encendía jamás (calentaba las patatas en un hornillo).

—¿Dices que hay que acortar el vestido? —dijo, y Adela afirmó con decisión:

—Cortar y estrechar en la cadera, porque adelgacé.

Se acercaron a un gran espejo que brillaba al fondo de la habitación cual un lago de aguas amarillas y ondeadas.

—¿Ves?… —susurró Adela—, aquí hace pliegues…

Nisia recogió la tela con los dedos de un modo demasiado rudo y demasiado violento para una modista.

Los ojos de ambas se encontraron en el fondo de la opaca superficie amarilla. Los de Nisia parecían un poco burlones.

—¿Acaso no sabes, Adela, que en esta casa ya no hay nadie más, sólo yo? —dijo a los ojos de ella, ojos enormes, que brillaban febrilmente.

—Haz lo que tienes que hacer, Nisia, no me digas nada, yo no lo oigo —dijo Adela, y levantó las manos para taparse los oídos.

Pero Nisia era terca.

—¿Me has oído? Nadie más, excepto yo…

—Haz lo que tienes que hacer —cortó Adela.

Nisia se arrodilló al lado de la muchacha, que fingía sordera, su mano alcanzó la almohadilla erizada de agujas conservada de otros tiempos, y tras extraer un oxidado alfiler miró hacia arriba a la cara que surgía del abismo amarillo. Resplandecía. Adela siempre tenía la cara llena de luz.

—Y cómo puedes, Adela… No te da vergüenza…, Adela…

—¡Tonta, qué tonta eres! —se rió Adela, y acercó su rostro claro a la superficie del espejo como queriendo verse de cerca—. Es mi primer amor. El primero y el único. —Sonrió. Al ver los labios de Adela alegres, rebosantes y húmedos Nisia experimentó una punzada de dolor agudo y entrecerró los ojos—. Lo sé todo, tonta… —seguía diciendo Adela—, en mi casa también quedaron camas *libres*… Lo sé todo, todo. Y no quiero saber nada.

Se inclinó hacia la muchacha arrodillada ante sus pies y con calma, convencida de tener razón, añadió con suavidad:

—Haz lo que debes, Nisia, no te preocupes.

—Dime —musitó con humildad la muchacha arrodillada—, dime si es posible… ¿Tú eres… feliz?

Al ver el resplandor en los ojos y la luz de la cara que parecían confirmar esa posibilidad impensable y cruel, Nisia la modista, dominada por un miedo terrible, empezó a sollozar sonora y desesperadamente.

Cuando se tranquilizó, cortó el vestido de Adela con rápidos movimientos de sus manos dilatadas por el uso de la pala, y trasladó la mirada al espejo para comprobar el efecto de su trabajo.

La noche engulló el lago amarillo, el agua se volvió negra, el abismo oscuro devoró a Adela y su felicidad.

XIX
La bestia negra

Me encontraba aún en el umbral, con la mano sobre el picaporte, cuando me topé con su mirada. En un primer momento no vi a nadie más, él atrajo toda mi atención. Miraba alerta, hostilmente. Tomé por un mal augurio la hostilidad de su mirada. «Malo —pensé sin quitarle la mirada de encima—, el viejo no me acogerá». Así estuve meditando y, al mismo tiempo, en voz alta, invocando el nombre de Dios. Sabía que el viejo estaba en el cuarto, sentado ante la mesa, el humo de su pipa me picaba en los ojos, lo sabía sin verlo. «Por los siglos de los siglos», replicó en voz baja. Sólo entonces aparté la mirada del enorme cuerpo sentado junto a la estufa y miré con atención al anfitrión. Era pequeño y huesudo, con un matorral de cejas encima de los ojos, Matylda me lo había descrito con exactitud, sin olvidarse siquiera de la verruga en el pómulo, asquerosa y peluda, ni del bigote canoso con las puntas rizadas hacia abajo. Era él, el tío de Matylda.

Así que dije muy alto que venía de parte de la sobrina de Dobrówka pidiendo un techo donde resguardarme durante una semana o dos. Un silencio siguió a mis palabras, el viejo se quedó callado, sólo se oía el jadeo de la bestia negra a la que yo temía mirar. Una rama golpeaba el cristal de la ventana, tras la que la noche figuraba negra y fría. Bajé el saco de la espalda, y sintiendo un enorme cansancio en las piernas, sin ser invitado, me senté en el banco junto a la puerta. El perro chasqueó la lengua sonoramente, lo que sonó como una aquiescencia, así que respiré con alivio.

—¡Vaya una granujilla esa Maty, no sabía que escondía a judíos! —se rió el viejo.

El término que aplicó al hablar de su sobrina estaba tan fuera de

lugar como la risa que lo acompañó. Todos aquellos que hubieran visto a Matylda una sola vez, una mujer alta y seria, maestra retirada, se habrían indignado como yo. ¿Granujilla?… ¿Se burlaba de ella?

—¿Llevaba usted mucho tiempo en su casa?

—Medio año…

—Y ahora…, ¿ha pasado algo por lo que me lo envía a mí?

—Por miedo a un registro. Pide una semana, o dos…

—¿No le ha dado ninguna carta?

—No la quise, porque si la hubieran encontrado…

—Tiene razón. ¿Ha venido andando?

—Sí, a pie.

—Un largo camino… Y ¿qué? ¿No le ha cogido nadie?

—Lo conseguí. Aunque tenía mucho miedo.

—Claro, yo también tendría miedo en su lugar. Por lo general soy miedoso.

—Matylda dijo que usted no diría que no…

—¿Que no? ¿Y por qué? Matylda siempre sabe más que todos. No diría que no… Pues si ella lo dice…

Estaba como discutiendo con ella, no conmigo, y eso no sonaba peligroso. Pasado un momento añadió con seriedad:

—No puedo.

Lo dijo como con pena, suavemente. Comprendí que tenía miedo, y me levanté del banco. El perro, la bestia negra tumbada bajo la mesa, se levantó de golpe. De qué raza era lo ignoro, un chucho seguramente, pesado, grandote, semejante a un lobo. Salió de su escondrijo al centro de la pieza, olfateó mis piernas y gruñó un poco. «Éste sí que me delataría», pensé. La bestia negra me delataría… Agarré el saco que había dejado en el suelo, lo eché al hombro. ¿A dónde ir?… No tenía la menor idea.

—Quieto, quieto… —dijo el viejo—, no le dejaré irse sin cenar.

Se quedó pensativo un momento; luego atrancó la puerta y colgó una manta sobre la ventana.

—Hoy dormirá aquí, pero sólo hoy.

Muy entrada la noche me llevó al desván. Él se quedó en el vestíbulo sujetando una linterna y yo trepé por la estrecha y podrida escalera de madera. Ya arriba, cuando iba a deslizarme por el hueco cuadrado de cuyo interior salía un fuerte y asfixiante olor

a heno, miré atrás, abajo. Allí estaba el perro con la cabeza erguida, vigilándome.

Un momento después me hallaba tumbado en el heno, hecho polvo, semiinconsciente. Sólo entonces me venció el cansancio de la caminata de todo el día y del miedo que aún, sólo de pensar en el tramo recorrido, me causaba temblores. Me quedaba pasmado pensando cómo, por qué milagro, había conseguido recorrer los quince kilómetros que separaban Dobrówka de la cabaña del tío de Matylda. Ya no pensaba en el mañana. De abajo llegaba el ruido de los pasos del viejo moviéndose por el cuarto. Después cesó, me sumí en el silencio, me hundí en el sueño.

De pronto me estremecí, volví a la realidad. Mi oído aguzado y bien entrenado captó pisadas suaves, casi imperceptibles. Me paralizó el miedo, aunque sabía que era el perro que subía la escalera despacio, cuidadosamente. Oía su respiración silenciosa. Recordé la mirada hostil, el enorme y pesado cuerpo, y aquello que alguna vez había leído de que solían lanzarse a la garganta. Me encogí en un rincón, un sudor frío corrió por mi frente, me tapé la cara con las manos; cuando las retiré, después de un buen rato, estaban totalmente húmedas. El perro se detuvo en el último peldaño de la escalera, con las patas delanteras apoyadas en el umbral del desván. Dos llamas verdes, sus ojos, brillaban en mi dirección. Vencido por un ataque de miedo irracional le dije en voz baja: «¡Vete!, ¡fuera!». Obediente, se dio la vuelta y bajó.

Por la mañana temprano (noté que era de día gracias a un rayo de luz que se colaba por una rendija del tejado) el tío de Matylda, sin decir palabra, puso ante mí un cuenco de leche y pan.

—¿Tengo que irme? —pregunté. No contestó.

Nunca hablaba conmigo, y si no fuera por la comida que dos veces al día dejaba en el umbral del desván, podría pensarse que yo no existía para él. En cambio, la bestia negra —porque así llamaba en mis pensamientos al can— me visitaba cada noche, cuando toda la casa se sumía en el silencio. Trepaba la escalera sin apenas ruido, se detenía en el peldaño más alto y sus ojos brillaban. Así se quedaba hasta que yo le decía «fuera» o «vete ya». Me acostumbré a esas visitas; incluso, pasada una semana, las esperaba no sin cierta impaciencia. Pero jamás se me ocurrió llamar al perro, aunque hoy, después de todo lo ocurrido, sospecho que él lo esperaba. Por lo

visto, el miedo que me había causado la primera noche estaba aún latente, la desconfianza, tan solo adormecida. Una noche esperé en vano: no vino. Esperé largo rato; después me dormí, no sin dificultad.

—¿Y el perro? —pregunté por la mañana a la mano que me deslizaba el cuenco de leche.

—Matylda ha dado la señal de que puede volver.

No me fijé en que la respuesta no era la correcta. El pensar en volver con la buena de Matylda me produjo una alegría grande y cálida, mezclada con el miedo. Me alegraba de poder volver al escondite seguro, y al mismo tiempo me daba pavor el camino de vuelta.

No era un camino seguro; pasaba por una gran aldea, Siniawka, que no había manera de evitar. Abandoné el desván absorbido por pensamientos buenos y malos.

El tío de Matylda murmuró algo cuando le agradecí su hospitalidad, y sólo en el umbral me hizo volverme, llamándome:

—Camine lo más rápido posible para pasar Siniawka durante la niebla…

El aire fresco me cortó la respiración, me agarré a la cerca, respiré hondo. La hora era muy temprana y la niebla espesa. Cerré cuidadosamente la cancela, emprendí el camino. Traté de caminar enérgicamente, lo cual no era nada fácil, habida cuenta de que había olvidado cómo se movía uno. El espacio abierto me asustaba, desde hacía varios meses había estado encerrado en un cubículo de dos metros cuadrados. Me arrepentí de no haber cogido un palo que me sirviera de bastón; podría moverlo al compás de la marcha, y apoyarme sobre él. El pensar en el bastón que no tenía me absorbió hasta tal punto que sólo después de haber dado más de una decena de pasos percibí el sonido de otros bien conocidos, suaves y silenciosos. Me volví: el perro corría tras de mí.

—Adiós, perrito —dije, y por primera vez toqué su pelaje cálido y agradable al tacto. Se estiró bajo mi mano, bostezó sonoramente, tras lo cual, movido por una energía repentina, se sacudió como después de un baño y miró hacia arriba, me miró a mí—. Hala, vuelve a casa, yo debo irme —le decía, pero el perro no se movía del sitio y no me quitaba los ojos de encima. Era evidente que me estaba diciendo algo, y aquellos que entienden el habla canina

comprenderían sin dificultad de qué se trataba. Pero yo hasta entonces no había tenido mucho trato con los perros y nunca se me había ocurrido que se pudiera hablar con ellos.

Impacientado, aceleré el paso; pero el perro, normalmente tan obediente cuando lo echaba del desván, esta vez hacía caso omiso a mis órdenes. Marchaba a mi lado, tranquilo y compasado, de vez en cuando frotándose contra mis piernas. Caminábamos al mismo paso, hombro con hombro, si se puede utilizar aquí esta expresión (y sí se puede, con total seguridad, hoy lo sé a ciencia cierta). Ignoraba su nombre, de modo que me dirigía a él llamándolo «perro».

Todavía no sabía qué iba a hacer él; cuando llegamos al final del sendero que cruza el prado creí que allí, en el inicio de la carretera, llegaría la despedida. Le estaba agradecido por haberme acompañado en el primer tramo del trayecto, más seguro que los siguientes, cierto, pero difícil, porque el hombre nunca está más solo que en los primeros momentos de la soledad; por suerte existe la operación llamada «acostumbrarse», uno de los dones que nos dio el destino en un momento de generosidad.

El camino a través de la extensa superficie del prado era el comienzo de mi soledad en el mundo hostil y ajeno que me rodeaba, y ahora, al acercarnos a la carretera donde, como creía, íbamos a despedirnos, comprendí que la pena que se había apoderado de mí al emprender el camino por la falta de un bastón en que apoyarme, hubiera sido el penoso lamento de un ser abandonado por todos.

Pensando en esto, me detuve ante la zanja que separaba la ruginosa hierba otoñal del camino adoquinado. La niebla se disipó, se hizo de día y el cielo se volvió de color rosado.

—Vamos, ahora, rápido a casa, tu amo te espera, vuelve, vuelve con él… —le dije al perro, que con la nariz pegada al suelo iba y venía corriendo a lo largo de la profunda cuneta llena de agua de lluvia—. ¡Ya basta, basta, a casa! —le ordenaba en voz baja indicando con el brazo el sendero que acabábamos de dejar.

Ni caso. Hundió la nariz en la tierra, mordisqueó una brizna de hierba y de pronto cruzó la cuneta de un salto. Se detuvo en la carretera, su rabo se movía como un péndulo. Ladró. ¡Qué revelación! Lo comprendí: «¡Salta —me decía—, salta rápido!».

Me quedé como clavado en el suelo. Si él saltó la zanja, si me

decía «salta»… Tomé impulso y volé por encima del agua sucia, aterrizando en la carretera, al lado del perro. Me agaché y alargué la mano para acariciarlo. ¡Qué va! No quería cariñitos, tenía prisa, ya corría hacia delante con el rabo alegremente levantado, apenas lograba seguirlo.

Reverberó el sol, en la carretera aparecieron los primeros carros de caballos. Su traqueteo quebró el silencio de la mañana, pero no perturbó la tranquilidad que había en mí gracias a los blandos pasos que me acompañaban. Sólo cuando el sol se elevó y desde la colina avisté las casas de Siniawka dispersas por el valle, mi tranquilidad sufrió un cierto deterioro. Dado que ya habíamos recorrido un buen tramo del camino, me desvié de la carretera hacia un soto, pensando en descansar un rato; él, obedientemente, me acompañó. Me senté con la espalda recostada en el tronco de un árbol; el perro se sentó cerca, a un metro de mí. Le interesaba el entorno, tensaba las orejas, giraba la cabeza a derecha e izquierda y golpeaba rítmicamente el suelo con su rabo tieso. Me chocó la expresión de alerta en su hocico que tanto me había asustado la primera noche y que irracionalmente había relacionado con hostilidad, mientras que ahora, ya sabiendo un poco más de él, la leí de manera diferente, es decir, como la expresión de estar vigilante, totalmente avizor, la postura defensiva contra cualquier sorpresa. Tal estado debería acompañarme a mí, no al perro, era yo quien debería aguzar el oído, girar la cabeza a derecha e izquierda y mantener la atención. Pero yo permanecía sentado, abatido, fatigado por la caminata, resoplando ligeramente, con los párpados que se cerraban bajo el peso de la somnolencia.

—Óyeme —le dije. Sin prisas, volvió su cabeza hacia mí, descubriendo sus incisivos blancos y afilados—. Óyeme, voy a echar una cabezadita…

No sé si lo dije en voz alta o sólo con el pensamiento, quizá fuese un murmullo o el balbuceo de un beodo, porque sentía estar sumergiéndome en la cálida profundidad del sueño, me hundía en el abismo delicioso, aunque no infinito, dado que mi conciencia registró la dolorosa toma de contacto con el suelo cuando mi cuerpo se desplomó desde la posición sentada.

El sueño que me había derrumbado tan de golpe no era tan profundo por lo visto, ya que oía mis propios ronquidos, demasiado

sonoros y, en mi situación, indudablemente inoportunos. Es más: dormido veía con total claridad el soto de abedules y al perro guardián a mi lado, también mi pensamiento era demasiado agudo para un hombre sumido en el sueño; pensé que podía descansar una horita, dormir, retrasar una hora el difícil encuentro con Siniawka si el perro a mi lado me protegía con tanta devoción. Pero, apenas hube formulado este pensamiento, el perro se levantó de golpe y, con el rabo entre las piernas, corrió a toda prisa hacia la carretera. Corría y se alejaba, como huyendo. Yo lo llamaba, pero como no conocía su nombre le decía «¡perro!», o mascullaba «¡bestia negra!». Él iba desapareciendo de mi vista convertido en un punto negro menguante o una raya negra saltando por la calzada. No le reprochaba haberme dejado tan subrepticiamente; el miedo pegajoso, húmedo, se apoderó de mí otra vez, al quedarme solo de nuevo.

Debí de agitarme en sueños y gritar, porque cuando me desperté tenía los labios llenos de babas y el rostro húmedo. La bestia negra estaba encima de mí aullando en silencio. Levantó la pata, y con un movimiento suave tocó mi hombro una y otra vez.

Atravesamos Siniawka sin contratiempos. No escurriéndome a hurtadillas entre las casas, como cuando había pasado por aquí por primera vez. Ahora íbamos los dos por el camino que cruzaba el pueblo, a la vista de todos. Los niños gritaban: «¡Qué perro más grande!». Y también: «¡Jesús, qué negro es!». Lo de negro podía referirse igualmente a mí, podía desencadenar otra palabra diferente y mortífera. ¡Claro que sí! Pero yo tenía al perro, no estaba solo, y la gente como yo no tenía perros. Caminaba al paso sereno de un amo que venía de visitar el pueblo vecino acompañado de su perro.

A las cuatro llegamos a Dobrówka. Hubo que esperar hasta el anochecer para poder entrar en casa de Matylda bajo la capa protectora de la oscuridad.

Esperamos entre juncos, junto al estanque. Las ranas croaban. El perro, sintiendo que el final del trayecto estaba cerca, dormitaba recostado a mis pies. De vez en cuando levantaba la cabeza y me miraba, miraba en derredor y, a continuación, ya tranquilizado volvía a dormirse.

Después del anochecer nos acercamos a la casa de Matylda. Subí

corriendo la escalera del alto porche, llamé al cristal con la señal acordada. La puerta se abrió un poco, y la figura alta y seria de Matylda apareció en el umbral.

—Gracias a Dios…, temía tanto este camino…

—Doña Matylda, por favor…, algo de comer…, él está allí, en el patio, tiene hambre…, cualquier bocado…

—¿Quién? ¿Qué dice?…

—El perro.

Me miró como si yo estuviera loco.

—¿Qué perro? Cierre la puerta rápido, ya…

—Está sentado abajo, junto a la escalera. Es el perro de su tío. Hizo todo el camino conmigo. Me acompañó hasta aquí. Gracias a él…

La cogí de la mano, no me creía, pensaba que estaba delirando.

Bajamos corriendo la escalera al patio. No había nadie.

XX
La noche de la capitulación

Conocí a Mike en el parque de una pequeña y encantadora ciudad en la zona fronteriza de Alsacia. En 1943 me encontraba allí, recluida, en la cárcel, lo que no era nada fácil, habida cuenta de que soy judía y no disponía de ninguna documentación. Ahora la guerra había terminado, el frente agonizaba en las proximidades de Stuttgart, y se esperaba la capitulación en cualquier momento.

Mike (se llamaba Michael) era un muchacho agradable y yo me sentía sola y triste los primeros días tras la liberación. A diario iba a este parque muy cuidado y con rododendros que tenían las flores moradas. De modo que iba allí, me sentaba en un banco y me decía que debía alegrarme por haber sobrevivido; sin embargo, no sabía hacerlo y me preocupaba esa tristeza. Todos los días iba allí, y las muchachas del campamento, celosas y curiosas, pensaban que había conocido a un chico. Sus sospechas se cumplieron el día en que Mike me acompañó al campamento; desde entonces cada tarde venía a buscarme a las cuatro y juntos íbamos de paseo.

Michael era muy alto, tenía unas largas y graciosas piernas, el pantalón militar ajustado al culete y una cintura tan estrecha como la de una niña. Llevaba enormes gafas con montura muy roma, sonreía como un niño, y si no fuera tan alto podría pensarse que era un crío. Pero era un hombre serio, profesor de matemáticas, con veintisiete años ya, o sea, diez más que yo.

Me cogía de la mano —mi cabeza estaba a la altura de su codo— e íbamos a pasear por el parque, o a la orilla del Rin, y él silbaba siempre la misma melodía; sólo después, mucho después, supe que era la obra de Smetana titulada «Veltava», pero entonces no sabía ni el título ni quién la había compuesto, porque mi conocimiento del

mundo y de la vida era parcial: sabía lo que era la muerte, el miedo, la picaresca, sabía mentir y engañar, pero no sabía nada de la música, ni de la poesía, ni del amor.

Conocí a Mike de la manera siguiente: un día me encontraba sentada en el banco junto a los rododendros en flor de color violeta pálido, el anochecer estaba cerca y me tocaba levantarme y volver al campamento a cenar, y sin embargo, permanecía sentada, sin ganas de regresar, aunque ya tenía hambre. Ni siquiera me fijé en el muchacho largirucho con gafas y uniforme americano que se había sentado en el otro extremo del banco. Cuando preguntó: «¿En qué está pensando?», me asusté y él se rió.

Le respondí en mi inglés defectuoso: «En esta ciudad, estuve encerrada en la cárcel alemana» (pero no pensaba en eso en absoluto, sólo en la cena, estaba hambrienta).

—¿Le pegaban?

—No.

Me miró atentamente, y dijo:

—*Oh,*
it's
funny…

No sabía yo qué era lo gracioso: que había estado en la cárcel, o que no pegaban.

«Es un tonto», pensé, y él seguía preguntando:

—¿Y por qué los alemanes la encerraron en la cárcel?

Lo miré como a un fantasma de otro mundo.

— *be worried!*
Don't
Sólo quería saber que le pasó a usted. Precisamente a usted.

Me miraba atentamente y tenía en los ojos un resplandor cálido, dorado. «Quizá no sea tan tonto —pensé—. Pero ¡ojo! —me dije—, espera. Si aguantaste tantos años, aguantarás una semana o dos más. La guerra no ha terminado aún».

Yo ya sentía el alivio muy grande que aportarían dos palabras pronunciadas en voz alta, porque su peso se volvía cada día más insoportable. Sonreí levemente y dije en un tono lacrimoso, destinado a componer una biografía ocasional: «Oh, mi historia es muy triste, para qué volver a aquellas cosas. No quiero».

—*Poor child!* —Me acarició la cabeza, sacó del bolsillo una

chocolatina—. Pero algún día me lo contará, ¿de acuerdo?

Era chocolate con leche y a mí me gusta con leche: blando, se deshace en la boca. La última vez que había comido chocolate había sido antes de la guerra; sin embargo, no dije nada, sólo me levanté para ir a tomar la cena, en la que servían siempre patatas y carne en salsa en conserva.

Al día siguiente Mike me trajo un ramillete de grandes y oscuras violetas, y yo, en agradecimiento, le conté la biografía que venía repitiendo desde hacía tres años, que le conmovió debidamente. Hasta me sentía incómoda por seguir mintiendo, pero me consolaba la idea de que la verdad era cien veces peor.

Las muchachas del campamento estaban celosas, por las noches me preguntaban cada detalle, y quedaron muy desilusionadas cuando, pasada una semana, contesté «no» a la pregunta: «¿Te ha besado?». Y era verdad. Mike me traía chocolate (porque le había dicho que aún antes de la guerra…), me compraba helados, me llevaba cogida de la mano, y a veces, cuando nos tumbábamos junto al Rin, acariciaba mi pelo diciendo que era sedoso y brillante. Me hablaba de su casa y de la escuela donde había estudiado, del jardín que cultivaba. Todo sonaba a fábula, a lectura para niños buenos, y a veces me reía discretamente para mis adentros, sobre todo cuando hablaba de las flores y del césped recién cortado. Jamás le pregunté si en América tenía una novia —¡claro que la tendría!—, y él nunca mencionó el tema.

A veces no decíamos nada. El agua del Rin reverberaba como escamas de peces, los hierbajos crecían entre los escombros, los aviones pasaban a baja altura encima de nosotros, también eran plateados y largos como peces, pero ya no era necesario temerlos y se podían mirar sin la garganta agarrotada cómo bajaban en picado, haciéndose enormes y marcando la tierra con la sombra de una cruz negra y fría.

—Ann —decía Mike pronunciando al modo extranjero mi nombre, Anna.

—Bien…, muy bien —le contestaba yo, y otra vez en inglés—: *Very, very good, my dear*. —Pero en absoluto era *very good* y no podía ser *very good* si yo seguía mintiendo.

Aquel día volvíamos del parque, las flores de los rododendros se volvieron amarillas y arrugadas. «¿Por qué no quieres contármelo

todo sobre ti? Te aliviará…».

Yo estaba bien entrenada, y repliqué al instante:

—Si te lo conté ya…

—Pero no todo, Ann. Sé que era tan solo una parte, quizá incluso la menos importante… ¿Por qué no confías en mí?

De nuevo tenía ese brillo cálido y dorado en los ojos. Pensé: «Soy ruin y mala».

—La guerra os enseñó a ser desconfiados, y no me extraña, pero debes comprender que la guerra ha terminado ya, y que hay que aprender de nuevo a confiar en la gente, creer en la felicidad y el bien…

—Hablas como un profesor, y además dices bobadas. ¿Acaso es posible renacer así, de golpe? ¿Cambiar?… La fe en el ser humano… Oír estas memeces me da risa (quise decir «me hace vomitar»).

—Escúchame, Ann: quiero preguntarte algo.

Mi corazón golpeó con fuerza, porque así empezaban otros, para preguntar a continuación: «¿No serás judía?».

—Pregunta —dije—. Pero él no decía nada, sólo me miraba, y hubiera sido imposible no ver en su mirada la ternura y la preocupación. Yo tenía ganas de acariciar su cara, abrazarme a él, pedirle que no se fuera, decir que ya no quería estar sola, que ya estaba harta de ese desdoblamiento, esa doble vía del pensamiento.

—¿Por qué no preguntas? Estoy esperando —le dije.

Estábamos en la puerta del campo, justo a la hora de la cena, cuando una multitud de *dipis* provistos de tarteras de aluminio iban a por su ración de patatas y carne en conserva atravesando la enorme plaza que cada mañana servía de escenario a encendidos discursos y misas.

Estaba mirando a Mike, vi que le temblaba la mejilla derecha.

—¿Vendrás conmigo?

—¿Contigo? ¿A dónde? —pregunté, únicamente para ganar tiempo y tranquilizarme. Sabía perfectamente de qué hablaba.

—A dónde, a dónde…, ¡a la luna!

Pero inmediatamente se puso serio:

—Sabes lo que te estoy preguntando y sabes que… va en serio. Lo estuve pensando mucho y llegué a la conclusión de que juntos estamos muy bien, ¿verdad?

—¡Todo por piedad!, ¿no? —me reí—: una pobre víctima de la guerra, que perdió a sus padres en la insurrección, más sola que la una…

—¡Para!, es repugnante, y tú misma sabes que no es verdad. No es por lástima, es porque quiero que estés bien y estoy seguro de que juntos… No me contestes ahora. Piénsalo. Vendré pasado mañana. Entonces me lo dirás. Nos conocemos desde hace casi un mes y yo… yo deseo mucho que te quedes conmigo. Y —no soltaba mi mano— sacúdete de encima todo lo que te frena. ¿Acaso no me crees? Quisiera educarte de nuevo, enseñarte a vivir de nuevo…

Por primera vez parecía un hombre adulto y serio.

—Bien, profesor —respondí, y salí corriendo.

El «pasado mañana» llegó la capitulación y todos se volvieron locos. Estuve esperando a Mike una hora entera en el murete delante del campo. Llegó al anochecer, cuando yo ya había perdido la esperanza. «En el ejército nunca se sabe —yo argumentaba tumbada en mi catre en la habitación vacía (todas las muchachas se habían ido al baile)—, pueden haberlo cambiado de destino de repente, y *good bye!*». Yo estaba triste e intentaba recordar la melodía que él siempre silbaba, y cuyo título aún no conocía por entonces, sin éxito; intentaba entonces recordar su sonrisa y sus largas y graciosas piernas.

Me sentí muy feliz cuando entró en la habitación, pero sólo un segundo me sentí feliz, porque me acordé de que tenía que contarle todo, y aunque estaba deseando deshacerme del peso de aquellas dos palabras, el miedo se apoderó de mí, y Mike me pareció de pronto un hombre totalmente desconocido. Pero esta sensación duró apenas un breve instante, porque él dijo: «Dios mío, pareces una colegiala, casi una menor, y yo un viejo…». Y empezó a cantar la melodía del *Veltava*.

«Tan viejo y tan enamorado», así que nos reímos a carcajadas hasta las lágrimas, y, ya de camino a la orilla del Rin, me acordé de que llevaba dentro de mí ese miedo asqueroso y sentí frío aunque la noche era muy cálida.

El río ya no se parecía a escamas de peces, era oscuro y murmuraba con su corriente perezosa, desde el lado de la ciudad se oían cantos, gritos, y empezaban los fuegos artificiales.

Pensé: «¡Qué pena que tenga que aguar la fiesta de hoy! ¿Por

qué no hemos ido a emborracharnos y divertirnos como todo el mundo?».

—Ann —dijo Mike—, el día de hoy es doblemente importante, ¿verdad? La guerra ha terminado y nosotros empezamos una vida nueva. Los dos juntos. Porque conozco tu respuesta, la leo en tus ojos. Lo sé, te quedarás a mi lado.

Me besó en la boca ligera, delicadamente, sus labios eran suaves y muy dóciles.

—Michael —empecé—, pero antes de decirte que quiero estar contigo debes conocer mi verdad. Debes saber quién soy.

—¿Acaso piensas que no lo sé? Eres una pequeña perdida de la guerra. Tienes diecisiete años, pero eres una niña falta de atención y ternura.

Yo miraba al cielo del que caía la lluvia de fuegos artificiales; parecía como si desde la tierra brotaran manantiales de fuego. El agua del río reverberaba policromada, las ruinas de la ciudad se mostraban multicolores, toda la noche estaba llena de tonalidades.

—Michael —lo miré a los ojos. En ese momento era incapaz de mover un solo párpado—, soy judía.

No sé si fue porque por primera vez desde hacía tres años yo misma oía esas palabras, llevadas muy dentro tantos días y noches, o porque no vi en la cara de Mike ningún cambio, nada de lo que había temido…, pero sentí las lágrimas agolpándose bajo los párpados y abrí mucho los ojos para no llorar.

—¿Y eso es lo que me ocultabas con tanto empeño? ¿Por qué?

Yo hablaba deprisa, con la impresión de sentirme más ligera con cada palabra:

—Tú no sabes, tú no lo puedes saber. No sabes qué significaba decir: «Soy judía». A lo largo de tres años oía estas palabras día y noche, pero jamás, tampoco a solas, me había atrevido a decirlas en voz alta. Hace tres años juré: «Hasta el final de la guerra nadie las oirá de mi boca…».

»¿Acaso sabes qué es vivir en el miedo y la mentira, hablar en un idioma que no es el tuyo, pensar con un cerebro ajeno, mirar con ojos ajenos?… Michael, no es verdad que mis padres murieran en la insurrección, pero es verdad que murieron. Los mataron ante mis ojos. Estaba escondida en el armario que los alemanes se olvidaron —imagínate: ¡se olvidaron!— de abrir. Tú no sabes lo que es una

acción. No sabes nada, y yo no te lo contaré. Después, cuando salí del armario, encontré los cuerpos de mis padres en el suelo. Salí corriendo de casa dejándolos así. Ya había caído una noche mortal, sorda. Corrí al pueblo, a la casa de unos conocidos de mi padre, y ellos me dieron la partida de nacimiento de su hija Anna. Con esta partida me subí al tren y me bajé en una gran ciudad, pero en la estación había una redada —¡tú ni siquiera sabes lo que es una redada!— y me llevaron a trabajar a Alemania. Como ves, tuve suerte, raras veces la gente tenía tanta suerte, porque otros veían los cadáveres de sus padres y después también sufrían y morían, mientras que yo ordeñaba vacas, segaba el césped, sabía mentir y representar mi papel, inventar al momento, y tenía suerte porque nadie me había descubierto, y después ya hasta el final de la guerra viví tranquilamente, y sólo por las noches soñaba que estaba en el armario y que tenía miedo de salir. No, no te diré más. ¿Para qué te lo he contado? Hoy es una noche tan alegre, y yo la estropeé del todo…

¡Tanta tristeza había en sus buenos ojos! No dejaba de acariciar mi mano, y yo no quería que dejara de hacerlo. Deseaba dormirme, me sentía como después de un parto que trae un dolor y un cansancio sanos.

—¿Y cómo te llamas de verdad? —preguntó.

—Klara.

—Klara —repitió—. Para mí seguirás siendo Ann.

Encima de nosotros el cielo era dorado y rojo, se oía el silbido de los cartuchos y unas estrellas rojas caían sobre el río. Incliné la cabeza, oí una maravillosa música: el latido de un corazón humano.

—Haré todo para que olvides esta pesadilla, mi amor. Y la olvidarás —dijo tras un instante de silencio—. Eres jovencita, ya verás, eso quedará cubierto por el tiempo, como la hierba cubre la tierra. Sólo tienes que prometerme una cosa: que serás Anna, y no solamente de nombre. Así será mejor, créeme.

Sentí frío en las puntas de los dedos.

—¿Para quién? —pregunté gritando, porque, de pronto, me pareció que el ruido del río era ensordecedor y que mis palabras se perdían en ese fragor.

—Para ti, para nosotros. El mundo es… extraño. Ann, será mejor que nadie excepto yo sepa lo de… Klara.

—Michael, tú también…

—Ay, niña, no es cosa de antisemitismo. No tengo prejuicios: simplemente así será más fácil. Te evitarás muchos problemas, te quitarás ese lastre de recuerdos más fácilmente. ¡Has sufrido tanto, ya! Es mi preocupación por ti, y no los prejuicios, la que me dicta las palabras. Si ya lo has hecho una vez…

El río seguía murmurando, pero era el río que fluía dentro de mí.

—Si no quieres, no insisto. Tú decides. Pero, créeme, por experiencia: será lo mejor para ti.

Con sus labios tocó mis cabellos, en el reverberar de un fuego artificial descubrí inquietud en sus ojos. Yo estaba fría, y de nuevo era incapaz de llorar.

—No hablemos más de eso, no importa —dijo él con voz implorante—, la noche de hoy, la noche de la capitulación…

No terminó. Oh, no era tonto en absoluto.

Sacudí la cabeza en silencio. Quizá no hubiera advertido ese movimiento, no lo habría comprendido.

El agua del río ardía con el fuego de la victoria y en el aire puro de la noche de mayo se oía nítidamente la canción que daba la bienvenida al final de la guerra.

XXI
EL DÉCIMO HOMBRE

El carpintero Chaim fue el primero en volver. Llegó al anochecer del lado del río y el bosque, nadie sabía dónde ni en casa de quién había estado. Aquellos que lo vieron caminando por la orilla no supieron, en un primer momento, quién era ese hombre. Porque ¿cómo iban a saberlo? Antes era alto, de anchos hombros, ahora encogido y seco, con la ropa hecha jirones y, lo más importante, sin rostro. El carpintero Chaim no tenía cara; estaba cubierta de una frondosa barba, una maraña de rizos negros. No se sabe cómo averiguaron que era él. Observaban desde lo alto, desde la cuesta junto al río, cómo caminaba pesadamente y cómo, al acercarse a las primeras casas de la parte baja de la ciudad, se detuvo y empezó a cantar. Pensaron que se había vuelto loco; sólo uno de ellos, el más entendido, se dio cuenta de que no era una canción, sino una oración judía, cantada en una sola nota, semejante a un llanto, que antaño se oía las tardes de los viernes desde la centenaria sinagoga, después quemada por los alemanes. La sinagoga estaba situada en la ciudad baja, toda esta parte de la ciudad antes era judía, también cuando los alemanes, y nadie sabía cómo sería ahora que faltaban los judíos. El carpintero Chaim fue el primero en volver.

Sobre la pequeña ciudad aún pendía el vaho oscuro del incendio extinto, el hedor se mantenía colgado en el aire, las nieblas grises se tejían sobre la plaza del mercado quemada por los alemanes.

Al anochecer, cuando la noticia se había extendido, ante la casa de Chaim se reunió bastante gente, unos para darle la bienvenida, otros para mirar y otros para comprobar si era verdad que alguno de ellos se había salvado.

El carpintero estaba sentado en los escalones de su casa, la

puerta estaba tapiada. No contestaba a preguntas ni saludos. Dijeron después que, en el bosque, en su rostro brillaban ojos que no veían, como de un ciego. Permanecía sentado, mirando a lo lejos, sin ver a nadie. Una mujer le puso delante una fuente de patatas, y a la mañana siguiente se la llevó intacta.

Cuatro días después volvió el siguiente. Era el administrador de la granja vecina, que había sobrevivido gracias a la ayuda de su contable. El contable lo trajo en su carro, a pleno día. El anciano estaba recostado sobre gavillas de paja que lo sujetaban. A diferencia del carpintero, tenía la cara muy blanca, lo que parecería muy raro en un hombre que hubiera vivido tanto tiempo al aire libre.

Al bajar de la carreta el administrador se tambaleó y cayó al suelo, lo que se atribuyó no tanto a su debilidad física como a la conmoción. Realmente podría pensarse que besaba el umbral de su casa dando gracias a Dios por su salvación. El contable lo ayudó a levantarse, y ofreciéndole su hombro lo introdujo en el vestíbulo.

Después, durante una semana no volvió nadie. La ciudad esperaba en tensión, la gente tejía conjeturas y pronósticos.

El hedor a quemado cedió a la presión del viento y los días se volvieron nítidos, la primavera estalló súbitamente, era lo propio para la primera primavera en libertad. En los árboles brotaron los capullos. Volvieron las cigüeñas.

Pasados diez días volvieron tres: el vendedor de tejidos y dos comerciantes de trigo.

La aparición del vendedor desencadenó un cierto desbarajuste en las conjeturas y pronósticos habituales, dado que todos sabían que lo habían llevado «allí, de donde no se volvía jamás». Parecía el mismo de antes de la guerra, quizá algo más gordo. Contestaba a las preguntas con paciencia, sonriendo. Saltó del transporte a Bełżec y se escondió en la aldea. No quiso decir en qué aldea ni en casa de quién. Tenía en la cara la misma sonrisa de antes de la guerra, cuando estaba detrás del mostrador vendiendo cretonas y percales. Esa sonrisa no abandonaba nunca su cara, y sorprendía a todos en un hombre a quien no le quedaba nadie de la familia.

Los comerciantes de trigo durmieron tres días y tres noches como muertos. En el suelo, con la puerta abierta, como si el sueño los hubiera derrumbado nada más cruzar el umbral de la casa. Sus

botas altas estaban cubiertas de una gruesa costra de barro seco, sus caras estaban hinchadas. Los vecinos los oían: de noche gritaban en sueños.

Los comerciantes aún estaban durmiendo cuando volvió la primera mujer, a la que nadie reconocía. Sólo cuando consiguió llegar a la casa del maestro y empezó a sollozar desesperadamente, comprendieron que era la mujer de éste. Lo comprendieron, pero no la reconocieron, por lo bien que se ocultaba bajo el disfraz de mendiga. Mendigaba delante de iglesias católicas y ortodoxas, andaba de feria en feria adivinando el futuro en las manos. Era su escondite. Bajo el pañuelo a cuadros asomaba el ajado rostro de una campesina. Le preguntaban con asombro: «¿Es usted?». «Soy yo», respondía ella con su voz grave y áspera. Sólo la voz le había quedado como antes.

De modo que ya eran seis. Los días pasaban, los jardines se llenaban de verdor. Son cautos —decía la gente—, esperan que arranque el frente. El frente llevaba ya mucho tiempo sin moverse y en silencio, lo que auguraba una gran ofensiva.

Pero incluso cuando arrancó la ofensiva y el frente, de golpe, se trasladó muy lejos al oeste, volvieron sólo unos pocos.

La carreta trajo al médico, que durante nueve meses había estado tumbado en un hueco cavado bajo el establo de su paciente, una campesina, y aún no era capaz de caminar. Desde el búnker escondido en el bosque volvió el contable con su hijo y el peluquero con la mujer. El peluquero, que antes destacaba por su melena pelirroja, estaba calvo como una bola de billar.

Cada día, al anochecer, el vendedor de tejidos salía de casa en dirección a la estación de tren. «Hoy vuelve mi mujer», explicaba a los que le preguntaban. Los trenes no circulaban todavía.

El administrador de la finca, un hombre piadoso, pasaba cada vez más tiempo junto a la ventana. Esperaba al décimo hombre para celebrar las oraciones por los asesinados lo antes posible en las ruinas de la sinagoga.

Los días corrían y corrían, perfumados y claros. Empezaron a circular los trenes.

La gente de la ciudad dejó de trenzar conjeturas y pronósticos. La cara pálida como una oblea del administrador se dibujaba cada vez menos tras de la ventana.

Sólo el vendedor de telas no abandonaba sus caminatas a la estación de tren. Allí permanecía, paciente, con una sonrisa en la cara. Ya nadie le hacía caso.

XXII
La astilla

La muchacha puso la mano sobre su hombro, una mano cuidada, menuda, con las uñas como flores pintadas de color rosa.

—Ya basta, querido. Me has prometido… Caminaban por un sendero empinado de las tierras montañosas del país vencido, tierras de aspecto pulcro y alegre, porque no habían sido arañadas por la guerra. Especialmente preciosas se les antojaban las praderas cubiertas de hierba densa, no segada desde hacía tiempo, abigarradas por la variedad de flores, rumorosas con la música de los grillos. Ese año el verano llegó antes que de costumbre; apenas empezado el mes de junio, el aire ya estaba saturado de aroma de tilos.

Ambos eran muy jóvenes. Iban de excursión. Cuando la muchacha dijo «basta», el muchacho calló azorado, pidió perdón con una sonrisa y dijo en voz baja:

—Pero, sabes, hay que contar todo esto hasta el final. Y como yo sólo te tengo a ti, a nadie más… Esto es como una astilla clavada profundamente y que hay que sacar para que la herida no se llene de pus, ¿entiendes?

—Lo entiendo, lo entiendo, pero no se puede siempre… infinitamente… siempre sólo aquello. Y tú, desde… —aquí vaciló, porque se conocían hacía apenas una semana— desde hace varios días no dejas de hablar de ello. Yo… por tu bien… Pero si consideras que así es mejor…

Abrió sus bonitos brazos en un gesto de impotencia y se rindió.

—Qué bonito es todo esto —dijo el muchacho—, ha sido una buena idea salir de excursión. Fue tuya. Deberías siempre tener buenas ideas; yo aún no sirvo para nada.

—No te preocupes. Yo al principio pensaba que ya nunca sería capaz de sentir alegría por un vestido bonito —se rió ella.

Llevaba un vestido claro, abigarrado como la pradera.

—¿Tú? Tú sí que has tenido mucha suerte. Has pasado por todo en el campo, alimentando gallinas…, no, no te enfades, de verdad que es una suerte enorme, y por eso eres tan preciosa y tranquila y tanto te necesito. ¡Qué piernas más bonitas tienes! Quisiera pintarlas algún día. Tengo que hacer el bachillerato y estudiar. Siempre quise pintar. Siempre, es decir, antes de la guerra. Pero entonces tenía trece años…

El sol se apagó cuando entraron en el bosque; era espeso, las coníferas parecían colocadas en filas como soldados, el manto de hojas caídas cedía suavemente bajo los pies.

—Entonces —dijo la muchacha— por la noche iremos al cine. O a bailar. ¿De acuerdo?

El muchacho se agachó, cogió una piña del suelo, la olió.

—Descansemos un poco —dijo.

Se recostaron en el suelo, de cara al cielo limpio, de color azul pálido, suspendido encima del bosque.

—Mi madre estaría muy feliz —dijo él.

Tenía los párpados semicerrados, las largas pestañas subrayaban el tono gris de su rostro. Esperó un momento, pero la muchacha no preguntó «¿por qué?». De modo que continuó hablando:

—Estaría muy feliz si supiera que yo estoy aquí, tumbado en el bosque, con la muchacha que amo, que estoy tumbado en un día precioso y alegre y ningún peligro me amenaza. Porque seguramente ella pensaba en esto, entonces…

De nuevo calló. La muchacha yacía inmóvil, con las manos debajo de la cabeza, mascando una brizna de hierba.

—Lo de mi madre fue lo peor —dijo él pasado un instante—. Peor que el búnker en el bosque cuando durante una semana me alimenté de hojas y raíces (¿te acuerdas?, ya te conté), peor que las palizas en el campo. Tus manos son como las de mi madre. Era muy guapa. Vivíamos en una habitación pequeña y sucia, mi padre ya estaba en el campo de concentración, y no teníamos nada que comer. Pero mi madre seguía siendo guapa y alegre y jamás delante de mí mostraba que tenía miedo. Porque yo tenía un miedo atroz. Ella también, yo lo sabía; a menudo, de noche, me despertaba su

llanto ahogado; entonces me quedaba calladito como un ratoncillo para que pudiera desahogarse en soledad. Antes de que pasara lo que te voy a contar, mi madre lloraba de noche con menos frecuencia, porque íbamos a conseguir papeles y pasar al otro lado. Entonces era yo quien no conseguía dormirme, tanto miedo tenía de que los papeles no llegasen a tiempo, que se retrasasen. Ella estaba tranquila, me enseñaba diferentes oraciones, y cómo santiguarse, y los villancicos, porque la Navidad estaba cerca. Aquella noche tampoco dormí. Oí cuando entraron en el portal, pero el miedo me quitó el habla, yacía paralizado sin poder gritar «mamá». En la planta baja se oyeron lamentos; golpeaban… Grité sólo cuando ya estaban subiendo la escalera… ¡Cómo crujían las escaleras!… Aún hoy oigo ese crujir… Es ridículo, ¿verdad?

Calló, se quedó escuchando un rato. Sopló una ráfaga de viento y algunas piñas cayeron de los árboles. El ambiente era caluroso como antes de una tormenta.

—¿Cómo lo hizo? No lo creerías; en unos segundos. Muchas veces, después, lo pensé. Seguramente ella venía meditando ese momento, con tanta rapidez y destreza como actuó. Saltó de la cama, de un solo gesto recogió las sábanas y las guardó en el cajón de la cómoda, en un segundo recogió la cama plegable en la que dormía y la metió detrás del armario. Después me agarró de la mano y me empujó al rincón detrás de la puerta, que abrió de par en par, como en un gesto de invitación, antes de que ellos la golpearan. La pesada puerta de roble me aplastó contra la pared y me ocultó. En la habitación había una sola persona y una sola cama. La oí preguntar en alemán: «¿De qué se trata?», con una voz tan tranquila como si le hablara al cartero. Le dieron una bofetada y la obligaron bajar, tal como estaba, en camisón…

Respiró hondo:

—Es casi todo. Casi…, porque, ¿sabes?, cuando mi madre me empujó contra la pared con la puerta yo, sin saber cuándo, agarré fuerte el tirador y lo sostuve con fuerza, aunque de todas formas no se hubiera cerrado sola; era una puerta muy pesada y el suelo era desigual.

El muchacho calló, espantó una abeja. Dijo aún:

—Daría mucho por borrar ese… tirador… —y añadió sonriendo, con una sonrisa de disculpa—: Debes tener mucha paciencia

conmigo, querida, ¿de acuerdo?

Con un movimiento lento se dio la vuelta y miró la cara de ella. La muchacha era preciosa, ligeramente sonrosada. Entreabrió sus cálidos labios y respiraba tranquila y compasadamente. Estaba dormida.

XXIII
La hermana de Henryk

Hacía una hora que había llegado a la ciudad, que es enorme, próspera y totalmente desconocida; hacía cuatro horas que había colgado el auricular del teléfono en una pequeña taberna muy arriba en la montaña, una localidad de tercera con un glaciar de tercera que suele estar velado por la niebla que con demasiada frecuencia se posa sobre la aldea situada en un valle profundo y estrecho. A lo largo de dos semanas evitaba escrupulosamente el aparato negro sobre la barra al lado de las botellas de sidra. Hoy, a un día del retorno, y es un retorno a través de muchas fronteras, sucumbí a la debilidad, me temblaban los dedos apresados en el disco del teléfono, me temblaba la voz al pronunciar el apellido. Las dos llevamos el mismo.

¿Por qué no dije?: «Venga a S., tres horas de viaje en tren, hay aquí una sola taberna, el hotelito está vacío, el dueño se llama Michel, desde las ventanas del comedor se ve un glaciar de tercera cubierto de niebla o de nubes, es una triste aldea de un país próspero, pocas veces visitada. Los autocares paran sólo un momento, los turistas con el rabillo del ojo miran la cumbre cercana, se beben un vasito de sidra y continúan su viaje hacia otros pueblos más pintorescos y alegres, que los hay, y muchos». A mí también me había traído un autobús; era un día lluvioso, ni rastro del glaciar; y me quedé. Michel me cuidaba, yo era su único huésped. Dormía mal, el saber su presencia en la ciudad situada a tres horas de viaje en tren me quitaba el sueño, sospecho que sólo por eso elegí este país, no, no fue por usted, fue por Henryk.

—Venga usted aquí, —debí haberle dicho—, nos sentaremos en el banco al lado de la ventana, junto a la enorme y deforme mesa

campestre; por supuesto, un recuerdo: la última época la vivimos en un pueblo.

—No, mejor en una cafetería, en la ciudad…

Michel me miró fijamente: ¿habré gritado?

—Y una cafetería pequeña, apartada.

—¿Qué significa apartada? —preguntó.

—Para que sea silenciosa y con poca gente.

—De acuerdo, en la cafetería Bel, junto al lago, en esta época del año está vacía; pero ¿cómo la reconoceré?

La risa se me atragantó, pero no dije: «¡Pero si erais mellizos!». Dije: «Llevaré violetas en la mano», y añadí inmediatamente: «Así que a las ocho». Colgué el auricular, y sin alejarme del teléfono, pensé: «¿Y si la llamo y lo anulo todo?».

—*Ça va bien, madame*? —preguntó Michel; sin haber entendido ni una palabra de la conversación comprendió que había pasado algo malo—. ¿Y para qué? Después de tantos años…

Me senté junto a la ventana. Una excursión de niños encapuchados volvía a la estación. Lloviznaba. Pedí un vaso de leche caliente. «*Ça va mieux?*».

En esta parte del país se habla francés, es aquí donde debería reunirme con la hermana de Henryk. El idioma, igualmente, tiene un papel en nuestro encuentro. «*Sie wünschen bitte?*». Preguntará el camarero en Bel. «*Sie wünschen? Hände hoch, du Sauhund, du Dreck, zweimal Kaffè bitte*». El aroma del *espresso*, el reverberar de los luminosos, desmenuzando el pastel con un pequeño tenedor…, la risa.

La ciudad es clara, camino entre la multitud por la calle principal, recta y ancha. Aquí también llovizna, en todas partes se balancean los tensos copetes de los paraguas, pegados unos a otros, con sus varillas finas, el cielo sobre la ciudad es de nailon y de muchos colores, las copas de los árboles crecen por encima, y aún más arriba está el cielo verdadero, gris y nuboso. En la desembocadura de la calle está el lago; lo sé, había mirado el plano de la ciudad. Sería bueno torcer hacia una de las calles perpendiculares, hacia el interior de la ciudad vieja, con sus casas de patricios junto al canal del río, ornadas con el maquillaje de los focos. ¿Por qué la llamé? Tenemos derecho a exigirle detalles, nos lo debe, al menos esto, ahora, cuando… Rompí todas las cartas en

vano, la memoria conserva cada palabra, igual que entonces lo había intentado en vano, corría, porque estoy aquí, viva. Pasé por delante de tres floristerías, sus interiores estaban saturados de una suma de aromas, suma de colores, semejaban altares; al pasar cerca de ellas entrecerraba los ojos, ralentizaba el paso a propósito para retrasar el encuentro con la siguiente. La lluvia cesó, el cielo de nailon desapareció, adquirió la forma de dagas multicolores colgando de las manos. Entré en la cuarta floristería y pregunté: «Lo sentimos, *gnädige Frau*, no tenemos violetas, ya no es temporada, ya hace tiempo»; la vendedora, con un ajustado vestido negro, me ofrecía su sonrisa servicial y un ramo de rosas: «¿Tienen que ser violetas?». No, me decía siguiendo el camino, no es temporada, crecían bajo la ventana de nuestro dormitorio, bajo la ventana que… En la primera farmacia que vi me tomé una pastilla; ojalá ya se hubiera terminado, ¿cómo se lo diré?, ¿lo diré? Nos trasladamos al campo, Henryk trabajaba en el bosque, estaba muy moreno, nadie nunca le había preguntado quién era, sólo un domingo, dos meses después de nuestra llegada, un domingo, muy temprano por la mañana, aún estábamos durmiendo… El semáforo está en verde, cruzo la calle, a la otra acera. Esto no cambiará nada, en todas partes me espera lo mismo, de este o del otro lado, no cambiará nada, simulacros de la huida que no puede ser. Ya anochece, son cerca de las ocho, no podré detener el tiempo, pero puedo controlar mis pasos, por eso sigo adelante, ¿por qué navego entre la multitud de la tarde noche hacia el lago? Llega más aire, la calle se ensancha y percibo la cercanía del agua…, cuando de pronto oímos golpes en la puerta, la casita tembló y el cuadro —paisaje con dunas y una gaviota— cayó de la pared (me reía cuando me decían: «Protégete de los cuadros que caen»), el cristal se convirtió en miles de pedacitos, cayó un breve silencio, y otra vez golpes en la puerta, la casucha tembló. Henryk se levantó de un salto…

«*Bitte zwei*…». Dos ramitos de violetas, los echaré al lago, tienen un aroma algo agonizante, su temporada ya ha pasado, son diminutas y como mal hechas.

… Se levantó de golpe de la cama, abrió los brazos, pensé que abría las contraventanas, la luz del día inundó la habitación y los pedacitos del cristal roto del paisaje, y saltó por la ventana…

He aquí el lago: qué pintoresco. El agua tiene color azul marino,

mi color preferido, la ola en la orilla chapotea, mece las barcas. Ya veo Bel, iluminado, tan cerca, demasiado cerca, me quedan apenas unos minutos, el golpeteo de los tacones en la acera suena descompasado, unas veces fuerte y otras débil (corro cojeando).

Sofocada, me paro junto a la cerca verde, la casa rústica tiene diez mesitas pequeñas que no ocupa nadie, hace demasiado frío para tomar café al aire libre; detrás del gran cristal, en cambio, en la luz atenuada, en el interior aterciopelado pasado de moda…

Un laborioso recorrido por las caras femeninas, lisas y mates bajo las pirámides cardadas de los peinados, los labios, finos y gruesos, ojos alargados, redondos y saltones, minuciosamente busco a mi presa: el rostro de la hermana de Henryk… Zigzagueo con la mirada entre las mesas, a lo largo de las paredes, el chasquido de las cucharillas, el aroma del café, la calidez, la seguridad.

No, no sabía que dolería tanto, literalmente: un dolor en el corazón y una falta de aliento. La hermana de Henryk está sentada al fondo de la sala, junto a la ventana. No, no es ella, es Henryk disfrazado de mujer, en broma, para reírse, con un traje de *tweed* y las uñas de sus bellas manos de color carmín. Es suya la frente alta y prominente, la tallada nariz típica de judíos y montañeses, es la encarnación de Henryk, su bella hermana. Mi risa suena burlona y es respuesta a la suya que no puedo oír, separada por una placa de cristal, que, sin embargo, estoy viendo, plena, alegre; no está sola, está acompañada de un hombre, lo contrario a Henryk, rechoncho, bonachón, quien, en ese instante, quizá para acallar la risa, posa su mano regordeta en la de ella, repleta de anillos. Me río. Ellos allí, detrás del cristal, y yo aquí, junto a la cerca verde. Me río aunque debería estar seria y concentrada en este momento e incluso agradecida al destino por permitirme ver una vez más los rasgos de Henryk. Eso es mucho. Desde hace años los esfuerzos más potentes de la memoria no son capaces de evocar su cara. No tengo fotografías, y la última imagen borró todas las demás. Cuantas veces trato de evocarla, resurge el momento del jardín, uno de los más cercanos después del salto por la ventana, el último. La casa estaba rodeada. «*Hände hoch, du Sauhund, du Dreck*» (ay, «*Hände hoch, gnädige Frau, Hände hoch bitte schön, Hände hoch zweimal Kaffee*»), «Espérame», grité encaramándome a la ventana y volviendo a caer, y ya corría detrás de él: «Estoy aquí, espérame». No sé si oí mis

propios gritos o quedaron tapados por el silbido agudo, dado que inmediatamente después Henryk cayó, y yo seguí corriendo hasta que otro silbido y un dolor me alcanzaron también a mí y me sumergí en una cálida ola que se iba oscureciendo más y más…

De modo que debería estar agradecida al destino por poder ahora mirar su cara viva, sonriente, a través del cristal, a una distancia de veinte metros, ¿qué importa si es femenina? Está inquieta, mira hacia la puerta, claro, ya son las ocho y diez, debería haber aparecido ya, estar sentada sobre el terciopelo verde detrás de la pequeña y frágil mesa, comiendo un pastelito crujiente. «Es la mujer de Henryk, ¿sabes?, mi hermano, ese que no quería, con nosotros… No, eso no lo dirá en mi presencia, pero lo dijo muchas veces, en diversas circunstancias: se quedó por su culpa, no quería huir con nosotros, mi madre le suplicaba, pero él no quiso. Después de la guerra nos escribió una sola tarjeta postal: los alemanes mataron a Henryk en 1943. Mi madre se desmayó. No contestaba las cartas. No comprendemos su silencio, no comprendo su silencio —así que deduzco que su madre ya no está—, tenemos derecho… el derecho de conocer detalles, quiero saber…».

Yo rompía todas las cartas, la memoria conservó todas las palabras, también las últimas, abiertamente crueles: «Murió por su culpa». Siempre estaban presentes, en cada carta, también cuando no figuraban en el papel, pero allí estaban, están y estarán, y estarían aunque ella y sus cartas no existieran. «Es la mujer de Henryk, mi hermano que murió». «¿Quiere beber algo? ¿Café?». «Por favor…». Me juzgarán con sus sonrisas educadas, mirarán mi mano desfigurada por la señal de una bala que entonces, cuando corría, no me había atravesado el corazón. Podrán averiguar la huella de la otra bala, en la cadera, por mi manera de andar: renqueo…

Volví en mí en silencio, una mosca estaba plantada sobre mi cara, delante de mis ojos estaba la puerta de la casa abierta de par en par, Henryk volverá enseguida, fue la primera idea tras recuperar la conciencia, yacía inerme, y sobre mí el cielo pulcro de julio. Lo esperé mucho tiempo, defendiéndome de las oleadas de oscuridad cálida que iban y venían, sólo cuando el sol alcanzó mi cara conseguí girar la cabeza un poquito.

Lo vi poco, en una perspectiva que no desecharía el mejor

fotógrafo, las enormes piernas estiradas sin tiento, los pies descalzos apuntando hacia arriba, y después… después… Están nerviosos, el movimiento de la mano regordeta apartando la manga, una mirada al reloj… Un cigarrillo. Así que me están esperando. Una polvera en la mano de Henryk, la inclinación de la cabeza en el espejo, el suave toque en la nariz con un pincel. Es bella…

Me arrastré dificultosamente y gimiendo, ya sabía todo, tampoco escaparon a mi atención dos moscas en el dedo gordo del pie derecho, ellas me brindaron la verdad, me despojaron de la esperanza. La hierba debajo quedaba húmeda cuando avanzaba arrastrando la pierna inmóvil, gritando su nombre, era inalcanzable y lejano, el último metro me arrastré gritando. Él no tenía rostro…

***

Se levantan, queda poco tiempo; mírala bien, llévala contigo, recuérdala. Ella se abotona la americana, mira en derredor, está amoscada. ¿Por qué antes reía? ¡No debería reírse! Ahora dejarlos salir, retroceder unos pasos, eso es todo. Salen. Ella tiene un bonito andar.

—¿Quizá llame una vez más? No logro entenderlo. —Frunce los ojos dirigidos hacia el lago, ¿acaso creerá que surgiré del agua? El hombre rechoncho la coge del brazo. ¡Llamar! Podría mirar hasta la saciedad la cara de Henryk, mi garganta está seca, clac, clac, los finos tacones resuenan sobre la acera, la daga del paraguas al costado. No tenía cara. Ya no los alcanzaré, aunque me arrastrara como entonces, aunque me arrastrara, no veré su cara. La mano enhiesta del hombre para un taxi. Se fueron.

Mi hotel está junto al río, un edificio estrecho de varias plantas. El portero me entrega la llave, pregunta servicial si quiero que me despierte temprano.

—*Nein, danke* —contesto.

En la habitación enciendo la lámpara, me siento sobre la cama. Con un vaso de agua templada del grifo engullo las pastillas para dormir compradas en la farmacia. Esperando el sueño intento recordar la cara de Henryk. Pero tampoco ahora Henryk tiene cara.

XXIV
EL REFUGIO

Aquel verano tomé una ruta diferente de la que solía tomar. Era una línea secundaria, dividida en transbordos, el tren de pasajeros se arrastraba perezosa y ruidosamente por el paisaje monótono, raras veces rozando bosques, parando cada dos por tres en pueblos y ciudades cuyos nombres ni me sonaban. Después de una hora de viaje maldecía la desafortunada ocurrencia. Intentaba dormir, intentaba leer, me exponía al sol como un gato y mataba el aburrimiento con cigarrillos, una manera de hacerlo tan dañina como ineficaz.

El tren estaba vacío. Casi nadie viajaba por esos lares, y si ya por fin subía alguien, eran las mujeres campesinas con sus enormes pañuelos blancos llevando al mercado cestas abombadas que olían a nata y a leche, que subían en una estación para bajarse en la siguiente. En el pasillo un grupo de hombres discutían ruidosamente sobre el resultado del partido del domingo —al parecer el portero había fallado—. El revisor dormitaba.

Precisamente nos deteníamos en una de las diminutas estaciones —dos postes y un tablón de madera con el letrero, probablemente el pueblo estaba situado lejos de la vía— cuando vi a un hombre y una mujer subiendo al tren. En la ciudad no hubieran atraído mi atención, pero aquí, en pleno campo… Ella, de belleza cuidada, vestida con un traje sencillo pero de corte muy selecto, zapatos bajos, finos, que envolvían el pie como un guante. El hombre era un poco mayor, con las sienes ya sembradas de canas, alto, delgado, de rasgos afilados. Se echó el abrigo descuidadamente sobre el hombro. Llevaban una maleta y un enorme y exquisito bolso de viaje.

Me asomé por la ventana —no se veía nada más que avena, centeno, trébol rojo, un fino trazo del camino campestre en el que estaba dando la vuelta un carro de caballos, llevando tras sí una cola de polvo gris—. Parecía como si ellos hubieran venido en ese carro. ¿De dónde? ¿De casa de quién? A la legua se presentía en ellos la gran ciudad desde generaciones, y apostaría lo que fuera a que no volvían de visitar a la familia.

Entraron en mi compartimento; era el más próximo a la puerta. El hombre colocó el equipaje en el estante, ayudó a la mujer a quitarse la chaqueta. Parecía más joven, más niña, con la blusa cuyo color blanco subrayaba el de sus ojos: ojos que lloraban. Se sentó en un rincón, no junto a la ventana, aunque estaba el asiento libre, y cogió la mano del hombre con gesto asustado, como buscando apoyo. Pero ¡qué clase de apoyo podía recibir, si el cigarrillo en la mano de él temblaba exageradamente!

El tren dibujó un suave arco, desde la proximidad del bosque saltaron unas casitas repartidas alrededor del río; aparecieron de pronto, y de pronto volvieron a desaparecer detrás de la oscura masa de árboles.

«Calla, calla», oí las palabras pronunciadas en susurro, me giré y vi que la mujer estaba llorando. Lloraba en silencio, sin hacer ruido, las lágrimas caían por sus mejillas como pequeñas bolitas redondas. Era un llanto lastimero y el hombre repitió mecánicamente: «Calla, calla», como a una niña. Después me miró a mí, se inclinó sobre ella y dijo en un susurro más que claro: «Dé-ja-lo ya».

Ella no podía dejar de llorar. Ahora lloraba en voz alta, con la cara oculta entre las manos.

—Es una crisis momentánea —el hombre se dirigió a mí—, se le pasará enseguida… Recuéstate, querida —ahora le hablaba a ella en un tono ligeramente impaciente, la palabra «querida» sonó áspera —, y, ¿sabes?…, ríete de todo eso…

—¡¿Reírme?! —exclamó ella.

En su exclamación resonaba una amargura verdadera y profunda. Pensé: «No podrá reírse. Ella tiene razón». Me levanté, había que dejarlos solos. Bajé la maleta del estante, dispuesta a irme, cuando él dijo:

—No, no… Quédese, por favor, es mejor, no nos deje solos.

Me sentía turbada, sin saber cómo actuar.

Cogí el libro, pero él, por lo visto temiendo el silencio, inmediatamente preguntó:

—¿Puedo saber qué está leyendo?

Mencioné el título. Sí, lo conoce. «Tiempos de la ocupación, ¿no es así?». Ambos se rieron al unísono, y aunque su risa no era nada buena, no pude ocultar mi asombro.

—Trastornaron al hombre, y tanto… —dijo finalmente él—. ¿Usted dónde estuvo, entonces?

—En un campo.

—Nosotros en un refugio. Aquí, en esta zona, en el pueblo donde subimos al tren.

—Sí —contesté—, lo comprendo. No resulta fácil volver a aquellos tiempos con el pensamiento, y aún más difícil tal como han hecho ustedes… Comprendo su angustia.

La voz de la mujer de pronto sonó muy alta:

—¡No es eso, señora! Se equivoca…

Empezó ella. Hacía una semana habían recibido una carta de sus tíos, los invitaban a un cumpleaños y para inaugurar su nueva, recién construida casa. Los tíos —así los llamaban y así quedó— eran aquellos que los habían acogido bajo su techo en 1943. Habían dado con ellos por casualidad. Después de semanas de deambular por el bosque, cuando en las mochilas ya faltaban tostadas y cebolla, las piernas estaban hinchadas y el otoño había barrido las bayas de arándanos, llamaron a la puerta de la primera casa.

Era al anochecer, y una mujer aún joven, fornida, estaba con sus quehaceres en el cuarto.

—¿Y vosotros, qué…? —preguntó. No supieron qué contestar. ¿De verdad se trataba sólo del pan?—. Aaah, sí… —Los miró con atención, su aspecto salvaje—. ¿De dónde vienen?

No contestaron. En el hornillo de la cocina hervía leche en una cazuela. Miraban la leche. Ella se acercó —grande y pesada—, y aún desconfiada, les sirvió un poco. Sorbían la leche como perros. Después les dijo que se fueran.

Se quedaron parados, así que repitió: «Rápido, idos, no sea que os vea alguien…».

Ella los echaba y ellos seguían clavados en el sitio…

El tren chirrió, frenó, la mujer calló. Su marido secó la frente rociada de sudor, se levantó, cerró la ventana, volvió a abrirla.

Desde el pasillo llegaban las voces de los que subían. Un hombre con un niño en brazos abrió la puerta del compartimento y retrocedió diciendo: «¡Menuda peste a tabaco! No es para nosotros, hijo…». «¡Listo!», gritó el revisor. Bajo las ruedas retumbó el puente, la pequeña ciudad era silenciosa y como muerta. Un momento después entramos en el bosque.

—No podíamos irnos —siguió la mujer—. Estábamos mareados por el calorcillo, queríamos dormir. Yo pensé: «Es una buena mujer, nos dio leche», de modo que, cuando se acercó enfadada e impaciente para echarnos, cogí sus manos y pedí con palabras que sólo entonces no se ocultaron detrás de la vergüenza. En mis manos con heridas por las ramas del bosque sentía sus dedos secos y fuertes, y le imploré como un creyente le pide a Dios. Si los dedos se ablandaban, se ablandaría también el corazón. Abrió la puerta de una especie de despensa y dijo: «Esperad hasta que vuelva mi marido».

»Nos desplomamos sobre los sacos.

»Esa misma noche Olek tuvo una larga conversación con el dueño. El dinero que teníamos bastaría para dos, tres meses de nuestra manutención. No era nada. Pero nos comprometimos —si sobrevivíamos— a pagar la construcción de una casa nueva. Vivían en una choza medio derruida que olía a pobreza en cada rincón. Nos aceptaron. Esa primera noche bajo techo, el primero desde hacía semanas, lloramos como niños.

»La noche siguiente el dueño empezó a hacer un refugio. De joven había aprendido algo de albañilería, de modo que lo hizo muy rápido. Era un escondite de cemento situado en el sótano, muy justito, en el que apenas cabían dos personas. Pero bajábamos allí sólo cuando alguien venía de visita o cuando los alemanes estaban en el pueblo. Normalmente, de día estábamos sentados en la despensa, y al caer la noche, cuando la puerta estaba cerrada, en el cuarto. Olek jugaba a las cartas con el dueño, leíamos libros en voz alta. Sólo hacia el final de la guerra, cuando el ejército acampaba en las proximidades, no salimos del refugio durante dos meses. Esos dos meses fueron muy duros. Yo estaba mal de las articulaciones, pero eso no era lo más importante…, allí no nos podíamos tumbar. Estábamos permanentemente sentados. Hacíamos juegos de “geografía”: todos los ríos que empiecen por “A”, las ciudades con

“B”, nos examinábamos mutuamente de vocabulario en latín. Después ya ni siquiera sentíamos hambre. Siempre sentados. Más de una vez los alemanes durmieron en la casa, oíamos sus pasos, bajaban al sótano, estaban al lado, detrás de una delgada pared oculta tras las patatas. El día que los dueños bajaron y dijeron: “Se acabó”, no fui capaz de alegrarme… Después, durante mucho tiempo, ambos estuvimos enfermos, y más que enfermos, porque el dueño, que nos visitaba en el hospital, mirando a Olek le dijo: “Se acabó mi casa…”.

»Y después empezamos todo de nuevo, éramos pobres, desharrapados, y si no fuera por mi marido…».

—¿Qué hacer? —intercaló el hombre—. Me puse a trabajar y poco a poco todo se puso en orden. La primera cantidad ahorrada se la mandé a los tíos. Y así, a lo largo de tres años, cada mes… Venían a visitarnos, cómo no, estábamos solos, no quedaba nadie de la familia, así que ellos, como si… En primavera terminaron de construir la nueva casa, tres estancias con cocina, nos invitaron a ir allí y que la viéramos, pero las cosas se complicaban, el trabajo, la enfermedad de mi mujer (las articulaciones, como siempre)… Hace una semana recibimos una carta: nos invitaron al cumpleaños del tío a su nueva casa…

Respiró hondo, encendió otro cigarrillo. Durante un momento reinó el silencio. ¿No se atrevía?

Ella fue la primera en interrumpir el silencio.

—Fuimos allí, por primera vez, cinco años más viejos. ¡Qué digo, cincuenta años más viejos! Yo le decía a Olek: «Mira, este puente…, aquí dormimos… ¿Y de la ciudad de W., te acuerdas? ¿Y de la estación en N.? Allí compramos los billetes, y teníamos miedo de subir al tren. Piensa —le decía—, estamos vivos, estamos juntos…, no hay peligro…». Estaba feliz. Saludaba agitando la mano por la ventanilla al tío, amo de la casa, que nos esperaba en la estación. Nos subimos al carro mullido de paja, el corazón me latía muy fuerte. Esperaba la curva que descubriría la casa y el jardín. Me había olvidado de que tenían una casa nueva. Bonita, pero la cabaña me hubiera reconfortado. ¿Y la casa? Como todas las casas. Con su tejado rojo. En el umbral espera la dueña vestida de fiesta, y yo siento pena, porque, aunque me río y doy besos, añoro aquella vieja casuca. Nos invitan a pasar —todo limpio, los suelos

encerados con cera roja, visillos de cretona en las ventanas—. La mesa está repleta de embutidos, de vodka. Olek enseguida se da cuenta de qué me pasa y me dice en voz baja: «No te pongas histérica…», y en voz alta alaba lo bien que lo han amueblado todo. El dueño sirve el vodka, quiere brindar, pero su mujer dice: «No, primero que vean la casa».

«Empezamos por la cocina, después el cuarto de estar, un dormitorio, y otro más, el del hijo, que había regresado del servicio militar. Queremos volver, cuando dicen: "Y hemos pensado también en vosotros. Aquí".

»El amo apartó el armario, yo miré: vi una pared blanca y vacía. Pero cuando se agachó y estiró el brazo hacia el suelo, agarré a Olek de la mano. Aún no veía nada, pero conocía muy bien este movimiento.

»El dueño levantó la tabla de madera encerada en rojo y nos invitó a mirar dentro: "Ahora, si pasa algo, no estaréis hacinados como gallinas, es un refugio de película, ¡con confort!".

»Me incliné y vi la escalera que bajaba al fondo de un cuarto oscuro sin ventanas ni puertas. Tenía dos camas, dos sillas y una mesa».

***

El tren daba sacudidas en los cambios de vía, aceleraba. Nos acercábamos a la ciudad. El cielo palidecía, detrás de la ventanilla surgieron las casitas del extrarradio protegidas por setos bajos y recortados.

—¿Cómo aceptarlo? —preguntó el hombre—. Esa condena al refugio, a la muerte de nuevo. ¿Y dictada por quién? Por gente buena, que te desea lo mejor. Eso es precisamente lo que me aterra… ¡Preparar refugios por buen corazón! ¿Sabe usted qué quiere decir esto? Allí, en la casa, era como si me inclinara sobre mi propia tumba… Terrible…

—Terrible —repetí, y añadí algo sobre el contagio de la guerra, y sentí vergüenza, porque eran frases tan lacónicas, tan educadas… Pero ellos no escuchaban, tenían prisa por bajar del tren, su paso rápido y frenético parecía más bien una huida.

XXV
La alegre Zośka

Dice que ya está bien, porque hizo una *te-ra-pia* y un médico, muy bueno, la ayudó. Es alegre, vive en una habitación alegre que ella misma amuebló, ella sola confeccionó las cortinas de muselina, ella sola bordó el mantel, ella sola, sola, sola, porque ¿con quién otro podría ser?

—Yo *so-li-ta*.

Algunas palabras las pronuncia lenta y rítmicamente, separa las sílabas con pausas, no se sabe si es para subrayar el significado o si le quedó eso de los tiempos de antes. Pasó muchos años en un orfanato, ahora vive en su propia casa y trabaja en una fábrica textil. Le gusta coser. «Cuando coses no hace falta hablar», dice riéndose. No es porque tenga problemas con el habla, no. La terapia le ayudó mucho pero —vacila un momento— no es de las que les gusta hablar. Aprendió a callar, y esta costumbre se le quedó para siempre.

Mira alrededor, a ver si todos la han comprendido:

—El hábito es la segunda naturaleza —aclara.

Tiene una cara lisa de niña y es de constitución delicada.

—Cuando me encontraron entonces yo era como un monito. *Mo-ni-to*. Humana y animal al mismo tiempo. Tenía las manos muy largas, el pelo hasta la cintura y el cuerpo lleno de costras. Hablaba… así —se ríe, dibujando unos gestos con las manos—. Me preguntaban: «¿Quién eres?». Y yo… así —eleva los hombros, abre los brazos—. Preguntaban: «¿Cómo te llamas?». Y yo… hacía así… Me sentaba en el patio en cuclillas, la gente alrededor y los niños me señalaban con el dedo: «*Mo-ni-to*». Y los mayores decían: «Es muda. Es judía y muda». ¿Lo comprende?

Vierte un poco más de té, acerca el plato con galletas que ella misma horneó. Le gusta cocinar, hacer cosas al horno.

—En la fábrica me llaman «la alegre Zofia».

¿Por qué? Porque es alegre, le gusta reírse por cualquier cosa. Todo se revela en ella acompañado de alegría. Porque hay mujeres que tienen estados de tristeza de todo tipo, a raíz de lo que pasaron. No ella. Hasta parece extraño. Lo poco que le gusta hablar y lo mucho que le gusta reír. Ha oído al médico decir que eran *sín-to-mas*.

Alisa el mantel bordado por ella en colores, y a mi petición de que cuente algo más sobre sus vivencias replica con una sonrisa embarazosa:

—¿De qué hablar, señora? Me pasé en ese pajar dos inviernos. Es decir —cuenta—, llegué en otoño, después pasó el primer invierno, después la primavera, el verano, el segundo otoño e invierno, y aún un buen trozo de otra primavera.

Dos meses estuvo escondida en vano por no saber que la guerra había terminado. Y si los campesinos no hubiesen querido demoler el pajar abandonado y sin dueño en la linde del bosque, a saber cuánto tiempo más se habría quedado allí. Se queda pensando un momento y después dice: «Creo que no mucho tiempo más, porque el médico dijo que me hubiera muerto».

Nunca nadie había entrado en el pajar; una vez o dos los chiquillos se metieron dentro, pero no subieron allí donde estaba ella, bajo el tejado; permanecía tumbada junto al poste que soporta el tejado, y de noche se deslizaba abajo para buscar raíces. También para robar remolachas y patatas. Recuerda el día feliz en que encontró una lata de metal.

—¿Sabe qué hice con esa lata? —se troncha de risa—. Hice un pequeño orinal. Lo tapaba con una piedra.

Otra lata que encontró le servía para el agua.

—Cuando tenía agua en la lata, un montoncito de raíces y patatas, estaba tranquila. Estaba tumbada en silencio, pellizcando de vez en cuando un trocito de raíz, otras veces masticando un bocado de patata…, bebía agua…

Durante todo ese tiempo no emitió ningún sonido.

—¿Qué más? —se pone pensativa, como buscando una respuesta —. No lo sé… —Finalmente dijo—: Lo que mejor recuerdo es aquel

silencio mío. Pero no se puede contar nada con palabras sobre ese silencio. El callar es lo contrario a emitir voz, y las palabras son voz —explica—. Entonces yo pregunto.

No, no sabe dónde nació, ni quiénes eran sus padres. Lo olvidó todo. Tampoco recuerda cómo llegó al bosque; lo que sí recuerda es que estuvo deambulando por el bosque antes de esconderse en el viejo pajar.

De repente se muestra muy animada:

—Después de la guerra me llevaron por los pueblos vecinos donde antes habían vivido judíos, y hasta me llevaron a la ciudad. Me exhibían como en un circo. «¿De quién es?», preguntaban. En los pueblos ya no había judíos, en la ciudad quedaban cuatro. No me conocían. Y ya no se pudo hacer nada. Las cosas tuvieron que quedar así. El nombre lo elegí yo. Zofia. Bonito, ¿verdad? Me gustó.

No pregunto más, pero Zofia se detiene pensando en algo y, por primera vez, una expresión concentrada aflora en su cara. En este momento realmente semeja un monito desamparado. Dice:

—Cuánto sufrieron los demás… Y a mí nadie me había pegado, ni torturado… No he visto nunca a un alemán con mis propios ojos… Pero es como si me hubieran matado. Porque no soy la misma. El nombre, el apellido, la fecha de nacimiento no son míos. El doctor dijo: es el
trau-ma
. No sé qué hubo antes ni cómo era yo. Así que es como si no existiera.

Unas gotitas diminutas invadieron su frente. Las secó con el dorso de la mano y era como si con ese gesto borrase los pensamientos que la atormentaban, porque volvió a sonreír:

—¿Ha conocido alguna vez a una persona a la que la guerra mató pero que sigue viviendo?

XXVI
El salto

Llegaba acompañada de sus padres, con su vestidito rosa y resplandecientes zapatitos de charol; los padres bebían té en el salón, los niños salían al jardín y allí empezaban las torturas de la pequeña y elegante huésped.

El principio era más bien inocente, una especie de rayuela que consistía en lanzar la pelota contra la pared de la casa y hacer piruetas, vueltas y dar palmadas antes de que la pelota volviera rebotada. Las paredes de la casa estaban sembradas de manchas oscuras, el yeso se desescamaba y se desprendía; eran vestigios de nuestros complejos ejercicios, a través de los cuales intentábamos alcanzar la perfección. Pero ella, bien porque en su casa no le dejaban estropear las paredes, bien porque no le gustaba el juego, «caía» ya en la segunda casilla y después esperaba educadamente debajo del árbol, de rosa impecable, mirando cómo dábamos palmas, girábamos, levantábamos la pierna y lanzábamos por debajo de la rodilla la blanca pelota de tenis. Pasábamos sin dificultad de casilla en casilla, sin «caer», consiguiendo finalmente los laureles universitarios, Elzbieta, yo y nuestro amigo Tadéusz, que nos acostumbró a la expresión sabia «caer derribado» desde que su hermano «cayó» en el bachillerato.

Luego preguntábamos: «¿Quieres jugar otra vez?», y ella, bien educada, intimidada por el espectáculo circense, asentía con la cabeza en silencio, recibía servicialmente la pelota que, en cada primer grado, caía en la maraña de frambuesas. El triple título de profesor conseguido por el vencedor ponía fin al juego de la rayuela y llegaba el turno de la navaja.

—Has de tener cuidado —cada vez la avisábamos—, es un juego

peligroso… Y Tadéusz levantaba la pernera de su pantalón corto descubriendo un gusano feo sobre su muslo, una cicatriz de un desafortunado lanzamiento de navaja.

«Cuando le estaban cosiendo la pierna chillaba como un cerdo», añadíamos orgullosas. Ella palidecía y cogía insegura la navaja oxidada.

No se sabe qué era lo que más la atemorizaba: el amenazador gusano en el muslo de Tadéusz o el usual castigo por el juego perdido: tragar hierba.

Ella recibía con alivio el final de la visita, se iba en compañía de sus padres pulcra y perfumada; nosotros, colgados de la cerca, los mirábamos alejarse. Cuando desaparecían tras la esquina de la callejuela, Tadéusz relinchaba con la palabra «patosa» en los labios, que ambas, Elzbieta y yo, temíamos como el fuego.

Así la recuerdo al principio, y esas dos muchachas de nombre Anka, una de color rosa, con un lazo en el pelo, la otra inconsciente, moribunda en la cabaña de un diácono ucraniano, se niegan a hacer las paces dentro de mí, aunque a cada uno de nosotros unas cosas anunciaba el principio y otras diferentes trajo el destino.

Ya por entonces, de niña, era preciosa, después se fue volviendo más y más bella, de manera perfecta, clásica. Sólo su cara se embellecía, pero era suficiente para disimular su figura algo pesada, y las piernas que Tadéusz tildó de judías, por su color rojo. Por entonces, la pelota y la navaja ya eran cosas del pasado, en el jardín habían colocado un alto columpio. Tadéusz nos lo susurró a Elzbieta y a mí, y enseguida miramos nuestras piernas para saber si decía la verdad. Las nuestras estaban tostadas por el sol, llenas de arañazos y costras, sin rojeces.

—Porque vosotras no sois de verdad —explicó él—. Los judíos verdaderos son miedosos y vosotras no tenéis miedo de saltar del columpio. No sois verdaderas, y por eso vuestras piernas no son rojas.

Estábamos sentados en la hierba y Anka se encontraba junto al columpio porque era su turno, mirando hacia la casa y esperando la llamada que anunciaría el final de la visita.

—Sube —le dijimos— y dobla las rodillas, es muy fácil.

Tocaba el juego de apagar las velas. Alrededor crecían los candelabros de lilas en flor, había que elevarse lo más posible y

desde arriba escupir sobre las flores. Tras este importante punto llegaba el vistoso final: saltar a la espesa y esponjosa hierba. Era un columpio muy bueno, y bastaba con doblar ligera, automáticamente las rodillas para que cogiera velocidad y volara alto, por encima del tejado del pajar, por encima de los candelabros de lilas que había que apagar. Los postes chirriaban.

—¡Dobla las piernas! —gritábamos—, ¡no tengas miedo, dóblalas!

Volaba hacia arriba la bella muñeca, el viento insuflaba el aire en la vela color de rosa descubriendo totalmente los palitos rojos de sus piernas.

Ya estaba en lo alto, por encima de nosotros, y esperábamos que escupiera.

—Se le secó la boca de miedo —Tadéusz hizo un gesto de resignación.

—¡Salta! —gritábamos—, ¡ahora, salta!…

Su bello rostro se quedó petrificado.

Saltó muchos años después.

***

Después de la guerra me hablaron de ella y de sus padres, de modo que yo conocía su sino como la palma de la mano, su vida primero tranquila y plana, algo perezosa, como la superficie de nuestro pequeño río, no molestada por la corriente, y después, de súbito, rota, arrastrada por el remolino, cayendo en el abismo.

No hay nada de excepcional en esta fractura repentina del destino ni en el hecho de ser arrastrado por el embudo mortal, y sin embargo, ese diagrama nunca se presentaba tan claramente, en un dibujo diríase geométrico, como cuando me hablaban de Anka.

Su destino, al igual que su belleza, prometían ser pausados. La época de la escuela sin triunfos pero también sin derrotas, un casamiento temprano y con un hombre de dinero. Ya en los primeros años de su matrimonio se volvió parecida a su madre, y seguramente hubiera repetido fielmente su destino —una próspera casa en una pequeña ciudad, niños guapos, bonitos vestidos, cada año temporadas en un balneario—, si no fuera por el designio del tiempo que convertía en protagonistas de esa tragedia incluso a los

menos destinados a hacer ese papel.

La vi por última vez cuando aún vivíamos en una relativa tranquilidad. Ella y su marido estaban paseando por las calles de la ciudad, tranquilos, solemnes, cogidos del brazo. Su rostro seguía siendo bello, aunque ya no de aquel modo intachable de antes. Quizá ese apenas visible principio de imperfección era el sello del tiempo que en otros, menos perfectos físicamente, se revelaba brutal y deformante. Llevaba puesto algo de color rosa y, por lo visto, a causa de ese color alegre e infantil (o quizá porque entonces hasta los chicos de dieciocho años volvían a menudo al pasado) le pregunté:

—¿Te acuerdas del juego de apagar las velas?

Me miró con cara de asombro. No se acordaba.

Poco después bajó a los infiernos. La gente contaba en voz muy baja, como temiendo oírse pronunciar las palabras, cómo se había convertido en viuda; lo contaban al detalle, todo aquello había ocurrido a la vista de todos, hubo quien había visto y oído cómo el SS que dirigía la acción, delante del edificio de la Comunidad, sacó una hoja y leyó un nombre; vieron cómo el padre de ella, miembro de la Comunidad, se tambaleó como alcanzado por un rayo. Era el nombre de su yerno. Lo vieron cuando se iba, se paraba, sacudía los hombros en un gesto nervioso, iba y se paraba otra vez. Pero al fin y al cabo iba. En cambio, no hay testigos de lo que ocurrió en la casa, de cómo llamó al escondido, cómo pronunció el nombre del yerno y le dijo que tenía que ir. No hay testigos porque todos están muertos.

El regreso ya fue a la vista de todos: caminaban hombro a hombro, sin hablarse.

¿Cómo podía después vivir con el padre bajo el mismo techo? ¿Se miraban a los ojos? ¿Qué decían? ¿Cómo lo decían? No lo sé. Hay asuntos que no se debe tocar ni con sospechas. Los hechos bastan.

Poco tiempo vivieron juntos, ella huyó a otra ciudad, y un mes después llegó la noticia de que la habían llevado a Bełżec. Poco después fueron asesinados sus padres.

Pero no ella. Anka no murió en Bełżec.

¿Acaso también entonces, en el tren que atravesaba el bosque a toda marcha, alguien gritaba: «Salta, ahora…»?

Seguro que fue así; saltaban uno tras otro. Ella saltó en la oscuridad.

Todo eso se sabe por un joven diácono ucraniano que la encontró inmóvil, semiinconsciente al borde del bosque. La llevó a su casa. Decía que era muy bella y que quería salvarla. Llamó al médico, compró medicinas, rezaba: «*Hospody pomylui*…».

No consiguió el perdón del destino. Ella murió unas semanas después sin haber recuperado la consciencia.

XXVII
La otra orilla

Levanté la cabeza y vi acercarse a alguien. Me enfadé, quise levantarme e irme, pero era demasiado perezosa. Busqué las gafas en el bolso: vi a una mujer baja, muy delgada, ya bastante mayor. Avanzaba a paso lento, pisando con cuidado, como si anduviera sobre cristal, aunque el del estanque era un camino cómodo, forrado de humedad incluso en las temporadas de sequía y calor. Lo sé porque cada verano paso unos días de vacaciones con unos amigos, dueños de una pequeña casa y de una maravillosa huerta de árboles frutales semisalvajes. Allí recojo la fruta, escardo los arriates invadidos por la maleza. Desde la casa, el camino al estanque es largo. Hay que atravesar el pueblo, luego seguir por la carretera hasta las últimas casas, y entonces girar a la derecha y tomar un ancho camino flanqueado de álamos que lleva a la orilla, donde hay dos troncos cortados; y más allá no hay sino pradera, juncos y cañas: no hay paso.

De modo que llegará aquí y se sentará sobre el tronco… ¡Con lo mucho que prometía el crepúsculo! Hay pensamientos que se marchitan bajo la mirada ajena, que la respiración de otros hiere, que cualquier rasguño en la soledad aniquila. Yo miraba a la mujer como a un enemigo. En absoluto era tan baja —a medida que iba acercándose la veía mejor— ni tan vieja. Cuarenta años como mucho, una cara simpática y afable. Pero seguía caminando de manera extraña, como retenida por un freno. Cuando salió de entre los árboles se detuvo un momento, como vacilando. Sólo después se adentró en la hierba levantando las piernas como si hubiera allí ortigas que abrasasen. Sin embargo, no había ni rastro de ortigas.

«Seguro que es tímida», pensé, y así como hacía un momento

estaba dispuesta a espantar al enemigo, en ese momento casi solté el primer y estimulante «buenos días». Pero ella no miraba en mi dirección, creí que no me veía.

Se acercó a la orilla del estanque. El agua estaba turbia allí, se notaba el fondo limoso, sólo a más de una decena de metros de la orilla el agua se aclaraba de pronto adquiriendo una tonalidad azul y limpia. El estanque tenía una forma ovalada, estaba bordeado de vegetación salvaje, era poco pintoresco, plano y sin perspectiva. Lo único destacado era que olía a juncos.

La mujer se quedó así un buen rato, vagando con la mirada por la superficie del agua, una mirada que yo no lograba comprender. ¿Qué era lo que deseaba ver? ¿Qué era lo que buscaba? Me senté en la hierba sin apartar los ojos de la mujer. Ella estaba allí, a pocos pasos de mí, menuda, vestida con esmero, cuidando los detalles. Y sin embargo…

Pasó bastante tiempo antes de que volviera la cabeza con un movimiento suave y elegante; su mirada en absoluto parecía sorprendida (de modo que sabía que yo estaba allí). Dijo:

—Un precioso atardecer, y buena temperatura.

¡Y yo pensando no sé qué cosas! Me sentí arrepentida, contesté sonriendo:

—Hace bastante calor y es bonito este estanque.

—Sólo estos mosquitos…, demasiados…

Sacamos cigarrillos al mismo tiempo. Le di fuego, se sentó sobre el tronco a mi lado. Fumábamos en silencio. El sol ya se había puesto y el vaho se levantaba desde el agua.

—Estoy aquí por primera vez desde entonces —dijo de pronto.

La vi sorprendida por sus propias palabras, por la decisión de hablar.

—Por eso me había mostrado tan… tan… —buscó la palabra pero no la encontró—, por eso no quería verla. Entonces no había nadie aquí.

¡De modo que yo estaba en lo cierto! Me callé. Sabía que, independientemente de si digo algo y de lo que diga, iba a hablar ella. Sin preguntarle, sin incitarla, me lo contará todo, a mí, a una persona ajena, que ve por primera vez en su vida. La primera piedrecilla ya había caído; ahora esperaba la avalancha.

—No tenía valor, ¿sabe usted? Tenía miedo y siempre, a medida

que se acercaba el día, buscaba excusas, encontraba argumentos en contra. Este año fue diferente. Primero, a principios de mes me dije: vas a pintar la casa, y el viaje cuesta dinero. Pero en aquel preciso momento sentí claramente que no quería pintar la casa y que quería venir aquí, que quería ver… —me miró—. ¿La estoy aburriendo?

Negué con la cabeza. Complacida, siguió hablando.

—Fue exactamente un día como hoy. El mismo día y a la misma hora. Entonces no tenía reloj, pero el sol ya se había ocultado y el frescor era igual que ahora… ¿Ve aquella casita, la última al lado de la carretera? Allí estuve escondida, es la casa de una familia amiga. Esto ocurrió ya al final, después qué hubieran fusilado a mis hijos y mi marido. Sé bien que decían de mí: «¿Cómo puede…?». «¿Para qué buscar la salvación? ¿Para quién?». Pero ¿sabe usted?, el instinto de la vida es una raíz imposible de arrancar. Ni siquiera después de la muerte de los más cercanos. Pero… usted es joven…, ¿qué sabrá de todo esto?

»Yo vivía en esa casa, en una habitación; no un sótano, sino una habitación normal, pequeña, oscura, pero con una cama. Una cama y una silla. De noche me sentaba en la cama, porque no podía dormir; de día en la silla. Zurcía sacos, cosía, tenía que hacer algo. Un momento de inactividad me situaba inmediatamente al borde de la locura. Me preguntaba a mí misma: "¿Por qué estás aquí sentada?, ¿para quién?". Y seguía sentada. En la casa eran sólo mujeres: la abuela, la madre y dos hijas. Los hombres a veces aparecían de noche, se quedaban un día o dos, y desaparecían. Yo sabía lo que se estaba cociendo, pero no quería preguntar.

»Yo un día estaba sentada en la silla zurciendo calcetines, cuando entró la abuela. Estaba temblando, así que pensé que alguien había dado el soplo, y ella temía el castigo que le esperaba. Pero ella dijo: "Paulinka, debes huir. Tendremos un registro. El marido de mi hija cayó. Y no sólo él…, están buscando a mi hijo… Pueden venir aquí de un momento a otro… Cuando todo se tranquilice, volverás". Me tuteaba, había sido mi maestra en el colegio. De repente me sentí alumna y dije: "Es una desgracia; me voy ahora mismo, señorita". A lo mejor incluso hice una genuflexión de colegiala. No lo sé. Entonces todo era posible.

»"¿A dónde voy a ir?", pensaba. El gueto ya no existía, la ciudad estaba ya *judenrein*. Además, no era mi ciudad. No tenía conocidos

allí, a nadie, ni una sola persona. Estaba sin un céntimo y… no sabía andar. En cuanto salté por la ventana, directamente al jardín, me di cuenta al momento de que por haber estado sentada tanto tiempo me había olvidado de andar. Mis articulaciones estaban como oxidadas. ¿Sabe cómo andaba? Como una cigüeña.

»Mis amigos tenían un precioso jardín, con flores que yo, criada en la ciudad, jamás había visto… Hasta dolían los ojos de tantos colores. ¡Y el huerto! Me hubiera quedado en el huerto encantada, hacía mucho tiempo que no veía árboles ni hierba, pero no podía hacerlo, por respeto a mis anfitriones… De modo que salí despacio a la carretera, la de aquí (indicó con la mano), rectísima, blanca como un lazo recién planchado. Es ancha la carretera, pero yo me sentía como si estuviera andando por una cuerda. Me dirigí a la derecha, no en dirección a la ciudad. Buscaba con la mirada el bosque donde poder esconderme. Debía de estar lejos, en otra parte, invisible desde allí. A cada paso que daba, y había dado pocos, una fatiga creciente se apoderaba de mí. No estaba cansada: estaba abatida. Por todo. De nuevo me pregunté: "¿Para quién?, ¿para qué?". Las fuerzas me abandonaron. Esa raíz, la que ya sabe, la raíz de repente se había *aflojado*…

»Al ver los álamos y, más allá, los matorrales y las praderas, pensé: "Es por allí". A menudo habían hablado de este estanque, prohibían a los niños acercarse sin ir acompañados. Yo estaba segura de que era ahí donde tenía que ir. Me quedé más tranquila; sabía que ese era el camino correcto.

»Iba despacio y miraba alrededor. Todo era bonito, verde, aunque no tanto como hoy. El verde era más claro, ligeramente cubierto de polvo porque desde hacía semanas no había caído ni una gota de agua.

»Llegué hasta estos troncos y aquí me metí en el agua. Tal como estaba, sin siquiera quitarme los zapatos. El agua estaba templada, turbia y sucia. Pensé que era una suerte no haber topado con nadie, que podía hacerlo serenamente, en soledad. Avanzaba cada vez más lejos, más profundo. Empecé a pensar en mis hijos, en mi marido, en que su final había sido mucho más cruel que el mío. El atardecer era cálido y tranquilo y yo estaba tranquila y silenciosa. El agua me llegaba a la cintura, después por encima de la cintura… El fondo del estanque descendía suavemente. Avanzaba con dificultad

porque las piernas se enterraban en el limo y a cada paso tenía que arrancarlas de él. Me decía: “Un paso más, sólo uno; allá en el centro está el agua profunda”. El sudor corría por mi cara, era duro ese camino de mi lenta agonía. Después el agua se tornó fría y transparente y yo sabía que me acercaba al objetivo. Comencé a caminar más rápido, ahora tenía prisa… Me faltaba aire en el pecho, oía zumbidos… Temía no tener la fuerza suficiente para llegar allí donde el fondo se me escurriría bajo los pies. Levanté la cabeza para tomar aire, y entonces…, ¿puede imaginarse lo que ocurrió entonces? Vi claramente, delante de mí, cerca…, la otra orilla. El estanque era poco profundo… Siempre lo había sido, pero entonces más, por la sequía, la falta de lluvia. Caí al suelo exhausta, empapada, viva».

Pensé que iba a decir algo más, pero estaba callada, mirando la otra orilla, y su rostro, que se había vuelto más gris con el anochecer, seguía siendo suave y agradable.

—Gracias —dijo al cabo de un rato.

Quise preguntar qué pasó después, pero supe que no iba a decir nada más. La oscuridad se estaba espesando, descubriendo las estrellas. Un pájaro rezagado saltó de una rama y voló bajo rozando el agua con sus alas.

XXVIII
La huella

Sí, claro que lo reconoce. ¿Por qué no iba a reconocerlo? Es su último gueto. La foto, una copia de una mala fotografía *amateur*, borrosa, movida. Mucho blanco: es la nieve. La foto se tomó en febrero. La nieve era copiosa y ligera. En primer plano aparecen huellas, pisadas, a los lados dos filas de barracas de madera. Es todo. Cierto. Allí vivían. Reconoce las barracas, ¿por qué no iba a hacerlo? Eran las antiguas casetas de feria convertidas en viviendas, no, lo estoy diciendo mal, simplemente las habían tapiado con planchas de madera. Eran más de una decena, a ambos lados de una estrecha calle comercial. Las tablas de madera no protegían de la lluvia ni de la nieve.

—Pues sí, esto es el gueto… —dice una vez más inclinándose sobre la fotografía. Su voz se nota sorprendida—. La verdad es que…

¿Cómo soportaban vivir allí? Es tan… tan… Es difícil de decir… Aunque entonces a nadie le extrañaban esas cosas.

—Lo hacían con nosotros de tal manera que a nadie le chocaba —dice en voz alta, como si lo comprendiera sólo ahora.

El que sacó la foto debía de estar junto a la casa donde estaba el *Judenrat*. No era una caseta, sino una casa de una sola planta. Tres ventanas de fachada exterior, un desván bajo el tejado. Aparta la foto con la mano: «Prefiero no recordarlo…».

—De modo que en la última fase el gueto fue reducido a una sola calle…

—Pues sí. Era una callejuela cuyo nombre era la calle de la Carne. Esas barracas antes habían sido puestos de venta de carne, y por eso al último gueto lo llamaban «el gueto de las carnicerías».

¿Cuánta gente había allí? No mucha. Unos ochenta, quizá menos.

De nuevo alarga la mano para coger la fotografía, la acerca para verla con sus ojos miopes, mira largamente y dice:

—Aún se ven las huellas. —Un instante después añade—: Es muy extraño. Por aquí pasaron, desde el *Judenrat*, siguiendo la calle de la Carne.

Una vez más mira las huellas, la nieve, las casetas. ¿Quién habría sido el fotógrafo? ¿Y cuándo? Lo más seguro… que inmediatamente después. Las huellas son nítidas, pero ya al mediodía, cuando les dispararon, estaba nevando. No hay gente; quedan sus huellas. Es muy extraño.

—No los llevaron al campo directamente. Primero a la Gestapo. ¿Por qué? Quién sabe. Ésa era la orden, por lo visto. Allí estuvieron esperando, hasta que trajeron a los niños… —Se interrumpe—: Prefiero no recordarlo… —De repente cambia de opinión y pide que todo lo que diga a continuación sea registrado, porque quiere que quede una huella.

—¿Qué niños? ¿Qué huella?

—Precisamente, la huella de esos niños. —Y sólo ella puede hacerlo, porque sólo ella queda con vida. Así que hablará de los niños que estaban escondidos en el desván del *Judenrat*, lo que estaba terminantemente prohibido so pena de muerte, porque por entonces ya ningún niño tenía el derecho de estar vivo—. Eran ocho, el mayor de unos siete años, quizá, aunque en realidad es difícil saberlo, porque, cuando se los llevaron…, no parecían niños, sino… ¡ah!…

Retuvo las primeras lágrimas inmediatamente.

—Se oyó un traqueteo y un carro de caballos entró en la plaza, y en él esos niños, sentados sobre la paja, muy juntos. Parecían pequeños ratones grises. El SS que los había traído saltó del carro y dijo muy suavemente a los niños: «Ahora, queridos, que cada uno se acerque a sus papás».

»Pero ninguno se movió. Permanecían inmóviles, mirando a lo lejos. Entonces el SS cogió al primer niño y dijo: “Indica dónde está tu madre o tu padre”.

»El niño seguía callado. Así que fue cogiendo uno tras otro y gritándoles que señalaran a sus padres, pero todos los niños seguían callados.

»Por eso quisiera que quede una huella de ellos».

Con voz serena pide una pequeña pausa. Aparta con una sonrisa agradecida el vaso de agua que le ofrecen. Después de la pausa contará cómo los fusilaron a todos.